



WORLD
WARCRAFT

BATTLE FOR AZEROTH



ELEGÍA

de Christie Golden



© 2018 Blizzard Entertainment, Inc.

Bajo el brillo de las lunas, escuchen.

Junto al río, escuchen.

En los brazos de los seres queridos, escuchen:

los gemidos de los que agonizan,

el susurro del viento sobre el silencio sepulcral

y esta canción, la más triste que cantaré jamás.

Cuenta la historia del Árbol del Mundo

y la muerte de sueños y almas

que una vez albergaron sus ramas.

PRIMERA PARTE:
EN LA TORRE DE MARFIL

*Todas las cosas nacen puras.
La savia del antiguo árbol fue fresca
y jóvenes fueron también las estrellas.
Oh, Lady Elune,
dulces son las lágrimas que fluyen
al recordar la inocencia
que una vez fue nuestra.*

;Clang!

La música marcial de las espadas sonaba con cada golpe de los metales. Los combatientes se separaron, moviéndose en círculos. El más viejo, con el pelo y la barba blancos como la luz de la luna, amagó y acercó el arma en una finta hacia arriba y en derredor. Pero el más joven era rápido y bloqueó el golpe con destreza. Volaron chispas. Las hojas brillaban con la luz del sol cuando chocaban.

—Bien hecho —gruñó Genn Cringris al tiempo que arremetía. De nuevo, el joven lo esquivó—. Pero uno de estos días, tendrás que tomar la...

Cringris levantó la espada justo a tiempo para evitar el golpe del rey Anduin Wrynn.

—¿La ofensiva? —sonrió Anduin. Sostenía el arma con fuerza, mientras sentía cómo la espada del más viejo ejercía presión sobre la suya. El pelo dorado como el sol se le había desatado y le caía sobre los ojos. Hizo una mueca cuando vio que Cringris lo había advertido.

El rey gilneano se retiró abruptamente. Anduin perdió el equilibrio y dio un traspié hacia delante. Cringris batió su espada casi tan rápido como el joven rey, y a último momento giró la mano para que solo la parte plana del arma golpeara el cuerpo de Anduin. Con un bramido que delató su esfuerzo, Anduin logró bloquear el ataque. Shalamayne, la espada de su padre, lo resistió. Pero el impacto le lastimó la mano. Shalamayne cayó sobre la hierba del jardín del Castillo de Ventormenta.

—Antes de que digas algo —dijo Anduin al tiempo que se agachaba, jadeando, para alcanzar la espada—, te recuerdo que en la batalla usaré un yelmo.

—En circunstancias ideales, sí —dijo Cringris. Sonrió con socarronería. Anduin, que tenía la cara roja por el ejercicio, pero también por la vergüenza, consintió que se regodeara un poco—.

Mientras tanto —prosiguió Genn—, sugiero que te cortes el pelo. Ya tendrás suficientes preocupaciones durante la batalla para tener que cuidar que esos bucles dorados no te cieguen.

Anduin rio.

—Estaré bien —dijo—. En el próximo entrenamiento lo sujetaré mejor.

—Ah... Los Wrynn y su afición por el cabello largo —dijo Cringris, sacudiendo la cabeza—. Nunca lo he entendido.

Uno de los guardias de Ventormenta se acercó e hizo un saludo rápido.

—Su Majestad —dijo—. El maestro espía Shaw ha regresado con novedades.

Anduin se tensó y miró a Cringris. Nada podía espabilarlos más que oír que Mathias Shaw aguardaba verlos.

—¿Es urgente? —preguntó Anduin.

—Cuando su Majestad disponga —contestó el guardia.

El joven rey se relajó un poco.

—Qué alivio —dijo—. Sírvanle algo de beber. Comunícale que el rey Cringris y yo nos reuniremos con él en la sala de mapas en un momento.



Genn y Anduin, con ropa limpia y un perfume más agradable que media hora atrás, entraron en la habitación donde Mathias Shaw miraba el mapa grande de Ventormenta con ojo entrenado.

Anduin organizaba la mayoría de sus reuniones allí. Cuando era niño, solía entrar a hurtadillas para jugar con las figuras que representaban unidades de soldados, suministros y armas. Ahora, en cambio, la habitación simbolizaba la más ardua de las tareas reales: la elaboración de estrategias bélicas.

Shaw se dio vuelta e hizo una reverencia cuando ambos entraron.

—Es una alegría verte cuando no traes noticias nefastas —bromeó Anduin.

Genn gruñó divertido, pero Shaw no mostró ni un rastro de sonrisa.

—Es un agradable cambio de ritmo —se limitó a decir el maestro espía—. Como habíamos acordado, Majestad, he saturado Orgrimmar con mis agentes.

Poco tiempo antes, Anduin había tenido un encuentro con Sylvanas Brisaveloz en las Tierras Altas de Arathi, donde comprendió qué tan bajo era capaz de caer la Dama Oscura con tal de conseguir su propósito. Anduin quedó destrozado y furioso. Les dijo a Genn y a Mathias que, aunque no pensaba

iniciar una guerra si no lo provocaban, tampoco estaba dispuesto a darle el beneficio de la duda a la líder de la Horda.

Quiero que ella y el Clamañublo y Colmillosauro, y todos los que ocupen una posición importante en Orgrimmar estén bajo vigilancia constante. Y quiero que ellos lo sepan, había dicho el rey. *Quiero que crean que ni siquiera pueden pedir un trago en una taberna sin que la Alianza sepa de qué color es la cerveza que están bebiendo.*

Shaw había levantado una ceja. *Qué estrategia tan interesante*, había respondido, pero no lo objetó.

Ahora, Anduin preguntaba:

—¿Hay algún resultado?

—Mis espías están... disfrutando el desafío —contestó Shaw, con una voz que indicaba que él, personalmente, no lo disfrutaba.

—¿Víctimas?

—Muchas menos de las que esperaba.

—Bien —celebró Anduin—. Envía más.

Genn asintió con su blanca cabeza en señal de aprobación.

Las tupidas cejas rojas de Shaw se unieron en señal de desaprobación.

—Si envío más, nadie podrá caminar por Orgrimmar sin llevarse por delante una decena de espías.

—Que se los lleven por delante —dijo Anduin—. De todos modos seguirán proporcionándonos información útil, ¿o no?

—Desde luego. Según los últimos informes, la jefa de guerra Sylvanas y su señor supremo están enfrentados, y el Clamañublo no se lo está tomando nada bien.

Genn y Anduin intercambiaron miradas.

—Esas podrían ser excelentes noticias para nosotros —dijo Anduin—. Mi padre hablaba muy bien de Varok Colmillosauro, y yo mismo lo escuché testificar en el juicio a Garrosh Grito Infernal. Desde hace mucho tiempo se lo reconoce por su conducta honorable. Tal vez esté empezando a ver a Sylvanas del mismo modo que nosotros. —Anduin se preguntaba si Colmillosauro estaba al tanto de las decisiones innobles que había tomado Sylvanas en las Tierras Altas de Arathi y, en ese caso, si lo habrían inquietado. Era una esperanza.

La voz de Anduin se endureció.

—No es ningún tonto, y la Reina alma en pena cree más en el poder que en el honor.

—No idealices al viejo orco aún —advirtió Shaw—. Es un veterano de la Primera Guerra, cuando saquearon Ventormenta y asesinaron a tu abuelo.

Anduin inclinó la cabeza.

—Buen punto. No obstante, prefiero un orco con honor que un alma en pena sin honor. Y si es cierto que Colmillosauro y Nathanos Clamañublo también están en conflicto, considero que todo esto es para bien.

—¿Qué estará *tramando* el Clamañublo con esa cabeza podrida? —preguntó Genn a Shaw.

—Planes marciales.

—¿Y cómo son esos planes?

—Incertos —respondió Shaw—. Por eso se enfrentan la jefa de guerra y su alto señor supremo. Pero se deslizó una palabra.

Anduin arqueó una de sus cejas blondas.

—¿Cuál?

Shaw respondió sombríamente:

—Silithus.



Cuando Cordressa Brezoguja, seguida de otras dos centinelas y tres enanos, vislumbró el Templo de la Luna tras una fatigosa caminata, casi se echó a llorar. Cordressa, recientemente ascendida a capitana, había enviado un mensaje para avisar de su llegada, y Tyrande Susurravientos había dejado instrucciones para que la centinela y sus escoltas fueran recibidos como héroes.

—Bueno, muy bien —dijo Gavvin Brazorrecio, líder de la campaña de la Liga de Expedicionarios, mientras se acercaban al templo—. Parece que saben usar la piedra casi tan bien como en Forjaz.

Cordressa sonrió con fatiga. Se había encariñado con los enanos en las últimas semanas. Magni Barbabronce, portavoz de Azeroth, les había advertido a los líderes de la Alianza que el mundo estaba pidiendo desesperadamente una cura. En respuesta, la Liga de Expedicionarios había enviado un equipo a Silithus para investigar un material nuevo y extraño, conocido como “azerita”. La sustancia, la esencia misma de Azeroth, había salido a la superficie después de que el titán caído Sargeras hundiera brutalmente una espada gigante en el mundo. Las propiedades de la azerita eran sorprendentes, pero la

Alianza había realizado muy pocos estudios aún. Por el peligro que representaban los goblins en aquel sitio, Tyrande había enviado a Cordressa y a otras centinelas para proteger al grupo.

Desde luego, Cordressa había oído descripciones de los enanos: eran de baja estatura, bebedores charlatanes que hablaban con un acento muy duro y cuyas cabezas eran todavía más duras. Supuestamente, no hacían más que desenterrar cosas que era mejor dejar ocultas, y solo volvían la cara al sol o a las lunas cuando era estrictamente necesario. Pero los prejuicios se habían disipado rápidamente después de conocerlos.

Para el eterno pesar de la centinela, todos —incluso ella— habían subestimado las cifras, la ferocidad y la insolencia de los goblins al filo de la espada colosal. En una sola noche, las centinelas y la expedición habían sufrido muchas pérdidas. Carcomida por la culpa, Cordressa se asignó a sí misma la misión de que el resto del equipo llegara a salvo.

El comentario de Gavvin sobre el gran templo de los elfos de la noche habría sonado despectivo a otros oídos, pero no a los de Cordressa. Percibió el asombro y el respeto en la voz resonante de Gavvin y sonrió.

—Sin duda Forjaz debe ser glorioso —señaló—, pero nosotros tenemos algo que ustedes no tienen. Creo que te resultará sumamente agradable.

—¡Oh! ¿Qué será? —preguntó Inge Puño de Hierro.

—Pozas de la luna.

—Una vez fui a una poza de la luna en Arboleda del Guardaverde —contó Arwis Piedranegra—. ¡Un lugar muy bonito y revigorizante!

Las pozas de la luna eran lugares preciosos y sagrados, donde brotaban aguas sanadoras bendecidas por sacerdotisas. Todas eran “muy bonitas”, pero ninguna se asemejaba a la poza de la luna de Darnassus. Cordressa disfrutaba de ver las reacciones de los enanos.

Cuando entraron al Templo de la Luna, los enanos hicieron un profundo silencio. Después del paisaje de Silithus, brutal y desolado, la vegetación del templo era un gran contraste. Contemplaron con las bocas ligeramente entreabiertas y luego, perplejos, clavaron los ojos en la enorme estatua que se ergía en el centro del templo.

—Ella es Haidene —explicó Cordressa—, la primera sacerdotisa del templo de Elune.

La mayoría de los visitantes que llegaban por primera vez al Templo de la Luna pensaban que la estatua blanca y brillante de una elfa de la noche sosteniendo un cuenco del que brotaba agua con una mirada dulce para quienes se detenían a sus pies era Elune. En algunas partes del templo, los bardos elfos tocaban música tan suave como la luz de Elune y tan relajante como el sonido del agua corriendo.

Una de las sacerdotisas, Astarii Buscaestelar, se acercó y abrazó a Cordressa.

—Nos llegó la noticia de su llegada —dijo. Volvió su rostro amable a los enanos, que la miraban desde abajo con los ojos bien abiertos—. Han hecho un viaje largo y peligroso. Lamentamos mucho sus pérdidas. Por favor, permítannos hacer lo que podamos para curarlos y refrescarlos. Hay mucha comida y agua de la poza de la luna. Pero la mejor manera de usar las aguas sagradas es bañarse en ellas. Les daremos togas que pueden usar si lo desean.

Gavvin frunció el ceño.

—Bueno, no es porque no tenga un físico privilegiado, pero no me gustaría ofenderlas, encantadoras señoritas. —Sus mejillas, rosadas por naturaleza, se pusieron más rojas de lo que Cordressa jamás había visto.

Astarii sonrió.

—Hay habitaciones privadas para que se cambien.

—Eh... —Gavvin tosió de los nervios y se puso todavía más rojo—. Bueno, en ese caso... Gracias.

Había suficiente lugar para todos en la piscina del templo. Observar el asombro en el rostro de sus amigos le resultaba casi tan placentero como sentir cómo las aguas frescas calmaban el dolor, la fatiga y la angustia. *Sí: mis amigos. Ya no son solo mis subordinados.* Se soltó el cabello y dejó que las trenzas color azul noche flotaran sobre su cabeza mientras se sumergía, murmurando una oración de agradecimiento.

Aunque el agua amortiguaba el sonido, la centinela oyó que la llamaban por su nombre. De mala gana, abrió los ojos. Un rostro conocido la miraba desde arriba.

—¡Delaryn! —gritó Cordressa, enderezándose en el agua.

La teniente Delaryn Luna de Verano estaba encaramada sobre una de las paredes bajas de la poza. Era otra centinela, más joven que Cordressa y de rango inferior. Cordressa había sido su mentora desde que el Cataclismo destrozó Azeroth, y se habían hecho amigas íntimas. La piel rosada de Delaryn brillaba bajo su pelo azul oscuro; aún no había escogido sus marcas faciales. *Sé que no siempre tienen que indicar un rito de pasaje*, le dijo una vez a Cordressa. *Pero siento que debería ser así. Y no hay nada que me haya marcado lo suficiente para elegir su forma.*

—Oí que habías regresado —dijo Delaryn. Posó su mirada radiante sobre los enanos en la poza, la cabeza les llegaba justo encima del agua y tenían expresiones de dicha en el rostro.

—Me alegra que los hayas traído a casa.

—Ojalá los hubiera traído a todos —dijo Cordressa. El dolor le arrebató el corazón, incluso dentro de la poza de la luna—. Envié una carta con los detalles de los acontecimientos a Lady Tyrande.

Delaryn no insistió. En cambio, dijo:

—Nuestra señora nos ha pedido que te presentes ante ella en persona.

—Iré a verla ahora, entonces. —Cordressa empezó a levantarse.

Su amiga le colocó una mano en el hombro y, con suavidad y firmeza, volvió a sentarla en el agua.

—Cuando hayas sanado —dijo—. Hizo hincapié en eso.

—Serviré siempre que me convoquen —contestó Cordressa—. Pero confieso... que me complace quedarme un rato más.

* * *

Un poco más tarde, Cordressa y Delaryn agradecieron a las sacerdotisas y se despidieron. Cordressa envidiaba a sus hermanas, más delicadas, cuyo destino las había llevado a un templo en lugar de un campo de batalla. Ese destino nunca había sido para alguien como Delaryn.

Tyrande Susurravientos, suma sacerdotisa de Elune y fundadora de las centinelas, trabajaba en un cuarto propio, pequeño, en otro nivel del templo. Estaba escribiendo una misiva cuando llegaron las centinelas. Levantó la vista.

Cordressa saludó:

—Lady Tyrande, he venido, como usted ordenó. Me hago completamente responsable de mi fracaso en Silithus.

La suma sacerdotisa no pronunció palabra. Se puso de pie, se acercó a su amiga y la abrazó. Tyrande se separó y miró a Cordressa con ternura.

—Centinela Cordressa —dijo con voz cálida— he leído tu informe. Comprendo tus emociones. Es difícil perder a aquellos que nos fueron confiados. Pero para todos nosotros (para Malfurion, para el rey Anduin, para sus consejeros y para mí) es evidente que subestimamos la amenaza goblin en Silithus. Es sencillo tomárselos a la ligera, y hemos pagado el precio por eso. En cuanto a tu papel en todo esto... atravesaste territorios enemigos para traer a los sobrevivientes de vuelta a casa y llegaste a nosotros con información valiosa. Eso no puede considerarse un fracaso.

Con una sonrisa, acarició la mejilla de Cordressa y dio un paso atrás.

—Estoy terminando de escribir una respuesta al rey Anduin sobre cierta información inquietante que recibieron sus espías.

—¿Debo marcharme, milady? —preguntó Delaryn.

—Puede quedarse, centinela —dijo Tyrande—. Pronto, esto será de público conocimiento.

Delaryn inclinó la cabeza.

Tyrande volvió a sentarse.

—Después de la tragedia de las Tierras Altas de Arathi, el rey Anduin redobló la cantidad de ojos sobre los líderes de la horda en la capital. Se rumorea que la jefa de guerra y su favorito, Nathanos Clamañublo, están en desacuerdo con el alto señor supremo Colmillosauro sobre los movimientos de las tropas. —Miró a Cordressa—. Tu encuentro con los globins en Silithus fue muy perturbador. Pero ahora parece que Colmillosauro desea enviar varios cientos de soldados de la Horda allí.

Cordressa frunció el ceño.

—¿Puedo dar mi opinión?

—Siempre.

—Si son varios cientos, no hay de qué preocuparse.

Con el rostro sombrío, Tyrande contestó:

—Cuando se envía esa cantidad solo para evaluar el mejor curso de acción del futuro ejército, sí es preocupante. El rey Anduin considera, al igual que yo, que la Horda ha descubierto un uso letal de la azerita y que Colmillosauro quiere impedirle el acceso a la Alianza. Esto podría inclinar la balanza drásticamente en favor de la Horda.

A Cordressa se le revolvió el estómago. Anduin Wrynn había visitado Darnassus hacía unos meses. Junto con Malfurion y Tyrande, debatieron justamente aquel escenario. Los elfos de la noche y los draenei eran los únicos bastiones de la Alianza en el continente que podían responder con una ofensiva rápida si se presentaba una incursión de la Horda en Silithus, y los recursos de los draenei se habían agotado en la última guerra contra la Legión. Desde entonces, Tyrande se había dedicado a supervisar la formación lenta pero constante de un ejército para enviar al sitio de la espada maldita de Sargeras si surgía la necesidad.

—Ya veo —contestó Cordressa—. Desafortunadamente, conozco el peligro que enfrenta ahora la Liga de Expedicionarios. Son incapaces de resistir contra un ejército... al igual que nuestros sacerdotes y druidas.

—¿Han tenido algún efecto las pozas de la luna? —preguntó Delaryn.

En otra época, en otras zonas del mundo, los elfos de la noche habían creado pozas de la luna en sitios contaminados por energía vil u otras energías similares. Sacerdotes y druidas trabajaban juntos para fortalecer el poder de la naturaleza con las bendiciones de Elune, y las aguas sagradas a menudo calmaban y purificaban las tierras perturbadas. Se habían enviado varios grupos a Silithus con la esperanza de que esta magia curativa funcionara allí también. Era un método más pacífico para combatir el daño provocado por la espada de Sargeras y la codicia de los goblins.

—Todavía no podemos saberlo —contestó Tyrande. Nos hemos comprometido a ayudar a los sanadores a cuidar de Azeroth. Si la Horda avanza sobre la espada de Sargeras, los defenderemos. Tenemos que comenzar con los preparativos. —Señaló la carta que estaba escribiendo—. Le he escrito a Shandris Plumaluna para que sus soldados estén alerta. En las próximas semanas, empezaré a enviar tropas de a una o dos naves para no llamar la atención. Una vez que toda la flota se haya reunido en Feralas, estarán listos para marchar hacia la espada cuando yo dé la orden.

Shandris Plumaluna era casi tan legendaria como Tyrande. Después de quedar huérfana en la adolescencia, cuando la Legión Ardiente asesinó a su familia, encontró en Tyrande una segunda madre. Shandris fue una de las primeras centinelas y seguía siendo su general. En la actualidad, supervisaba las fuerzas de los elfos de la noche en la exuberante y reverdeciente tierra de Feralas y en un lugar llamado Recinto del Disparo Certero, donde trabajaba junto a cazadores de todas las razas.

—Si este ejército de la Horda recibe el apoyo de la jefa de guerra —prosiguió Tyrande—, necesitará tiempo para prepararse. Y para llegar. Tendremos más de una oportunidad para darle una cálida bienvenida al alto señor supremo Colmillosauro.

Tyrande Susurravientos sonrió.

* * *

Renzik a veces se cansaba de ser el *único* soldado en tierra enemiga de los miembros de la IV:7 en Orgrimmar. Conocía el porqué a la perfección. Casi todos los miembros de la organización pertenecían a una raza fácilmente distinguible de la Alianza, lo que significaba que tenían que permanecer ocultos la mayor parte del tiempo. Y cuando no se escondían, dependían de la magia o de disfraces prodigiosos. Sin duda, sus posibilidades de embarcarse en misiones encubiertas eran limitadas.

Renzik, segundo a cargo, era goblin. Por eso Mathias Shaw le recordaba una y otra vez que confiaba en que él más que nadie llegaría a saber lo que pasaba *de verdad* si se internaba en lo más profundo del territorio de la Horda.

Eso estaba muy bien y era muy halagador, pero lo cierto es que la situación se tornó un tanto extraña. Él era espía y pícaro, y a decir verdad, le importaba muy poco interactuar con otros. Pero la

paga era buena, y era uno del probable puñado de goblins que podían afirmar honestamente que eran respetados. Tampoco hacía mella que despreciara la situación de los goblins bajo la dirección (si podía usarse esa palabra) del príncipe mercante Jastor Gallywix.

Además, lo cautivaba el modo de ver las cosas que tenía la Alianza, algo que jamás admitiría ante nadie con tal de no mancillar la reputación que tanto le había costado ganarse.

Había llegado a la capital de la Horda el primer día de la debacle de “la espada en la arena”, haciendo pasar por mercader de baratijas. Todos los espías de la Alianza se reportaban únicamente ante él... de forma indirecta, desde luego. Solo unos pocos conocían su identidad, y Renzik no tenía ningún problema con eso.

La misión había sido bastante aburrida, en particular porque, haciendo el papel de mercader, las posibilidades que tenía Renzik de filtrarse en la oscuridad eran mínimas. Por otra parte, nadie oía tantos rumores como un mercader. Cuando no se desahogaban con el extraño que vendía objetos bonitos, se quedaban hablando delante de él como si no existiera.

Había instalado su puesto cerca de Fuerte Grommash. Estaba a una distancia suficiente para que no lo consideraran una amenaza y, a la vez, para observar quiénes entraban y quiénes salían... y qué semblante tenían al salir.

Había sido extrañamente satisfactorio observar el ritual diario de Varok Colmillosauro entrando al Fuerte para su reunión con la jefa de guerra. Parecía frustrado cuando entraba y furioso cuando salía. Todavía mejor era ver a la jefa de guerra cuando abandonaba el castillo para galopar con fuerza sobre su corcel esquelético. La Reina alma en pena no expresaba sus emociones en demasía, así que verla con los ojos entrecerrados y los labios apretados o hablando con aspereza era el equivalente a ver un orco completamente abatido.

En otras palabras... el trabajo estaba poniéndose interesante.

Fue por esa época. Colmillosauro salió de la oscuridad del Fuerte Grommash a la tarde deslumbrante de Durotar con una expresión que se estaba volviendo cada vez más habitual con el paso de los días.

Renzik se secó el sudor de la coronilla calva. Sus espías le habían informado que Nathanos no estaba muy complacido con los planes del alto señor supremo ni con su actitud. *Cachorro enamorado*, pensó Renzik, evaluando la posibilidad de que un finado (así les decía a los renegados) se enamorara.

Escalofriante.

Mientras pensaba en el campeón de la Dama Oscura, se oyó una voz que gritaba furiosa.

—¡Colmillosauro! —La voz sonó casi humana, pero le faltaba algo, del mismo modo que Nathanos, incluso con su flamante cuerpo nuevo, era casi humano, pero no del todo.

Colmillosauro no se inmutó. Siguió caminando hacia la gran puerta de Orgrimmar.

—¡Varok Colmillosauro! —Ah, Nathanos se había enfadado mucho. Las cosas se pondrían interesantes. No se echó a correr cuando salió del Fuerte, pero era evidente que era eso lo que quería.

—¡Guardias! ¡Deténganlo!

Todo indicio de movimiento se detuvo. La atención de todos estaba puesta en la escena que se desarrollaba frente a ellos. No hacía falta que Renzik vigilara su mercancía, aunque lo hacía por costumbre.

Por un momento, los dos guardias quedaron inmóviles. Enseguida dieron un paso hacia Colmillosauro, pero en lugar de detenerlo empezaron a dar rodeos, con la mirada esquiva y preocupada. No empuñaron sus armas.

Uf, no me gustaría para nada estar en sus zapatos boy. Hagan lo que hagan, ofenderán a alguien poderoso.

Colmillosauro aminoró el paso, se detuvo. Miró a un guardia, luego al otro. Los dos esquivaron su mirada, desviaron los ojos, temblando como hojas. Lentamente, el alto señor supremo se dio la vuelta.

Los orcos eran mucho más fornidos que los renegados, mucho más recios. Este orco en particular era extremadamente fornido y extremadamente recio. Nathanos, en su renovado aspecto humano, parecía un enano —¡ja!— junto a la elevada figura verde.

—Nadie te dio permiso para irte.

—Tú no estabas en la reunión.

Silencio. Como él también era un fisgón, Renzik comprendió de inmediato qué significaba aquello. Aparentemente, Colmillosauro también sabía, pues entrecerró los ojos y murmuró para sus adentros.

—No deberías interferir en asuntos que no te incumben, Clamañublo. Eres el campeón de Sylvanas, no su alto señor supremo.

—Fui forestal en vida —respondió Nathanos—. El único humano que recibió semejante honor. Entonces servía a Sylvanas, al igual que hoy, y sé mucho sobre muchas más cosas de las que te imaginas.

—No confío en la imaginación. Confío en los hechos. En los números. En la estrategia. En las armas. Sé de estas cosas, Clamañublo, y yo estaba luchando en guerras mientras tú lloriqueabas como un idiota enamorado.

Si hubiera seguido siendo humano, Nathanos sin duda se habría puesto rojo como un tomate o blanco como la leche. Pero solo se quedó de pie, paralizado, con sus brillantes ojos escarlata clavados en Colmillosauro.

Renzik se fijó en un goblin que vestía pantalones abombados, chaleco y gorro. Estaba de pie, cerca, contando oro y anotando boletos. El pícaro rio con aspereza. Si había algún modo de sacarle dinero a alguna situación, un goblin lo encontraría. Volvió la mirada hacia la discusión, cada vez más algida, y se acercó unos pasos en dirección al corredor de apuestas.

—Cien de oro para el Clamañublo —dijo. Todos los demás no dudaban en apostar por el orco. Pero Renzik había pasado suficiente tiempo en compañía de humanos y sabía que a menudo superaban obstáculos enormes, sobre todo si el orgullo —o el corazón— estaban en juego. En el caso del Clamañublo, Renzik sospechaba que todavía era suficientemente humano para que ambos factores estuvieran en juego.

—Te debo cierto respeto, *anciano* —decía Nathanos—. Por eso me contengo y te hago esta advertencia. *Nunca* vuelvas a abandonar a mi señora sin su permiso... o responderás ante mí.

Colmillosauro hizo lo más provocador que podía hacer en ese momento. Se echó a reír.

Luego comenzó a aplaudir con aplomo.

—Yo también me contengo, cachorro —dijo—. Me contengo de no arrancarte esa cabeza demasiado humana. Aprende esta lección: el respeto se gana, y tú todavía no te ganaste el mío.

—Puede que me lo gane cuando tu sangre se haga barro con la arena de Orgrimmar.

Colmillosauro se enderezó tanto como su columna curvada de orco se lo permitía y extendió los brazos como para abrazar al renegado.

—¡Cuando quieras! La jefa de guerra tendrá que buscarse un juguete nuevo si te atreves.

Nathanos Clamañublo dejó escapar un gruñido de furia inusual que sorprendió —y animó— a Renzik.

Voy a hacer una fortuna con este, pensó, frotándose las manos, y el campeón renegado se lanzó contra el alto señor supremo.



—Una pelea —repitió Tyrande, tan incrédula como Anduin ante las noticias. Su ayudante, la centinela Cordressa, se las arregló para conservar el estoicismo en su rostro todo el tiempo. Casi todo el tiempo.

—Una pelea —confirmó Shaw—. Este informe proviene directamente de mi mano derecha.

Anduin miró a todos los que estaban alrededor de la mesa en el jardín real. Era inevitable que en algún momento se trasladaran a la sala de mapas del Castillo de Ventormenta durante la visita de los jefes de estado, la suma sacerdotisa Tyrande Susurravíentos, y el profeta draenei Velen. Pero por el momento, el sombrío asunto de la estrategia de guerra por lo menos se discutiría a cielo abierto, rodeados de verde y de seres vivos. Tyrande y Cordressa apreciarían el gesto, él no lo dudaba. Quería desempeñarse como un buen anfitrión y rey responsable, aunque jamás había imaginado que hablar sobre una pelea entre el alto señor supremo Colmillosauro y Nathanos Clamañublo sería parte de esas tareas.

La última vez que Anduin se había encontrado con Tyrande fue en Darnassus. Había ido para agradecer a los elfos de la noche su ayuda contra la Legión, y también para discutir qué hacer con la azerita que habían descubierto poco tiempo antes. Todos eran plenamente conscientes de que Teldrassil y el *Exodar* eran los últimos bastiones de la Alianza en el continente de Kalimdor, y tanto Velen como Tyrande habían acordado que hacía falta una vigilancia constante sobre la espada de Sargeras y la sustancia que había empezado a brotar de la tierra en esa zona.

—¿Quién ganó la pelea? —Esa pregunta, naturalmente, la hizo Genn Cringris.

—Colmillosauro. Aunque, por lo que me contó mi agente, fue una pelea más pareja de lo que todos imaginaban —dijo Shaw—. Según él, los dos participantes prácticamente se fueron arrastrándose.

—¿Sabe tu agente si castigaron a Colmillosauro? —preguntó Anduin.

—Todo lo contrario —respondió Shaw—, a quien castigaron fue a Nathanos.

—Entonces ha ocurrido —dijo Anduin con serenidad.

Todos se volvieron a mirarlo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Genn.

El joven rey los miró a todos, uno por uno.

—Se ha tomado una decisión. Sylvanas ha preferido a Colmillosauro sobre su campeón. Él será quien se marche pronto. Según lo que nos han comunicado tus espías, Shaw, Nathanos estaba en contra de esto. Decía que era un despilfarro de recursos. ¿No fueron esas las palabras que usaste?

—Sí —confirmó Shaw.

—Esta fue la gota que rebalsó el vaso, entonces. Las tropas de la Horda marcharán a Silithus.

—Esta urgencia repentina —dijo Velen, frunciendo el ceño— no tiene sentido. Magni nos informó a todos por igual, Horda y Alianza, sobre la azerita y su verdadera naturaleza hace bastante tiempo. ¿Por qué moverse ahora? ¿Qué sabe Colmillosauro que nosotros no sepamos?

—Puede que simplemente se trate de un viejo guerrero en busca de pelea —propuso Cringris.

—No —dijo Tyrande—. Colmillosauro no es un necio, tampoco gastaría recursos y soldados con el único fin de satisfacer su ego. Si insiste tanto con esta empresa, debe haber un motivo.

—Estoy seguro de que han encontrado un modo de fabricar armas con azerita —dijo Cringris.

—No apostaría en contra de usted, rey Cringris. —Tyrande dirigió su mirada brillante a Anduin—. Tiene razón, rey Anduin. Las cosas *sin duda* se están precipitando. Cuando recibí su última carta, envié órdenes a la general Plumaluna para que se preparara para recibir soldados. Si todos estamos de acuerdo con esto, estoy lista para enviarlos de inmediato. Pueden llegar a Silithus antes que la Horda.

Un escalofrío recorrió a Anduin y le dejó un rastro helado en la boca del estómago. A pesar de que había visto muchas cosas en su corta vida, a pesar de todo lo que había conservado y perdido, nunca se había encontrado en una situación así...

En un precipicio que se despeñaba hacia una guerra segura con toda su horrorosa brutalidad: armas, tropas, soldados, pícaros, bombas, veneno, masacre... Como si estas cosas no fueran suficientemente nefastas, se agregaba la azerita... ¿quién sabe qué cambios horripilantes se agregarían? Decenas de millares, tal vez miles de millares, morirían si esta guerra explotaba.

Anduin tragó saliva con dificultad y advirtió que tenía los ojos de todos encima. No sabía si agradecer a Tyrande o maldecirla. Ni siquiera ella, una veterana de milenios de guerras, había pronunciado la tremenda palabra de seis letras. *Estoy lista para enviarlos*, había dicho, y con ese giro, que había sido tan preciso y deliberado como su puntería en la batalla, Tyrande Susurravientos aguardaba la orden de Anduin.

La orden para dar los primeros pasos hacia una guerra segura, pues Anduin no podía imaginar un escenario en el que Varok Colmillosauro avanzara con sus tropas y no las utilizara.

¿Sería por eso que el viejo orco y el campeón de la Dama Oscura habían llegado a los golpes? ¿Porque Sylvanas no quería una guerra contra la Alianza? Apenas surgió esa idea en su mente, Anduin la descartó como el anhelo lleno de esperanza de un niño que añoraba la paz. Sylvanas Brisaveloz había demostrado, una y otra vez, con una insistencia que no dejaba lugar a dudas, que deseaba una guerra contra la Alianza con todas sus fuerzas.

Se humedeció los labios, que súbitamente se le habían secado, y respiró profundamente.

Luz, guíame en esto, te lo pido.

—Traslade sus tropas, suma sacerdotisa —le dijo Anduin a la líder de los elfos de la noche. Para su sorpresa, su voz sonó vibrante y fuerte. Sin duda la Luz lo estaba guiando, y las palabras salieron con claridad y facilidad—. Envíelas para que protejan a la Alianza. Si es cierto que la Horda pretende capturar Silithus, ya habremos establecido una base allí. Confío en su criterio en cuanto al modo de utilizarlas. Preferiría una estrategia de reconocimiento y disuasión.

—Yo también, rey Anduin. La guerra es una cosa horrorosa. —La voz de Tyrande temblaba, no de miedo, no por ella, sino por una comprensión más profunda de los horrores que Anduin, aunque viviera hasta los cien años, nunca llegaría a entender.

Giró para mirar a Velen, levantando una ceja color aguamarina a modo de pregunta. Anduin sintió compasión por él. El draenei, tal vez más que Tyrande, había visto muchísimas guerras.

Velen suspiró profundamente.

—Pensé que tal vez tendríamos un respiro de paz después de la derrota de la Legión. Pero estoy de acuerdo con ambos. Envíe las tropas, suma sacerdotisa. Envíelas; nosotros rezaremos para que no sean necesarias.

Y así se hizo.

SEGUNDA PARTE:
EL LLAMADO A LA BATALLA

¡Ha sonado el cuerno de la cazadora!

*A la batalla nos convoca
para defender lo más preciado.*

*Esta ciudad,
la poza de la luna,
el suave canto de la brisa vespertina.*

*Nos convoca,
y nosotros respondemos.*

Cordressa caminaba junto al archidruida Malfurion Tempestira en los Jardines del Templo. Tyrande había decidido quedarse en Ventormenta, trabajando con Velen, Anduin Wrynn y Genn Cringris para elaborar estrategias de guerra en el largo plazo. La suma sacerdotisa le había indicado a Cordressa que volviera a Darnassus para informarle a Malfurion sobre los últimos acontecimientos.

Aunque el gran archidruida había regresado a su pueblo hacía unos años, después de su estadía en el Sueño Esmeralda, todavía costaba acostumbrarse a su presencia.

Malfurion Tempestira era único: el druida más grande que había surgido de los elfos de la noche. Su afinidad con la naturaleza era tan profunda que hasta su cuerpo exhibía la conexión. Tenía la cabeza coronada por dos astas de ciervo, sobre sus musculosos brazos que parecían alas había una fila de plumas, y sus pies parecían las patas de un enorme felino.

Como la naturaleza misma, el poderoso *shan'do* —honorable maestro— era suave y salvaje. Pero como un ser consciente, dotado de una conciencia y una voluntad poderosas, controlaba completamente los aspectos que manifestaba.

Ahora caminaban juntos y él hablaba con una voz suave mientras recogían hierbas.

—Has regresado hace poco tiempo de Silithus. —Malfurion se agachó sobre un arbusto hojaplatas y arrancó una hoja, la aplastó entre los dedos e inhaló el aroma limpio y revitalizante. Con la otra mano, acarició la planta y murmuró unas gracias. Salieron tres hojas del tallo: Malfurion le había devuelto a la planta tres veces su sacrificio.

Cordressa también aplastó una hoja y respiró el perfume, sonriendo a medida que la calma y la claridad descendían sobre ella. El estilo de vida de las centinelas las llevaba a recorrer todo Azeroth, pero Cordressa raramente abandonaba Darnassus, y a ella le gustaba que fuera así. Siempre cumplía sus tareas y jamás abandonaba una batalla, y hubo ocasiones en las que estuvo lejos de su pueblo durante años. Pero su hogar estaba allí, junto a Tyrande y Malfurion, en Darnassus. Cuando estaba lejos, añoraba la paz del templo y los jardines.

Arrancó un capullo de marregal y contempló los matices de rosado profundo en la flor mientras hablaba.

—Como le dije a milady y a los demás en Ventormenta, no he visto nada que garantice que el foco de la Horda esté en Silithus. Ciertamente no vi nada que explique la obstinación de Colmillosauro en enfrentarse a su jefa de guerra. Lo único que vi fue goblins, una cantidad importante, que extraían azerita y asesinaban a todos los intrusos.

—¿No hubo un aumento repentino en la cantidad de goblins?

—No que yo advirtiera. Atacan, desde luego, pero de manera cobarde, y jamás vi un aumento significativo de armas ni de personal: nada que indicara que la Horda enviaría un ejército allí. Desde luego, si milady y el rey de Ventormenta no se equivocan al suponer que la Horda ha aprendido a hacer armas con azerita, este movimiento es completamente lógico.

Malfurion se detuvo ante unas esplendorosas flores de la paz y miró los pétalos blancos.

—Me encargaré de que se cumplan las órdenes de Tyrande de enviar soldados a Silithus. Para eso, reasignaré a muchas centinelas, y a quienes puedan pelear para que abandonen sus tareas aquí y engrosen las filas del ejército.

—Comprendido, shan'do.

Sonrió con tristeza.

—Tú estarás entre ellos, centinela Brezoguja. Me temo que debo pedirte que regreses a Silithus. Necesitamos que los que conocen el territorio acompañen a las tropas.

Una estadía demasiado breve.

—Desde luego —contestó Cordressa—. ¿Cuándo debería irme?

—Quiero que vayas en el primer barco.

Asintió. Se le ocurrió algo.

—He peleado en batallas junto a la centinela Luna de Verano en numerosas ocasiones.

Me alegraría volver a verla. ¿Puedo preguntarle si la reasignará a ella también?

—La reasignaré —contestó el archidruida—, pero no a Silithus. Quedarán muchos puestos vacantes en Vallefresno cuando los barcos comiencen a zarpar, y le pediré a la centinela Luna de Verano y a otros que ocupen esos puestos.

Apenas pude verla, pensó Cordressa. Luego se resignó. Así es la vida de una centinela.

—¿Tengo tiempo de despedirme de la Liga de Expedicionarios?

—Desde luego, pero no te demores demasiado —dijo Malfurion.

Era más de lo que esperaba Cordressa, de modo que inclinó su cabeza en señal de gratitud.

—Gracias, shan'do.

Malfurion le entregó un portapergaminos de cuero.

—Pregúntales a tus amigos enanos si están dispuestos a viajar a Ventormenta antes de volver a Forjaz. Pueden entregar estas cartas a Tyrande y a Anduin por mí. Gracias, centinela. Que Elune la bendiga.

Que nos bendiga a todos, pensó Cordressa, si vamos a entrar en guerra contra la Horda.



Las dos centinelas caminaron juntas en silencio hacia una zona frondosa y recluida cerca del templo, donde habitan los elfos altonato de la ciudad, los únicos que practicaban magia arcana en Darnassus. Los portales eran dones muypreciados y la reciente aunque recelosa incorporación de los hermanos altonato de los kaldorei significaba que los grupos pequeños —como los sobrevivientes de la exploración de la Liga de Expedicionarios, que ya habían sufrido bastante— podían ahorrarse los viajes marítimos de larga duración.

También significaba que la información importante podía transmitirse rápidamente. En tiempos de guerra, eso era fundamental.

—Pensé que podría pasar más tiempo contigo, vieja amiga —le dijo Cordressa a Delaryn mientras caminaban—, pero parece que nuestros líderes tienen otros planes.

Delaryn se encogió de hombros.

—Vamos a donde mejor podamos servir.

Mientras esperaban, los enanos habían estado entretenidos. El arqueólogo jefe Mostachogris, miembro de la Liga de Expedicionarios, charlaba animadamente con sus colegas mientras tres magos, Tarelvir, Dyrhara y Maelir, observaban y sonreían con indulgencia. A Cordressa le complacía ver las expresiones de paz en los rostros de los enanos.

—Gavvin Brazorrecio, Inge Puño de Hierro y Arwis Piedranegra —dijo Cordressa—, me lamentaré por siempre por no haber podido devolver a sus compañeros a su hogar. Les pido perdón por mi fracaso.

Gavvin la miró con ojos amables.

—Querida —dijo con ternura—, el mundo es un lugar muy duro. Tú y yo lo sabemos bien. Cualquiera que se una a la Liga de Expedicionarios lo sabe. Si no quisiéramos enfrentar el peligro, nos quedaríamos en casa, sentados junto al fuego, con una pinta de cerveza en la mano. Ellos sabían cuáles eran los riesgos. Y sin ustedes, las centinelas, todos habríamos encontrado el fin en esas arenas ruinas.

—Te agradezco. Pensé que podría acompañarlos de regreso a su bella ciudad y verla con mis propios ojos, pero me han ordenado volver cuanto antes a Silithus. Querríamos que fueran los últimos en sufrir a manos de la Horda.

Gavvin se sorprendió.

—¿Te enviarán de vuelta? Así como así, ¿eh?

—Según parece, hay algunos goblins que necesitan un recordatorio del poderío de la Alianza —dijo Delaryn, y Gavvin sonrió.

—¿Podría pedirles un favor? —preguntó Cordressa.

—Lo que quieras, querida —dijo Gavvin.

Cordressa le entregó al enano el portapergaminos que le había dado Malfurion.

—Nuestro shan'do, Malfurion Tempestira, pidió que llevaran estas cartas a Ventormenta antes de volver a Forjaz. Son para Lady Tyrande y el rey Anduin, que seguramente querrán transmitir alguna información a sus Tres Martillos.

Gavvin tomó los pergaminos con cuidado.

—Será un honor ser mensajeros de semejantes señores. —La miró desde abajo de sus cejas tupidas y gruñó—. Muy bien. —Estiró el brazo y le dio unas palmaditas torpes—. Cuídate mucho, valiente muchachita. Y dales a esos goblins dos o tres golpes en nombre de Gavvin Brazorrecio, por favor.

Cordressa sonrió.

—Has mostrado gran valor. Ha sido un honor pelear a tu lado. —Se llevó un puño al hombro a modo de saludo.

La esbelta maga Dyrhara movió las manos con pericia y apareció un círculo de luz. Una imagen de Ventormenta comenzó a brillar dentro.

—Que Elune ilumine tu senda —dijo Cordressa.

—Y que nunca te falte la cerveza —respondió Gavvin.

Cordressa dejó escapar una risa breve de sorpresa, y Gavvin le guiñó un ojo. Uno por uno, los enanos dieron un paso hacia el portal y desaparecieron.

—Gracias —dijo Cordressa a la maga y luego sonrió al arqueólogo Mostachogris, que la saludó tocándose el sombrero. Cordressa le hizo un gesto a Delaryn, y juntas avanzaron sobre las piedras blancas que cubrían los caminos de toda la ciudad.

—¿Cuándo te irás?

Cordressa sonrió con pena.

—*Las dos* tenemos que partir en unas horas. Yo me encontraré con mis compañeros en el puerto para viajar hacia Feralas, y tú te encontrarás con los tuyos para ir a Costa Oscura, y de allí a Vallefresno.

El rostro de la elfa de la noche más joven se ensombreció.

—Entiendo. Veamos si adivino: las centinelas de altos rangos tienen que ir a reportarse a Silithus, y las que quedamos tenemos que ocupar sus puestos.

—Exactamente.

Delaryn suspiró.

—Te envidio, Cordressa.

—No veo por qué. Silithus no es un lugar agradable.

—Por lo menos tú estarás haciendo algo. Vallefresno es prácticamente el exilio.

Cordressa sonrió.

—Es un lugar hermoso y tranquilo...

—Y aburrido.

—Recuerda que Anaris Vientosauco es la comandante de la zona ahora —dijo Cordressa—. Tendrás la oportunidad de aprender de la mejor.

Delaryn se iluminó ante la mención de ese nombre. Anaris Vientosauco había sido una heroína de guerra un sinnúmero de veces, la última durante el Cataclismo. El Refugio Brisa de Plata, que había sido un puesto de avanzada fundamental en Vallefresno junto con Astranaar, alguna vez había estado a la altura de su nombre: era un lugar acogedor con una posada relativamente lujosa. Pero la alteración del orden natural que provocó el Cataclismo —y el influjo de orcos— había cambiado todo.

Los orcos habían asesinado a centinelas y civiles por igual. Cordressa no lo había visto con sus propios ojos, pero los orcos habían perseguido a todos los que trataban de escapar y dejaban los cuerpos

pudriéndose en el camino como una brutal advertencia para quienes intentaran recuperar el Refugio Brisa de Plata.

No fue hasta que Anaris llegó con un pequeño ejército de centinelas que los elfos de la noche recuperaron el Refugio Brisa de Plata. Desde entonces, volvió a ser el centro de las centinelas en Vallefresno.

—Anaris Vientosauco —murmuró Delaryn, con la voz suavizada por el asombro—.

¡No sabía que se había quedado después de su victoria! Seguramente tiene mucho que enseñarme. Como sea, entrenaré mucho en tu ausencia, Cordressa. Tal vez cuando la última nave zarpe hacia Feralas, el archidruida y la suma sacerdotisa ya me consideren digna de navegar en él. ¡Todavía puede que luchemos juntas!

Cordressa sonrió ante el entusiasmo de su amiga, pero su alegría se evaporó rápidamente.

—Tal vez te necesitemos antes. Silithus puede ser el primer frente de una guerra nueva.

—El nuevo brote de una vieja guerra, querrás decir —señaló Delaryn con un tono tan sombrío como el de su amiga—. Ten cuidado.

Se abrazaron con fuerza durante un momento, luego Cordressa se separó.

—Tengo que empacar algunas cosas —dijo—. Creo que iré al muelle por el camino más largo. Quiero recordar la vegetación, el flujo del agua y la tranquilidad antes de enfrentar ese horrible desierto una vez más.

Después de un último saludo a su amiga, Cordressa se dio vuelta y se dirigió al Bancal de los Mercaderes en lugar de ir directamente a ver al maestro de los hipográficos.

* * *

Delaryn miró a Cordressa partir.

Las dos eran centinelas, veteranas endurecidas por más batallas e incluso más guerras de las que las razas jóvenes podrían recordar. Algunos miembros de la Alianza y la Horda pensaban que, como los kaldorei eran longevos, la muerte no significaba nada para ellos. Como si alguien pudiera tener “suficiente” de la vida: de la alegría, de las risas, del amor, de los rituales y las maravillas. De ser, sencillamente, un kaldorei.

La respuesta, desde luego, era que aquello era imposible. Por eso cada batalla, cada golpe, eran aún más importantes. Porque, al fin y al cabo, ni siquiera los elfos quedaban afuera de los horrores de la guerra. Cada batalla, cada golpe que no se llevaba la vida de un soldado los acercaba inevitablemente al enfrentamiento que sí lo haría.

Y hasta en la vida de un soldado había alegría y amistad con los camaradas en armas. Había amor, o sustitutos del amor, con quienes se cruzaban en el camino por una noche, un año, una década... pero casi nunca para siempre.

Y héroes para admirar y emular.

Delaryn Luna de Verano estaba a punto de conocer a una.



Mi amor:

Aunque te echo de menos a ti y a los aromas, los paisajes y los sonidos de nuestra querida tierra, mi estadía en Ventormenta no ha sido tiempo perdido.

Por primera vez después de mucho tiempo, estamos en perfecta sintonía con nuestros compañeros de la Alianza en la forma de proceder. La azerita es demasiado valiosa y nuestro mundo también, de modo que no podemos vacilar en defenderlo. ¿Qué horrores pueden crear Sylvanas y sus renegados? ¿Qué armas nefastas pueden diseñar los goblins, los orcos y los trols? Me alegra que la última nave de defensores haya zarpado hacia Feralas y que nuestro ejército esté listo para actuar en cuanto sea necesario.

Aunque respetaba muchísimo al difunto rey Varian, he de confesar que tenía mis dudas acerca del joven Anduin. Me complace informarte que cada día demuestra ser un sucesor digno de su padre. Es tan joven... pero hay tantos que son jóvenes para nosotros... Y aun así, posee sabiduría o la humildad para escuchar sabiduría, lo que tal vez es más importante. Es sorprendente pensar que nuestro pueblo, los humanos, los draenei y los enanos, todos tenemos sacerdotes en lugares de liderazgo.

No obstante, Anduin habla de la esperanza de una paz duradera aunque nos preparamos para la guerra. La pérdida de la inocencia siempre es amarga, pero solo con los ojos bien abiertos podemos dirigir.

Me alegra estar aquí para enseñarle lo que pueda; me alegra también que él escuche.

Te abrazo hasta la próxima carta, mi Malfurion.



Uno nunca debería conocer a sus héroes, pensó Delaryn mientras caminaba al reparo de los árboles de Vallefresno.

El día anterior, la centinela Vannara había dicho en un tono de voz muy suave:

—Recuerdo que una vez alguien dijo: “La puntería de Anaris es tan buena como la de Shandris Plumaluna, pero lidera tan mal como un sátiro”.

—Quien haya dicho eso fue generoso —respondió Delaryn. El título de comandante de Vallefresno era sin lugar a duda un honor, pero Delaryn se preguntaba por qué nunca habían enviado a Anaris Vientosauco a pelear a otro lugar. Nunca había ido a Costa Quebrada a luchar contra la Legión, tampoco la habían enviado jamás al territorio de la Horda. Ni siquiera ahora, con todo lo que estaba ocurriendo, la habían enviado a Silithus. ¿Por qué?

Ahora Delaryn sabía por qué.

La comandante Vientosauco parecía a la altura de las circunstancias. Era una de las centinelas más altas y más fuertes que Delaryn había visto en su vida. Tenía el cabello púrpura y la piel azul claro, pero su rasgo más arrebatador era su rostro.

Las elfas de la noche habitualmente se marcaban la cara después de pasar algún rito de pasaje importante. Era muy común que fingieran cicatrices, pero Anaris Vientosauco no tenía necesidad de fingir. El raptor de un trol la había atacado y le había dejado cicatrices de verdad. Los tajos le cruzaban toda la cara, empezaban justo debajo del nacimiento del pelo y le llegaban hasta el mentón. Si el raptor no le arrancó un ojo fue por la gracia de Elune. Anaris no quiso que se las curaran. En cambio, decidió llevar con orgullo lo que según ella era la “marca verdadera del alma”.

Lo que Anaris no tenía de belleza, lo compensaba con ferocidad y —pensó Delaryn— con su actitud hacia los otros.

Delaryn había cometido el error de quedarse mirando las cicatrices, testimonio del mejor esfuerzo que pudo hacer el raptor para separar la cabeza de Anaris de su cuerpo. Delaryn conocía la historia, pero ver esas cicatrices con sus propios ojos era sorprendente —e inquietante—. Antes de que pudiera ocultar su reacción, había abierto muy grandes los ojos y había emitido unos breves sonidos que expresaban compasión. No era la única que reaccionaba así, a juzgar por el modo en que la mirada de la comandante pasaba de un rostro al otro.

La boca mutilada se torció en una mueca de desdén.

—Recién llegadas de Darnassus, ¿eh?

Delaryn y las demás habían intercambiado miradas, sorprendidas por el tono del saludo.

—Por el momento, sí, pero muchas de nosotras hemos servido en otros lugares... —empezó a decir Delaryn.

Anaris la interrumpió con un gesto de irritación.

—El archidruida las ha escogido, así que deben saber pelear. Nadie se convierte en centinela sin derramar sangre en la batalla. —No obstante, su tono expresaba claramente una opinión: las que

habían servido en la comodidad y la belleza de Darnassus eran inferiores al resto—. Usted, teniente Delaryn Luna de Verano. Parece que es mi segunda al mando.

—He servido con...

—Lo único que importa ahora es que me sirven a mí. Me obedecerán y mantendrán a sus subordinados *a raya*. —Anaris las miró una por una—. Esta misión será más difícil de lo que creen. Las órdenes que enviaron de Darnassus han reducido la cantidad de centinelas asignadas a Vallefresno a la mitad. Esta reducción drástica envalentonará a aquellos que desean hacernos daño: ladrones y asesinos encontrarán oportunidades para atacar a nuestra población y a los viajeros solitarios en los caminos. Estamos aquí para protegerlos. Cada civil es nuestra responsabilidad. Tengo que confiar en que todas ustedes están a la altura de la tarea.

Delaryn trató de evocar la paz del templo en ese momento tan incómodo y difícil... pero no lo logró.

Tampoco lo logró después. Las noches y los días pasaban lentamente tras infinitos ejercicios, rutinas y pruebas humillantes. Las centinelas de Darnassus —en cuyas manos habían dejado la misión de proteger el alma y el corazón de los kaldorei— eran puestas a prueba como si fueran reclutas recién llegadas, sin experiencia.

Todo era ridículo. Los mensajes que se apresuraban a llevar de un lugar a otro eran triviales, según revelaban los destinatarios. Incluso los civiles que les habían encomendado proteger miraban a las recién llegadas con pena, y eso era algo que Delaryn no podía soportar.

Pero tenía que hacerlo, porque una centinela era un soldado, y los soldados obedecían órdenes. Si no lo hacían, el resultado era el caos. Delaryn recordaba con nostalgia su primer entrenamiento, sus primeras batallas, recordaba a Cordressa, Shandris y Tyrande. Pero se mordía la lengua y hacía lo que le decían.

Volvió caminando desde la Aguja del Polvo Estelar hasta el Refugio Brisa de Plata. Llovía copiosamente, y con cada paso que daba sus botas se hundían. El cabello azul oscuro se le pegaba al cráneo, y ella temblaba, deseosa de beber algo caliente. Junto a su corazón, a salvo del diluvio al que estaba expuesta, llevaba un informe completamente irrelevante que no decía nada interesante.

Delaryn oyó un gruñido grave y el sonido de un resoplido detrás de ella. Se paralizó.

Los elfos de la noche habitualmente pueden convivir con animales que han llegado a considerar como hermanos salvajes, por eso Delaryn empezó a hablar con suavidad y respeto mientras se daba vuelta.

—Hermano oso, te saludo. Nosotros... ¿*Ferryn*?

El animal se sentó sobre sus patas osunas y el extraño sonido que emitió, casi un balido, era sin duda una risa. Cambió su forma y, un instante después, apareció en su lugar un elfo de la noche alto, azul claro, con el cabello color musgo, largo y despeinado. Él también estaba empapado.

—Ah, Del —dijo Ferryn con un tono cálido y sonoro, mirándola con ojos brillantes y juguetones—, siempre caes.

Delaryn suspiró con fastidio.

—La próxima vez, dispararé primero.

Él la miró con un horror fingido.

—¿Tú? ¿Violando el protocolo? Imposible.

Ella se dio vuelta y siguió caminando hacia el Refugio Brisa de Plata. Ferryn la siguió sin dificultad. Eran silenciosos en todos los sentidos: no hablaban, y el ruido de sus pasos se amortiguaba en el barro y la hierba. *Qué sencillo es caminar junto a él, incluso después de tantos años sin vernos.*

Y es que entre ellos siempre había sido así.

Sintió en la mano el roce tímido de sus dedos, preparados para retirarse si ella no le correspondía. Pero le correspondió. Desde luego. Delaryn no imaginaba la posibilidad de que fuera de otro modo. Sus tareas —y, a decir verdad, sus naturalezas— los mantenían separados, pero Elune se encargaba de que siempre volvieran a encontrarse.

Entonces Delaryn entrelazó los dedos de su mano enguantada con los de él y caminaron juntos.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó ella.

—Podría preguntarte lo mismo —respondió Ferryn.

—Una reasignación —contestó, sin saber cuánto sabía él ni cuánto podría contarle.

—A mí también —dijo él—. Me convocaron de Frondavil. Muchos de mis hermanos y hermanas se dirigen al sur. —La miró detenidamente—. A un lugar arenoso.

Delaryn se relajó. Él ya lo sabía.

—Ah —dijo—. No me gusta la arena.

—A mí tampoco. Se mete en la piel y en las plumas.

—Y en la armadura.

—¿Querías ir?

Por Elune, qué bien la conocía.

—Cordressa fue. Desafortunadamente, me mandaron aquí.

—Yo tampoco estaba satisfecho con mi asignación. Pero ahora que lo pienso... resultó que no era tan malo al final.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Ferryn ayudó a repeler las energías viles que perturbaban lo que otrora había sido una parte bella de Vallefresno? ¿Diez años? ¿Doce? Una década, sin duda, desde que se habían dado un beso de despedida por centésima —o milésima— vez.

La tensión de Delaryn se aflojó por primera vez desde que había llegado. Ferryn tenía razón. No era tan malo después de todo.



Muchos días después, Delaryn y Ferryn dormitaban lánguidamente, abrazados, en un escondite apartado que habían descubierto. El sol se filtraba a través de los árboles.

Ferryn oyó el crujido de una rama encima de él. Se convirtió en un sable de la noche con un solo pensamiento. Su aguzado sentido del olfato lo hizo alcanzar de un salto al goblin apesado que lo hizo lagrimear.

La fea y rechoncha criatura verde llevaba una armadura pequeña y no tenía camiseta. Evidentemente había decidido usar su color de piel para camuflarse con el denso follaje. Era una decisión valiente, pero ya no le servía. Ferryn le arrebató el arma con un golpe desenfadado de su pata y clavó los dientes delanteros en la garganta del frustrado asesino.

En ese mismo instante, una flecha de Delaryn se clavó en el cráneo del goblin. Ferryn se preguntó quién lo habría matado primero. El druida saltó del suelo y siguió a Delaryn, que ya estaba corriendo hacia el Refugio Brisa de Plata. Giró una oreja hacia el ruido sordo que hizo el goblin doblemente muerto al caer al suelo. Miró a Delaryn cuando la alcanzó, y sus ojos se encontraron por un brevísimo instante. El rostro de Delaryn expresaba el mismo horror que contenía su corazón.

Estaban a mitad de camino cuando se oyó el inquietante sonido argénteo del cuerno.

Habían llegado demasiado tarde. Estaban atacando el refugio.

Se cruzaron con los cuerpos de unos enormes sables de la noche —criaturas hermosas que servían a los kaldorei como monturas devotas— desparramados sobre la hierba chamuscada. Más cerca del refugio, encontraron cadáveres de los kaldorei... y de la Horda.

Sobresaltada, Delaryn aspiró una bocanada de aire como única respuesta cuando contó cuántos amigos había entre los muertos. Muchos de los elfos de la noche no mostraban señales de heridas, pero

las hojas de las armas que todavía empuñaban los asesinos —algunas empapadas de veneno negro— decían la horrible verdad.

El goblin que había asesinado Ferryn no estaba solo.

* * *

Juntos, Delaryn y Ferryn se apresuraron a la posada. Había más cuerpos en el piso. Algunos todavía se retorcían mientras los sanadores corrían desesperados hacia ellos. Sobre una baranda se apostaba un cuervo de tormenta de manto azulado.

Delaryn se puso rígida cuando se acercó Vannara. Tenía una expresión sombría.

—Este druida traía un mensaje de Refugio de la Algaba —dijo Vannara, asintiendo en dirección al cuervo—. También sufrieron un ataque. Al igual que Polvo Estelar. Los asesinos de la Horda atacaron simultáneamente, pero desde que los derrotaron no han hecho ningún otro movimiento. Fuera lo que fuera, parece que se terminó —vaciló—. Del... *¿qué sucede?*

—No lo sé —dijo Delaryn, tan sorprendida y angustiada como Vannara—. ¿Dónde está la comandante?

—Salió a hacer una patrulla de entrenamiento con una docena de centinelas.

—¿Cuánto tiempo hace que se fueron?

—Se fueron a la medianoche.

Se miraron. Una repentina ola de desprecio inundó a Delaryn. Las patrullas rutinarias se hacían normalmente con cuatro o cinco centinelas. Si Anaris Vientosauco no hubiera estado tan empeñada en aleccionar a las centinelas de Darnassus, habría habido suficientes centinelas para salvar vidas. Reprimió sus palabras crueles. No iban a regresar a los muertos.

—¿A dónde?

—No dijo.

Ferryn chocó su cabeza felina contra el brazo de Delaryn. Desde luego. Él podría ubicarla.

Delaryn lo miró agradecida.

—Mantente alerta, podría venir una segunda ola de ataques. Sigan atendiendo a los heridos. Ferryn y yo iremos a buscarla.

Se apresuró a los aposentos de la comandante y tomó una camiseta de lino. El druida la olió, luego inclinó el lomo hacia ella y la miró. Por un instante, Delaryn vaciló. Los druidas no eran

animales. Habitualmente no permitían que los trataran como bestias. Pero él sabía, al igual que ella, que los pícaros habían asesinado a los sables de la noche para que los sobrevivientes quedaran a pie. Así que no había tiempo para sutilezas.

—Gracias —dijo Delaryn con humildad, y luego se montó sobre el lomo azul del felino. Se aferró con fuerza mientras Ferryn, que apretaba las orejas contra la cabeza lleno de furia, seguía la huella del olor de la comandante Anaris Vientosauco.

Encontraron al grupo a unos pocos kilómetros del campamento. Para sorpresa de Delaryn, ni siquiera estaban patrullando. Anaris escupía órdenes para que marcharan, les exigía una sincronización perfecta. Las centinelas eran soldados profesionales, en perfecto estado físico, pero era evidente que estaban cansadas y que no habían podido descansar. *Se ha llevado a las mejores guerreras y las exprimió hasta agotarlas, mientras que aquellos a quienes juró defender morían cruelmente.*

—¡Comandante! —gritó Delaryn—. ¡Comandante! ¡Nos han atacado!

Anaris se dio vuelta. La ira oscureció su rostro mutilado. Echó una mirada rápida a Ferryn.

—Explíquese.

Las centinelas se detuvieron, el cansancio se les borró del rostro ante la posibilidad de peligro real para su pueblo. Escuchaban las palabras de Delaryn con todo el cuerpo.

—Pícaros de la Horda —dijo Delaryn—. Muchos. Asesinaron a nuestros sables de la noche para impedir que se corriera la voz. Hay muchos muertos. Según Vannara, han llegado noticias de otros puestos en Vallefresno que informan de la misma situación.

Anaris la miró fijamente por un momento, luego se volvió a las centinelas.

—¿Por qué se quedan ahí paradas? ¡Tú, corre a Claro Ala de Plata! Fíjate si...

Ferryn dejó escapar un gruñido gutural y furioso, pero salió demasiado tarde. Al sentir la tensión de Ferryn, Delaryn quiso desmontarse, pero el renegado ya había saltado desde una rama que estaba sobre ellos.

Aterrizó justo sobre de la espalda de Anaris, que recibió las puñaladas de las hojas gemelas en el mismo instante en que caía. Con una velocidad inaudita para una criatura muerta, el asesino rodó y luego se incorporó. Una de las dagas trazó un corte limpio y rápido en la garganta de Marua, y casi le amputa la cabeza.

Con un alarido de furia, Ferryn saltó contra el renegado, mientras que —demasiado tarde— Delaryn sacó una flecha y preparó el arco. Todo se puso borroso y apareció otro pícaro, un elfo de sangre que avanzaba a cuchilladas con su cabello dorado flotando detrás de él como una capa. En lo que pareció

una milésima de segundo, media decena de elfas de la noche estaban desangrándose o revolcándose de dolor sobre el suelo reverdeciente del bosque.

Por fin, las centinelas se concentraron. El elfo de sangre desapareció de inmediato, pero no importaba. Lo atraparían mientras escapaba como el cobarde que era. Lanzaron una lluvia de flechas hacia el espacio entre los árboles, pero no le dieron a nada. El sin'dorei se había librado de ellas.

El renegado no había tenido la misma suerte. Eriadnar se lanzó contra él y desenvainó la espada. Trazó un surco en el torso del asesino y le cercenó un brazo. Ferryn lo derribó y lo mantuvo contra el suelo, conteniéndose para no arrancarle la garganta.

Anaris Vientosauco se recostó sobre el suelo del bosque. Tenía los ojos abiertos pero el brillo en ellos se estaba apagando.

—¿Comandante? —dijo Eriadnar.

—Está muerta —contestó Delaryn secamente. Seguía furiosa con Vientosauco a pesar de que la comandante ya no estaba al alcance de su furia.

—Delaryn —musitó Eriadnar—, ahora tú eres la comandante.

Así era. Qué extraño sonaba. Delaryn se espabiló y se acercó al prisionero. Posó la mirada sobre las dagas que había dejado caer y que estaban cubiertas de la sangre de Anaris. Tomó una con cuidado, luego hizo un gesto a Ferryn, que retrocedió gruñendo al renegado de manera amenazante.

Lo miró desde arriba, descargando dolor y furia en sus palabras:

—Háblame, renegado, y quizás te deje vivir.

—¿Vivir? —gruñó, en ese tono horrible y hueco tan característico de su raza—. Hace bastante tiempo que no vivo, elfa.

—¿Te gustan los juegos de palabras? Mejor juguemos a uno de números. —Lo señaló—. Te falta un brazo. Podría faltarte uno más. O mejor empiezo con algo pequeño. Tienes cinco dedos. Dime algo que me sirva, cadáver, o te quedarán cuatro.

Como no contestó, se agachó, lo tomó de la muñeca y acercó el filo a su mano.

El renegado siseó con furia.

—¡Hablaré!

Conque la hoja sí está envenenada. Aunque esté muriendo, no quiere sentir ese dolor.

—Dime cuáles fueron las instrucciones.

Los labios muertos revelaron unos dientes amarillentos. Un aliento fétido golpeó a Delaryn en la cara cuando se lanzó a reír. Se le retorcía el estómago, pero se mostró imperturbable.

—Pensé que eran evidentes —dijo—. ¿Acaso murieron los más inteligentes primero? Ah, no, es cierto, *no hay* elfos de la noche inteligentes. ¿Sabes? Dicen que un trol se llevó las orejas de otra comandante. Ahora las usa él.

Ella sabía que probablemente aquello fuera verdad. Pero Delaryn no mordió el anzuelo.

—Ninguna val'kyr te traerá de vuelta si te clavo esto en la garganta.

Delaryn miró el filo.

—¿Qué clase de veneno usaron? —preguntó con naturalidad—. Imagino que uno que provoque mucho dolor. A ustedes, los renegados, les gusta ese tipo de veneno. Si no me dices algo útil pronto, pensaré que quieres ganar tiempo y que no tienes *nada* para decirme. —Hablabía con frialdad.

—¿Qué prisionero no querría ganar tiempo? Vivir es precioso. Hasta nosotros sabemos eso.

Era cierto. Los elfos de la noche tenían un respeto muy profundo por la vida. No torturaban prisioneros ni se deleitaban con las muertes innecesarias.

Pero poco les importaban las abominaciones que eran los renegados.

Algo dentro de ella se había endurecido como una roca. Delaryn puso el filo muy cerca de su dedo índice.

—No... me... provoques.

La mueca de cruel regocijo despareció del rostro pútrido cuando advirtió que la amenaza no era vana.

—No pueden ganar —dijo—. ¿Acaso no se dieron cuenta de que están atacando *todos* sus puestos? Decenas como yo nos hemos lanzado sobre ellos con nuestros venenos dolorosos. Y ni los sagaces cazadores, ni las elogiadas centinelas, ni los furtivos druidas tenían la menor idea.

Delaryn pensó en el druida que había volado al Refugio Brisa de Plata con su mensaje. Era cierto que algunos puestos de avanzada habían reportado ataques. Pero había algo en el tono del renegado que sonaba falso.

—Estás mintiendo —espetó Delaryn—. ¿Qué planean? La Horda marchaba hacia Silithus. ¿Para qué se desviarían por Vallefres...?

Y entonces la respuesta surgió sola, era a todas luces tan evidente que se sintió como una puñalada en el estómago.

La flota de los elfos de la noche se dirigía a Feralas.

Tyrande estaba en Ventormenta.

—Están despejando el camino —murmuró, horrorizada.

El renegado no contestó, sino que volvió a reír. Delaryn alzó la daga, pero la risa del pícaro se convirtió en una tos jadeante. Escupió un líquido viscoso y luego se quedó quieto. La había engañado: sus heridas le habían quitado la no-vida antes que ella.

Delaryn no malgastó energía en frustrarse por el último chiste del renegado ni por los valiosos minutos que había pasado interrogándolo. Ya había perdido suficiente tiempo.

Se puso de pie de un salto.

—Eriadnar, ¿estás herida?

—No, comandante.

—Entonces corre, hermana —dijo—. Ve lo más rápido que puedas a Darnassus. No peles. No te detengas. Ocúltate si hace falta. Este mensaje tiene que llegar Darnassus como sea. Dile a Malfurion que se acerca un ejército.

Ferryn volvió a su forma kaldorei.

—Puedo volar más rápido de lo que ella puede correr —propuso.

Delaryn negó con la cabeza.

—Tengo otra tarea para ti. Ve, Eriadnar. Que Elune guíe tu camino.

La centinela asintió con los ojos desorbitados y, obediente, se lanzó rápida como una flecha disparada desde un arco.

Delaryn se volvió hacia Ferryn.

—Apresúrate a Los Baldíos. La Horda se acerca. Tenemos que saber cuánto tiempo queda antes de que lleguen. Sigue hasta que los veas. No luches a menos que sea necesario. Mantente con vida y vuelve a informar.

Él asintió. Se miraron por un momento. No hacía falta decir nada. Habían peleado un sinnúmero de batallas, a veces juntos, a veces solos. Ahora volvían a lanzarse a la lucha.

Se buscaron para abrazarse al mismo tiempo, se besaron profundamente y luego volvieron a sus deberes.

Ferryn no lo sabía, pero cada vez que se separaban, Delaryn le rezaba a Elune para que lo mantuviera a salvo. Volvió a pedirle lo mismo tras esta despedida, pero por primera vez tuvo la vaga

sensación de que, en esta batalla, la hermosa y amable diosa de la luna tal vez no respondería la plegaria.



A Ferryn le gustaba pelear. Era bueno. Pero Delaryn había dejado en claro que no necesitaba más soldados para atacar: necesitaba información sobre *cómo* atacar.

No obstante, él estaba más que preparado para combatir en caso de que el conflicto se presentara en su camino.

Se movía raudamente en su forma favorita, la de sable de la noche, saltando de rama en rama en las copas de los árboles, en dirección al sudeste desde el Refugio Brisa de Plata. Sintió asco y furia ante lo que vio al entrar al Bosque Arrullanoche.

El Claro Ala de Plata y la Avanzada Ala de Plata estaban en silencio cuando se acercó, pero el olor de la sangre le invadió las fosas nasales. Ferryn abrió la boca con la mueca de un gruñido silencioso y siguió adelante.

La Empaladiza de Mor'shan, que había sido una avanzada de los orcos recuperada después de la muerte del monstruoso Garrosh Grito Infernal, también había caído. Ferryn se lo esperaba, pero junto al olor de la sangre de los kaldorei estaba el hedor de los goblins y los orcos. Aminoró el paso y avanzó con cautela, casi invisible. Un orco rio a carcajadas y luego elevó la voz en un canto estrepitoso. Ferryn descendió a una rama baja y espió. Un solo orco y un goblin saqueaban los cadáveres, se llevaban armas y abalorios. El goblin gruñía mientras trataba de arrancarle un anillo a un cazador, jalaba con tanta fuerza de la mano que el cadáver se movía de un lado a otro.

Solo dos. Podía con ellos. Ferryn hervía de rabia pero se resistió a entregarse a ella. Seguiría explorando y volvería con información. Esas eran las órdenes. Delaryn era la nueva comandante de Vallefresno, y él la obedecería.

Tienen suerte de que respete tanto a Del, pensó con amargura, y se alejó furtivamente de esos dos que merecían morir una y mil veces.

El sentido del olfato de Ferryn era más afilado que el de ellos, incluso cuando adoptaba la forma de elfo. Ahora estaba más afilado que nunca. No obstante, ellos también podían olerlo si no era cauteloso. Verificó que estuviera yendo a favor del viento antes de escabullirse por las fortificaciones.

Una vez a salvo, se transformó en cuervo de tormenta. Sus poderosas alas comenzaron a batir el aire, y remontó vuelo. Era mediodía: la Horda había atacado cuando los elfos de la noche eran más

vulnerables. El sol golpeaba sin piedad, brillaba aún más fuerte por el descarnado amarillo rojizo de los bien llamados Baldíos. Lo que esa luz iluminaba paralizó a Ferryn.

El corazón se le encogió en el pecho. Eran tantos... Muchos miles, tal vez decenas de miles, demasiados para contarlos. Desparramados, eran una mancha sobre la tierra. Había caravanas conducidas por kodos que se amontonaban alrededor de uno de los pocos oasis de la zona para descansar y beber antes de ingresar en Vallefresno. Decenas de máquinas de asedio se ergían sobre el paisaje.

Se movían mucho más lento de lo que podía moverse un druida kaldorei. Ferryn no sabía si arriesgarse a seguir recolectando información. No le preocupaba su vida, sino que los orcos advirtieran que el cuervo de tormenta que volaba sobre ellos era un druida y supieran que los habían descubierto.

Pero ellos habían lanzado un ataque coordinado de asesinos. Ya debían saber que los kaldorei estaban al tanto de la amenaza. De modo que Ferryn avanzó, volando tan alto como podía, sin quitar la vista de las figuras de abajo. Era un verdadero ejército de la Horda. No solo había orcos —aunque había muchísimas de esas criaturas viles—, sino que todas las razas estaban presentes.

Los espías de la Alianza habían informado que Colmillosauro dirigía aquel ejército personalmente. ¿Estaría también allí la jefa de guerra? ¿Era ella quien dirigía aquel ejército, o era Colmillosauro?

Convirtió la pregunta en afirmación. Desde luego, la jefa de guerra tenía que estar allí. Su arrogancia no permitiría que nadie más se llevase la gloria. Además, Sylvanas Brisaveloz era sin lugar a duda la integrante más poderosa de la Horda.

Cobarde, calculadora alma en pena, pensó Ferryn. Nunca te habrías atrevido a atacar si nuestra líder hubiese estado aquí junto a nuestro señor. Pero ella vendrá. Ella y el shan'do se llevarán tu cabeza por esto.

Aunque Ferryn no vio rastros de Sylvanas, sí vio un orco enorme con largas trenzas blancas desmontando de un carro. Su armadura era superior a las de los demás, y caminaba entre las tropas, que se mostraban deferentes ante él. Aunque era viejo, se movía con autoridad. La edad no había disminuido su fuerza.

Durante un momento largo, el druida planeó en el lugar, batiendo las alas con firmeza, absorbiendo todos los detalles que podía. Hasta que la ira reemplazó a la angustia y lo acosó una imperiosa necesidad de actuar. Se dio la vuelta y avanzó hacia el norte tan rápido como le permitían las alas.



En cuanto supo de la llegada de la centinela, Malfurion acudió a la poza de la luna a encontrarse con ella. Ya la habían recibido las sacerdotisas. Tres de ellas se acercaron para ofrecerle comida, y ella aceptó agradecida.

—Centinela Eriadnar —dijo Malfurion, acercándose a ella.

Estaba sentada al borde de la piscina, un poco encorvada, lo que revelaba que aún seguía cansada de los viajes, pero cuando oyó sus palabras se puso de pie.

—No, centinela, se ha ganado el derecho a quedarse sentada. ¿Qué sombrías noticias ha traído?

Volvió a sentarse, agotada.

—Vengo del Refugio Brisa de Plata. Casi todos nuestros puestos de avanzada han sufrido un ataque coordinado de la Horda. Anaris Vientosauco está muerta. Delaryn Luna de Verano es la nueva comandante. Me envió aquí para que le informara que... —Durante un brevísimo instante, parecía que la centinela sería incapaz de pronunciar palabra. Entonces habló, con la voz quebrada—. Que se acerca un ejército.

Hacía mucho tiempo que Malfurion vivía con la expectativa de noticias semejantes: un día la Horda se levantaría y clavaría su mirada cruel en Darnassus. Finalmente había pasado.

Tyrande y él habían caído en una trampa. Habían enviado su flota al sur, hacia Silithus, exactamente como quería la Horda. Los kaldorei nunca habían estado tan vulnerables.

Pero la Horda no ganaría. No advertían lo que habían provocado con ese ataque descarado al territorio élfico. No comprendían que iban a pelear más que los habitantes de Vallefresno. Bajo las respetuosas pero imponentes manos de Malfurion Tempestira y los druidas que había entrenado, el propio Vallefresno atacaría a la Horda.

Sin duda, el guerrero Colmillosauro estaría preparado para la batalla. Y él y sus fuerzas podrían ganar contra otros guerreros, pero no contra lo que esos guerreros protegían.

La resolución se afirmó dentro de Malfurion, que se irguió con más altura aún, preparando ya la mente y el espíritu para lo que se avecinaba.

La centinela había advertido el cambio en él, y eso pareció tranquilizarla e inquietarla al mismo tiempo.

—Gracias por tu premura —le dijo con voz calma—. Cuando hayas descansado, tengo otra tarea para asignarte.



Empezaron a llegar informes de más y más puestos de avanzada. No todos habían sido atacados. Los que permanecían a salvo enviaron soldados al Refugio Brisa de Plata después de recibir la advertencia de Delaryn. Otros, como Astranaar, habían sufrido pérdidas pero habían derrotado y asesinado a los pícaros. Otros todavía guardaban un ominoso silencio.

Llegaba ayuda incesantemente, y Delaryn trataba de alegrarse por eso.

—La mayoría de nosotros ha sobrevivido —decía a los recién llegados, y les recordaba que se había perdido el factor sorpresa—. Están invadiendo nuestro hogar. Conocemos cada milímetro de este bosque y trabajamos en armonía con la tierra. La Horda no tiene ninguna de estas ventajas. Somos la primera línea de defensa, y tenemos el terreno...

Un cuervo de tormenta entró como un rayo en la posada del Refugio Brisa de Plata, donde se reunían los tenientes. Ferryn cambió de forma en el aire y aterrizó con ligereza sobre los pies, un poco agitado por el esfuerzo.

Delaryn y los otros escuchaban en completo silencio mientras él describía lo que había visto, *a quiénes* había visto... y quién pensaba que estaba allí. Ella se obligó a mantener una expresión neutral en el rostro, pero cada palabra que él pronunciaba era como una flecha.

No había forma de negarlo ahora. La Horda había enviado un ejército dirigido por el alto señor supremo Varok Colmillosauro para atacar Darnassus, y era muy probable que la jefa de guerra también estuviera allí. Habían llevado personal, suministros y equipamiento para la ofensiva.

—¿Por cuánto crees que nos superan en número? —preguntó ella con calma.

Ferryn dudó.

—Siete u ocho contra uno —respondió finalmente.

El silencio era denso y pesado como un manto.

Tantos. Demasiados. Y sin la flota...

No. No iba a dejar siquiera entrar la idea en su mente.

Observó el Lago Mystral. Las últimas lluvias habían elevado el nivel del agua, de modo que el pequeño edificio en la pequeña isla en el centro del lago estaba apenas a unos metros de inundarse.

—La lluvia —dijo repentinamente—. Vienen montando kodos. Traen caravanas. Equipo tremadamente pesado. Los caminos todavía están blandos. Las caravanas se atascarán. Y el río, crecido y caudaloso, será más difícil de cruzar.

En sus ojos hubo un resplandor de furia.

—Sobre todo si quemamos los puentes.

TERCERA PARTE:
EL EMBATE

*Ha caído la vanguardia:
los valientes que avanzaban
a la tierra de los fuegos fatuos,
de las sombras, sin resguardo.
Habrá más sangre derramada
sangre enemiga, sangre hermana.
Es el precio del tiempo
para salvar la ciudad refulgente
sobre el árbol de los sueños.*

Anduin Wrynn, Tyrande Susurravíentos, Velen y Genn Cringris estaban juntos ante el monumento conmemorativo de Reposo del León. Anduin sintió un nudo en la garganta, como cada vez que observaba la imagen de su padre tallada en piedra. Incluso ahora, meses después, era difícil creer que había partido. A veces, cuando iba al monumento durante el crepúsculo, en ese breve descanso entre el día y la noche, Anduin casi podía jurar que su padre estaba presente en algún lugar fuera de la vista.

—Este es un lugar tranquilo —dijo Tyrande—. Me alegra verlo.

Ella y los otros líderes de la Alianza habían llegado poco después de la muerte de Varian, cuando se dispuso, simbólicamente, un féretro vacío. Esta tumba también estaba vacía: no habían quedado restos de Varian para enterrar. No obstante, Anduin se sentía más cerca de él aquí que en cualquier otro lugar.

—Los ciudadanos de Ventormenta son muy comprensivos —dijo Anduin—. Cuando vengo aquí, nadie me molesta. Hay una vista hermosa del puerto detrás del monumento.

Estaban bajando los escalones cuando uno de los guardias de Ventormenta se acercó corriendo hacia ellos. Anduin bajó rápidamente los escalones que quedaban para encontrarse con él. Los demás lo siguieron.

—¿Qué sucede? —preguntó.

El guardia tomó aire, pero cuando habló, no le habló a su rey.

—Lady Tyrande... ha habido un ataque... evacuaciones... ha comenzado. Hay... refugiados... llegando a través de los portales.

Tyrande se paralizó. Por un momento pareció una estatua, más bella incluso que Haidene en el Templo de la Luna. Solo la vena que palpitaba con fuerza en su garganta rompía la ilusión.

—Llévame con ellos.

Ya había una decena de refugiados reunidos cuando los cuatro líderes llegaron al Sagrario del Mago. El archimago Malin mantenía los portales abiertos para que siguieran entrando. Eran civiles: herreros, sastres, panaderos. Una sola centinela los acompañaba, y ante la presencia de Tyrande, se acercó hacia ella, se arrodilló y le extendió un pergamino.

Anduin reconoció el sello. Era de Malfurion Tempestira. Los ojos de Tyrande se iban agrandando a medida que leía, y en la boca se le dibujaba un gesto sombrío. A pesar del talante de las discusiones que habían surgido en la sala de mapas, Anduin estaba disfrutando la visita. Pero de repente, como ante una transformación más sutil pero más importante que los cambios de Genn a forma de huargen, vio a la líder kaldorei transformarse de sacerdotisa en guerrera.

Levantó la cabeza y habló con voz calma y firme.

—La Horda está atacando Vallefresno.

—¿Vallefresno? —repitió Anduin, boquiabierto.

—Pero era Silithus donde... —empezó a decir Genn.

Y entonces quedaron en silencio, asaltados por la súbita y terrible comprensión de los hechos. Las noticias golpearon a Anduin tan fuerte como un puñetazo en el estómago. El enorme ejército de la Horda que había reunido Colmillosauro en ningún momento planeó marchar a Silithus. Vallefresno no tenía el poder de enfrentar un ejército tan grande como el que habían visto los espías de Anduin.

Y Vallefresno era lo único que se interponía entre la Horda y Darnassus.

Lo enfurecía que, a pesar de todos sus esfuerzos, Sylvanas Brisaveloz había vuelto a usarlo —a él y a todos— como una herramienta. Esta vez, la Alianza pagaría el precio con sangre.

Genn se golpeó la palma de la mano con el puño y rompió el silencio estupefacto en el que estaban sumidos. Tenía la cara roja y los ojos brillantes de furia.

—¡Sylvanas nos tendió una *trampa*! Los supuestos espías de Shaw...

—Informaron lo que vieron —dijo Anduin, apesadumbrado, pues la culpa lo carcomía—.

Los espías hacen eso. No podemos culparlos. Tanto Colmillosauro como Sylvanas son estrategas

brillantes y viejos perros de guerra. —Suspiró profundamente—. Este es mi fracaso. Tendría que haber previsto que la Horda avanzaría en el momento en que vieran una posibilidad.

—Mentes más viejas que la tuya tampoco lo anticiparon —lo tranquilizó Velen. A pesar de sus palabras de consuelo, el ceño de Velen estaba sumido en un profundo pesar.

—Tendremos mucho tiempo para echar culpas... y mucha culpa para compartir —dijo Tyrande. Su voz sonaba contenida, controlada, compensaba el estallido acalorado de Genn con una furia fría y una mente brillante—. Por ahora, escuchen.

Siguió leyendo, traduciendo y resumiendo para el resto a medida que avanzaba.

—Hubo un ataque coordinado a varios puestos de avanzada y patrullas, entre ellos el Refugio Brisa de Plata, Astranaar, la Aguja del Polvo Estelar y la Empaladiza de Mor’shan.

Le temblaba la voz. Anduin estaba estupefacto. Para él, cada nombre era un golpe.

—En este momento, parece que la Horda está bloqueada. Malfurion piensa que la comandante actual de Vallefresno... —Los ojos de Tyrande se agrandaron un poco, y enseguida volvió a leer— ... Delaryn Luna de Verano, intentará detenerlos en el Río Falfarren. Es una barrera natural, y las últimas lluvias la han hecho crecer.

Anduin volvió a pensar en los informes de los espías. La información sobre el destino del ejército había sido dolorosamente errónea, pero los espías habían registrado las armas con diligencia.

—La Horda tiene máquinas de asedio. Les resultará difícil cruzar.

Tyrande asintió.

—Malfurion ha retirado a la flota en ruta a Feralas. Si la Horda se retrasa en el Falfarren, ganaremos tiempo muy valioso.

Nadie hizo la pregunta: *¿Alcanzaría?* Anduin miró los rostros atemorizados de los refugiados. Si la Horda llegaba a Darnassus con ese tipo de armamento...

Tragó saliva y respiró profundamente, pidiendo ayuda a la Luz para mantener la cabeza despejada y concentrada.

—Ventormenta enviará refuerzos de inmediato —dijo.

Tyrande asintió. Sabía, al igual que todos, que no podían trasladarse ejércitos a través de portales como se traslada a un puñado de personas. Podía enviar todos los refuerzos de Azeroth pero, al igual que el ejército que con tanta ufanía había reunido la Alianza, llegarían demasiado tarde.

O tal vez no. Quizás Elune —la Luz— estaba de su lado.

—Es el territorio de su pueblo, Lady Tyrande. Sé que los kaldorei le pelearán a la Horda cada milímetro de esa tierra. El terreno está de su lado, no del de ellos... y usted comprende todas las implicancias que eso tiene. El armamento pesado podría ser la perdición del ejército.

Anduin le dijo a la centinela:

—El shan'do Malfurion ha hecho lo correcto. Transmítelle lo que has escuchado aquí, y dile que Ventormenta está preparada para recibir evacuados. Todos los que puedan venir recibirán asilo. Tienen mi palabra.

Se volvió a Velen.

—Te confío el cuidado de los refugiados —le dijo—. ¿Podrías escoltarlos a la catedral y ocuparte de lo que necesiten?

—Desde luego —contestó el profeta—. Será un honor. Por favor —dijo a los refugiados—, acompañénme, amigos. —Se inclinó ante Tyrande, que esbozó con esfuerzo una sonrisa tensa.

—Hay muchos gilneanos en Darnassus —le dijo Genn a Anduin cuando el grupo de refugiados siguió a Velen por la rampa alfombrada—. Me gustaría ir para traer algunos de regreso. Mi pueblo necesita saber que su líder no los ha olvidado.

Anduin negó con la cabeza.

—En este momento, necesito tu experiencia y tu consejo... en caso de que ocurra lo peor.

—No se preocupe —le dijo Tyrande a Genn—. Mi pueblo se ocupará de que los suyos se pongan a salvo.

—Le agradezco, pero no puedo abandonarlos. ¡Es necesario que vean un rostro familiar!

Anduin comprendió. Por más que los elfos de la noche apreciaran mucho a los gilneanos, el pueblo de Genn se sentiría perdido y temeroso si no había nadie conocido en cuyo liderazgo confiaran.

—¿Y qué tal si enviamos a Tess?

—La enviaría si supiera donde está —gruñó Genn. Pensó un momento, mientras los portales seguían zumbando con la llegada de más elfos de la noche—. Mía —dijo—. Nadie sabe tranquilizar a las personas mejor que ella. Además, se pasa la mitad del tiempo allí.

La reina Mía Cringris era ciertamente una visitante habitual del campamento del Roble Quejumbroso en Darnassus. Anduin la apreciaba mucho y estuvo de acuerdo: con su rápido ingenio y su noble corazón, la pequeña pero tozuda Mía era la elección perfecta.

—¿Rey Anduin? —Era la centinela, Eriadnar, según recordaba Anduin—. Esto recién empieza. El shan'do Malfurion ha ordenado la evacuación total, no solo de la ciudad, sino de toda la zona que rodea Costa Oscura.

Entonces para él no hay esperanza. Aunque nadie dijo nada, él advirtió que todos estaban pensando lo mismo.

Acudieron a su mente muchos pensamientos a la vez. ¿Dónde sería mejor refugiar a los elfos de la noche cuando no entraran más en la catedral? No era un pueblo muy numeroso, pero Darnassus era una ciudad grande. ¿Cómo afectaría esto al pueblo, a su cultura? ¿Cómo haría para conseguir todo lo que hacía falta para el combate (armas, soldados, suministros) en el poco tiempo que tenían?

—Enviaré una unidad de Ventormenta para que ayude con las evacuaciones en Roble Quejumbroso y en todos los lugares de Darnassus que puedan. Archimago Malin, envíe un mensaje a Dalaran. Infórmeles sobre la situación y pregúntele si estarán dispuestos a unírseños aquí en Ventormenta para trasladar más refugiados a través de los portales.

Malin asintió.

—En cuanto a Vallefresno, enviaré todas las tropas que pueda de inmediato. Velen tendrá todo lo que necesite y usaremos todo el espacio público que necesitemos para asilar a los refugiados. Enviaré a alguien al Templo Luz Abisal y les pediré auxilio a los sacerdotes del Cónclave. Estoy seguro de que el arzobispo Faol nos ayudará con gusto.

Tyrande había permanecido en silencio por un rato, hasta que le habló a Eriadnar:

—Regresaré contigo. Me uniré a Malfurion para defender nuestra ciudad.

La centinela se puso de rodillas. No habló la lengua común sino darnassiano, de modo que Anduin solo comprendió algunas palabras. Fuera lo que fuera, era evidente que lo decía con el corazón, y era igualmente evidente que conmovió muchísimo a Lady Tyrande, que se agachó y abrazó a Eriadnar por un momento largo. Luego se levantó y fue hacia a los refugiados, que se acercaban para tocarla con timidez pero con ansia, y Anduin vio la angustia en aquellos rostros.

Tyrande pasó un brazo alrededor de una madre que llevaba a su hijo. Cuando habló, por primera vez desde que aquella horrible tortura había comenzado, le tembló la voz.

—Querría volver y luchar junto a mi esposo. Pero mi pueblo tiene que saber que alguien los espera aquí cuando crucen el portal. Por eso... me quedaré.

Un resplandor le iluminó los ojos.

—Por ahora.



La reina Mía Cringris ya estaba preparándose para partir hacia Darnassus antes de que su marido hubiese terminado de pedírselo, como había anticipado Genn. Estaban juntos desde hacía tanto tiempo y habían soportado tantas cosas que apenas necesitaban palabras para comunicarse. De todos modos, Genn no pudo evitar recordarle que debía ir y volver lo más rápido posible. Mía prometió regresar en unas pocas horas.

Después de un profundo y amoroso beso para su esposo y un largo y sentido abrazo para Tyrande —Mía comprendía mejor que nadie cuánto le costaba a la suma sacerdotisa tomar la decisión de quedarse en Ventormenta—, cruzó el portal solo media hora después de la llegada de la centinela Eriadnar a Ventormenta. Con la tranquilidad de que los guardias de Ventormenta llegarían poco después con comida y primeros auxilios, Eriadnar y ella aparecieron en uno de los lugares favoritos de Mía en todo Azeroth: el Templo de la Luna.

Normalmente, el templo estaba sereno y despejado. Ahora estaba repleto, aunque se mantenía en orden, y el murmullo de voces bajas pero nerviosas ahogaba el relajante sonido del agua de la fuente.

—¡Reina Mía! —exclamó el mago que había mantenido el portal abierto para Eriadnar y para ella—. ¡No la esperábamos!

—¿Por qué la sorpresa? —respondió Mía, apartándose del camino para que los pacientes elfos de la noche que esperaban pudieran trasladarse a Ventormenta. Les hizo un gesto tranquilizador, transmitiendo su habitual confianza, plena de ánimo y autoridad.

—A mí no me sorprende —dijo Astarii Buscaestelar acercándose con una sonrisa cálida—. Sabía que vendrías.

Se abrazaron. Aunque a la reina no le gustaba tener favoritos, había algo especial en esta sacerdotisa de voz suave y cabello verde. Siempre habían tenido afinidad.

En voz baja, Mía le preguntó:

—¿Cómo lo están sobrellevando?

—Somos kaldorei —se limitó a contestar Astarii.

A Mía se le hizo un nudo en la garganta. Genn raras veces tenía secretos con ella, y las noticias que le había contado eran escalofriantes. Le había pedido que se asegurara de que todos los gilneanos de Darnassus llegaran a salvo a Ventormenta, y que ella regresara en cuanto la tarea estuviera terminada. Decidió en el momento. No era la primera vez que Mía Cringris hacía algo siguiendo su corazón, más allá de lo que todos —incluso su marido— querían que hiciese.

—Me quedaré un tiempo —dijo—. Cuando los míos estén a salvo, me quedaré para ayudar.

—Reina Mía, no creo que el rey Genn...

Mía le hizo un gesto para que guardara silencio.

—De Genn me encargo yo.

A pesar de toda la tensión, los labios de Astarii dibujaron el fantasma de una sonrisa.

—Usted lo conoce mejor, su Majestad.

—Sin duda. Bien. —Se volvió al mago—. Maelir, ¿no?

—Sí, su Majestad.

—¿Vendrías conmigo a Roble Quejumbroso para ayudar en la evacuación?

—Desde luego —contestó—. Será un honor ayudar a los gilneanos.

* * *

Poco a poco, siguió llegando ayuda al Refugio Brisa de Plata. Delaryn no guardaba ilusiones de que llegara ayuda suficiente —ni *siquiera* de que fehacientemente llegara— a tiempo para derrotar a la Horda. Pero el Falfarren era el lugar perfecto para detenerlos y enviar a unos cuantos orcos, trols y otras criaturas de la Horda a visitar a sus ancestros.

Un druida, agotado después de volar por todo Darnassus, llegó con una carta de Malfurion. Eriadnar había llegado a él, le dijo a Delaryn. Tyrande estaba con el rey Anduin, que había prometido ayudar con la evacuación y enviar refuerzos. Por su parte, Malfurion había enviado varios grupos de druidas a asistir a Delaryn.

—Llegarán pronto. —Pese a su cansancio, el druida hablaba en un tono tranquilizador—. Los bosques y las aguas son nuestros amigos. Cuanto más trabajemos con la naturaleza, que tanto nos ha nutrido, más grande será la desesperación de nuestros enemigos.

—Gracias —dijo Delaryn—. Tus habilidades serán de gran valor aquí. Vallefresno te agradece, y yo también.

Ordenó que le llevaran comida y bebida al agotado druida. Luego abrió la carta. Era bueno que las evacuaciones hubieran comenzado, pero Delaryn estaba preocupada. Como los enanos de la Liga de Expedicionarios, la mayoría de los viajeros atravesaría los portales uno por uno... a lo sumo de a dos o de a tres. Aunque los portales eran una manera maravillosa de transportarse individualmente de un lado a otro con rapidez, no eran tan eficaces para evacuar una ciudad.

Tampoco para trasladar ejércitos.

Contendremos a la Horda cuarto tiempo podamos, había dicho ella a sus tropas. Pagarán con creces cada paso que den en nuestra tierra.

Esperaba con fervor que Malfurion ofreciera soluciones para que aquella afirmación se volviera cierta.

Le he enviado mensajes a la general Plumaluna, había escrito el archidruida. La flota que transporta a los soldados de la general volverá inmediatamente. He autorizado a magos para que la ayuden también, y yo mismo iré a Vallefresno en breve.

Tenga valor, comandante Luna de Verano. No está sola.

Que Elune nos acompañe.

Cada vez que un portal se abría en remolinos, los elfos de la noche, que habitualmente eran reservados, festejaban. Los magos que pasaban, que hasta ese momento habían recibido bienvenidas cautelosas a Darnassus, sonreían con sorpresa. Los vótores crecían cuando cada mago abría otro portal, y llegaban a un punto álgido cuando, en el transcurso de varios minutos (y no sin interrupciones), una decena de osos, aves y sables de la noche también pasaban.

Gracias, shan'do.

—Vamos a necesitar su fuego —pidió Delaryn a dos de los magos, que se habían presentado como Sarvonis y Ralara—. Tenemos que quemar algunas cosas.

Los puentes sobre el Río Falfarren —arcos de un diseño exquisito en madera e incrustaciones de piedra— serían, desde luego, los primeros en desaparecer. Delaryn había enviado tropas para cruzarlos, de a diez o veinte por vez.

Ellos también llevaban órdenes que implicaban fuego.

Ferryn había informado que la Horda tenía máquinas de asedio. Si el ejército invasor podía llevarlas desde la Empaladiza de Mor'shan hasta el río, provocarían graves daños. Y si cruzaban el río...

La mera idea de la Horda en Darnassus inundando sus hermosos caminos blancos de piedra, destruyendo el templo, saqueando sus preciosos artefactos, arruinando incluso los espacios verdes y llenos de vida que con tanto esmero se habían intercalado en toda la ciudad... Delaryn no podía permitirse contemplar esa escena. Cuantos más armamentos y máquinas de asedio pudieran sabotear aquí y ahora, menos habría en las arenas de Costa Oscura más adelante para atacar su hogar.

Todos los que podían caminar se enrolaron. Hasta aquellos a quienes generalmente se los consideraba civiles (sastres, mercaderes, posaderos) habían aprendido a lo largo de los siglos a pelear con

destreza suficiente para defenderse. Los que no podían (madres con niños, heridos) habían sido trasladados a Ventormenta cuando llegaron los magos.

Delaryn se sentía miserable al ver que todos aquellos a quienes ella supuestamente había venido a proteger se alejaban junto a sus hermanas centinelas en marcha rauda y silenciosa sobre los puentes, armados con dagas, arcos y flechas.

Sintió, antes de oírlo, a Ferryn detrás de ella. Él apoyó su mano cálida y fuerte en su hombro, y por un brevísmo instante, Delaryn habría dado cualquier cosa por estar nuevamente junto a él como habían hecho esa mañana, antes de que la tranquilidad del bosque se hubiese estropeado. O mejor aún, caminar a su lado por una Darnassus en calma y a salvo.

Los magos se pusieron de pie, a la espera de la orden.

Delaryn respiró profundamente.

—Quémenlos.

Sarvonis formó dos cuencos con las manos y las movió una alrededor de la otra. Absurdamente, Delaryn recordó una vez que hizo una bola de nieve en la cima de una montaña y la lanzó contra un Ferryn desprevenido. El recuerdo hizo que sus labios esbozaran una sonrisa.

En la palma de la mano del mago apareció una llama diminuta que se convirtió en una pequeña bola de fuego anaranjada. La bola saltó de las manos de Sarvonis y voló a gran velocidad hacia el puente. La hermosa construcción estalló en llamas, y la noche se llenó de crujidos sonoros y furiosos.

Sonidos de gritos llegaron débiles a los oídos de Delaryn, y una delgada línea de humo comenzó a ascender desde los árboles lejanos. Ya habían destruido una máquina de asedio: habría una máquina menos para lanzar piedras contra una ciudad que tanto había soportado en su corta vida.

Y entonces... se oyó el redoble de los tambores.

Los músculos de Delaryn se tensaron bajo la mano de Ferryn.

—Dime qué necesitas —dijo él.

Que sobrevivas, pensó ella. Pero en cambio dijo:

—¿Has trabajado con estos druidas antes? ¿Los que vinieron a través de los portales?

—Con algunos, sí —respondió—. Formamos un buen equipo.

—Entonces llévate a ese equipo y hazle creer a la Horda que somos más de lo que habían calculado.

Ferryn miró el río: en la superficie habían empezado a flotar pequeños trozos de madera quemada. Su mirada seguía las piezas carbonizadas del puente que se extendía hacia adelante. Después miró hacia atrás. Entrecerró los ojos.

—Creo que puedo hacer eso —dijo Ferryn. Atrajo a Delaryn hacia él y la besó, esta vez con suavidad. Luego apoyó los labios en su frente. Solo para sus oídos, susurró:

—Sé que tienes miedo. Y sé que temes por nuestro pueblo, no por ti. Pero no te angusties. Esto no ha terminado aún. Y haremos que *cada muerte cuente*.

Le acarició la mejilla y partió.

Delaryn volvió a mirar a través del río. Presionó los labios.

—Vamos —dijo a la centinela Vannara—. Los castigaremos más de lo que son capaces de imaginar.

Destruiremos cuantas armas podamos. Les haremos creer que somos más de lo que calcularon. Los acribillaremos con flechas, los haremos tropezar y los estrangularemos con los árboles de estos bosques. Les mostraremos una ferocidad que los conmocionará y los espantará.

Resistiremos.

* * *

Hacía años que Ferryn no iba a Vallefresno, pero lo recordaba bien. El Río Falfaren iba ayudarlos, pero solo les daría un poco más de tiempo. El enorme ejército que había contemplado cruzaría el río tarde o temprano, aunque tuvieran que caminar sobre sus muertos.

Cosa que a mí, musitó oscuramente, no me molestaría en absoluto.

No sabía cuánto conocía el enemigo el terreno de Vallefresno, pero no subestimaba a Colmillosauro ni a la Dama Oscura. La Horda ya había invadido —y ocupado— partes de Vallefresno en otras oportunidades. Colmillosauro sabría, al igual que Ferryn, que el punto donde el Falfaren se hace más estrecho estaba al norte, justo debajo de las ruinas de Xavian. La Horda se dirigiría a esa zona.

El plan de Ferryn era simple. Por orden de su comandante, convocó a todos los druidas convocados y se explicó rápidamente.

—Nos superan en número y lo saben. Nuestra tarea es hacerles dudar de esa certeza. Pronto traerán las máquinas de asedio y buscarán modos de cruzar. La comandante Luna de Verano está llevando la batalla al extremo opuesto del río. Otros patrullan para impedir el cruce de la Horda. Si la Horda avanza, harán sonar el cuerno.

—Los esperaremos en las pozas cerca de Xavian y en otras zonas... donde sea que nos necesiten, cuando nos necesiten.

Intercambiaron miradas, confundidos.

—¿Y cómo haremos eso? —preguntó uno de los druidas.

Ferryn sonrió y señaló hacia arriba por toda respuesta.



Después de la primera ola de sabotajes a las máquinas de asedio de la Horda, Delaryn volvió a convocar sus fuerzas en la ribera oeste del Falfarren. Habían hecho todo lo posible, pero la Horda se estaba acercando. Y Delaryn la dejó.

Los elfos de la noche llevaban cuernos. Cada vez que la Horda se reunía del otro lado del río y comenzaba a nadar, los kaldorei lanzaban sus flechas y tapaban el río con cadáveres. Cuando un enemigo llegaba a la orilla, los elfos de la noche arremetían contra sus desafortunados enemigos, los rodeaban y los masacraban, les quitaban las flechas que habían acabado con sus vidas y volvían a arremeter contra los desafortunados que habían logrado avanzar.

El plan de Ferryn, hacer que grupos de druidas se movieran sobre los árboles cada vez que escuchaban un grito de batalla, funcionaba a la perfección. Pero no duraría. Los cuernos parecían sonar a cada momento sus inadecuadas notas dulces.

Aunque ella no había buscado llegar a comandante, no rehuiría responsabilidades. Saltó a la refriega, peleando furiosamente junto a sus camaradas, lanzando flechas para matar a largas distancias y su guja lunar en la lucha cuerpo a cuerpo.

Un grupo de seis (tres trols, dos tauren y un elfo de sangre) llegaron a la orilla. Sus guerreros, los tauren y dos de los trols, habían formado un muro de escudo que desviaba lo peor de las lluvias de flechas. Delaryn aquietó su respiración, apuntó y esperó.

Ahí: un hueco de tres centímetros. Lanzó la flecha.

Por el rabillo del ojo vio un remolino violeta: Vannara, que estaba junto a ella, cayó al suelo. Tenía una flecha con plumas a rayas, el asta esbelta adornada con cintas y cuentas de metal, clavada en la garganta.

Lo único que salvó a Delaryn fueron su instinto y los siglos de entrenamiento, que la hicieron moverse justo a tiempo. Una segunda flecha frustrada pasó silbando y se clavó en el tronco de un árbol.

Saltó dando giros y disparando al mismo tiempo. Cuando aterrizó, vio dos pequeños puntos rojos que brillaban en las sombras de los árboles del otro lado del río, un rostro parcialmente oscurecido por una capucha roja.

El rostro tenía una tonalidad gris azulada, pero no era el saludable color de piel que Elune les había dado a los elfos de la noche. Aquel rostro tenía matices de verde que, a cualquiera que lo contemplara, le recordaban que la podredumbre actuaba bajo la piel. Las marcas en el rostro eran negras, y los ojos le brillaban con un color escarlata.

Sylvanas Brisaveloz.

La Dama Oscura, jefa de guerra de la Horda. Asesina de miles. Todo lo que constituía un anatema para los elfos de la noche —el desprecio de la naturaleza, el odio por la vida, las acciones despiadadas— estaba encarnado en esta única y monstruosa alma en pena. Y allí estaba.

Si la jefa de guerra caía, el ejército se sumiría en el caos. Si se cortaba la cabeza, caería todo el cuerpo.

En lo que dura un suspiro, Delaryn apuntó y disparó.

Sylvanas ya no estaba.

¡No! —Delaryn no pudo reprimir un grito corto, áspero— *Podría haber terminado con todo, aquí mismo...*

Un nuevo bombardeo de flechas descendió con gritos estremecedores. Delaryn luchó contra la angustia que la paralizaba. Solo serviría para fortalecer al enemigo. No abandonaría la esperanza.

Elune, protege a tus hijos. Protégelos de estos monstruos. Danos fuerza para pelear esta batalla y mantener a salvo a nuestro pueblo.

Y, como si su plegaria hubiese sido atendida, varios sables de la noche aullaron detrás de ella. Las cazadoras de Astranaar habían llegado a la refriega. Los combatientes exhaustos celebraron.

Una cazadora se acercó a Delaryn. La comandante seguía disparando, pero se detuvo para escuchar las noticias:

—¡El shan'do está en camino!

Malfurion Tempestira estaba llegando, como había prometido. Era momento de replegarse y comenzar la fase siguiente.

—Tráeme a un druida —le ordenó a la cazadora—. El shan'do tiene que saber que la jefa de guerra está aquí.



Los cuernos que sonaban desde el sur anunciaban la llegada de una nueva ola de la Horda que inadvertidamente se lanzaba a la muerte. La boca de un sable de la noche no estaba hecha para sonreír, pero aun así, un gran placer tensó los músculos que rodeaban los grandes colmillos de Ferryn.

El plan había sido brillante. Cada vez que caían desde los árboles en forma de sables de la noche o de aves grandes, los miembros de la Horda abrirían la boca estúpidamente ante la muerte que descendía sobre ellos... cuando miraban, algo que no ocurría con frecuencia. Los dieciséis druidas que recorrían las copas de los árboles de Vallefresno eran rápidos, silenciosos y cautelosos. Como eran tantos, las ramas podían romperse y ceder, pero la "manada", por decirlo así, de Ferryn tenía siglos de experiencia bajo esas formas y calculaba los riesgos con tanta velocidad que lo hacían sin siquiera advertirlo.

Saltaban de rama en rama, silenciosos como la muerte, perfectamente sincronizados y en sintonía con su respiración y los latidos de su corazón. En un momento, una de las orejas de Ferryn se movió en dirección a un sonido. Giró su gran cabeza y olió, pero no había ningún olor particular y tampoco vio nada. Acababa de aterrizar sobre otra rama cuando, detrás de él, vio a dos de las grandes aves retorciéndose de dolor. Una cayó en picada sobre la hierba mullida, mientras que la otra chocó con mucha fuerza contra un árbol.

Cuando los siguientes shurikens atravesaron el aire, Ferryn los oyó y saltó hacia un costado, retorciendo su cuerpo felino, cambiando la dirección junto con los hermanos que quedaban para asesinar al asesino. Uno de sus compañeros no fue tan afortunado y cayó de la rama dando tumbos.

El viento cruel que le había impedido sentir el olor del elfo de sangre ahora había cambiado de dirección, y el hedor inundó las fosas nasales de Ferryn. Pero no pudo ubicar la posición del pícaro. Hasta que... *;allí!* El necio sin'dorei se había traicionado cuando saltó a través de un pálido rayo de luna para aterrizar en una rama y saltar a la siguiente. Ferryn y los demás comenzaron a perseguirlo.

La dirección del pícaro —que se alejaba de la batalla— era deliberada, de eso no cabía duda. Pero no advertía del todo que estaba en el mundo *de ellos*, y no en su capital brillante, dorada y escarlata. Las raíces de los árboles y las ramitas y las hojas obedecían a un druida que se había convertido a su forma kaldorei, lo que le permitía dirigir la ira del bosque ultrajado.

Los árboles estaban despertando, las hojas temblaban, se preparaban para capturar al prófugo.

Otros dos shurikens atravesaron el aire zumbando. Ferryn y los demás se retorcieron y esquivaron el ataque con la maestría en estas formas que les permitía aterrizar sobre las ramas o volar hacia el cielo abierto. Shenda, brillante, gris azulada y furiosa, se lanzó contra el elfo de sangre. Con las garras extendidas y los enormes colmillos desnudos...

Pero Ferryn contempló con horror la garganta de Shenda, que recibió un tajo repentino. La sangre manaba a chorros mientras ella caía a los tumbos contra el suelo.

Adelante, un grupo de hermanos y hermanas de Ferryn, muy concentrados en la presa esquiva, aterrizaron al mismo tiempo en la misma rama que sobresalía. Pero el pícaro no estaba allí. La rama cedió con un terrible crujido, aumentado por los quejidos de los sables de la noche antes de que aterrizaran con devastadores golpes secos.

Era demasiado tarde. Ferryn lo supo en cuanto cayeron. El pícaro los mataría antes de que pudieran incorporarse para defenderse. Los druidas que quedaban en los árboles volaron o saltaron de rama en rama para ayudar. Ferryn se recompuso para continuar.

Un segundo después, se oyó el disparo de un arma de fuego.

El pícaro tenía un amigo. Bien. Ferryn, lleno de angustia e ira, estaba listo para matar a más de...

—Vete. —Fue una sola palabra susurrada.

Otros oídos habrían pensado que oyeron el viento silbando entre las hojas, pero Ferryn reconoció la voz de su shan'do.

Malfurion Tempestira.

Ferryn no veía a su maestro, pero Malfurion lo veía a él. No solo a él, sino también a su corazón roto y furioso. Como hacía tan a menudo, el archidruida dijo exactamente lo que Ferryn no deseaba oír... pero era necesario.

Ferryn se aferró con fuerza al árbol en señal de protesta. Su furia le hacía ver todo rojo y sus tensados músculos de felino estaban listos para desobedecer. Pero el shan'do tenía razón. El pícaro y el cazador no eran oponentes dignos para el archidruida, y él conservaría su vida para seguir peleando.

Sintió una ráfaga de energía sanadora que le refrescaba las extremidades y le aliviaba los sentidos, pero no llegó a tranquilizar su espíritu. Debajo de él, el pícaro, el cazador y su mascota estaban ejecutando a los hermanos de Ferryn. Oyó sus gritos, olió su sangre.

Y aun así debía partir.

Con un gruñido de angustia, Ferryn se recompuso, rodó y se dirigió de vuelta al río.

Con total naturalidad, saltó de rama en rama, canalizando su ira en cada movimiento. Ferryn siguió el Falfarren hacia el sur, y estaba llegando a la zona donde peleaba Delaryn cuando oyó un gemido, un crujido ensordecedor.

Había luchado en Rasganorte, conocía los sonidos del hielo y de la nieve. Había visto glaciares que se rompían para caer en enormes pedazos de agua de mar congelada, con todos los matices del azul y el verde; se desprendían estruendosamente para hundirse en las profundidades gélidas.

Y conocía también este sonido. Era el sonido del hielo que se creaba por arte de magia.

Estaban congelando el Falfarren.

¿Cómo no previmos esto?, pensó Ferryn desesperado. Corría a toda velocidad por las ramas gruesas, contrayendo y expandiendo los músculos cada vez más rápido. Tuvo que cerrar los ojos de repente ante un súbito resplandor anaranjado. Uno de los magos de la Horda había creado luz para sus camaradas. Ferryn clavó las garras en las ramas para no caer como habían caído sus hermanos.

Habían empezado a gritar y cantaban en uno de sus horribles idiomas. Después de unos valiosos segundos, Ferryn sacudió la cabeza, abrió los ojos y volvió a la carrera sobre las ramas más altas.

Durante la carrera del druida y su manada ribera arriba y abajo para atacar a los soldados de la Horda que intentaban avanzar a la orilla, se habían incorporado más elfos de la noche. Los druidas supieron que todos los magos altonato se habían marchado. Habían ayudado muchísimo en las primeras etapas, incendiando numerosos puentes y máquinas de asedio, pero los arqueros de Sylvanas —y tal vez la mismísima Dama Oscura— los habían señalado como blancos a eliminar lo más rápido posible. Por eso no quedaban magos para derretir el hielo en que se había convertido aquel río crecido.

La iluminación mágica había desaparecido. La noche había vuelto a caer: era el momento de los kaldorei. La mayoría de las razas de la Horda adoraban el sol, el crepúsculo era un desafío para aquellos que estaban más acostumbrados a los destellos brillantes de los desiertos que a las sombras del bosque. Ferryn también tenía la visión aumentada del gran felino cuya forma había adoptado.

Miró el hielo debajo de él a través del follaje. Brillaba en fragmentos de luz de luna. La primera ola ofensiva de la Horda había llegado a la orilla. Algunos se resbalaban y caían en la urgencia por llegar al odiado enemigo, pero la mayoría de sus heridas solo afectaban su orgullo. Una cantidad importante ya había cruzado a aquella altura. Sin duda, en otros lugares a lo largo del Falfarren habían cruzado más.

Y entre ellos estaba el alto señor supremo.

A Ferryn se le erizó el pelo. Entre el clamor de la batalla, el choque del acero y los martillos aplastando huesos, los vítores de los victoriosos y los estertores de los moribundos, tras el olor de la sangre, tan discordante con el aroma fértil de la vegetación de Vallefresno, Ferryn había distinguido al orco en carrera y se concentraba totalmente en él.

Si pudiera derribarlo ahora...

Unas ramas más, otro salto, y el orco de cabellos blancos que blandía su hacha con la habilidad y la furia de un maestro estaría a un salto de distancia. En la luz tenue, con toda su atención puesta en la tensión de la batalla, Colmillosauro no advertiría al druida.

Ni aunque estuviera muriendo.

Ferryn saltó con la boca abierta de par en par y las garras extendidas, el corazón le golpeaba el pecho.

Otro golpe de luz. Otro hechizo de iluminación de un mago.

Los ojos de Colmillosauro se encontraron con los de Ferryn.

El druida estaba demasiado lejos. Sintió la ráfaga de aire cuando el orco blandió su hacha. El golpe había sido tan fuerte, el acero del arma estaba tan afilado, que durante los siguientes segundos Ferryn no comprendió lo que veía mientras su cabeza se desprendía de su cuerpo y volaba por los aires.

Pero tuvo suficiente tiempo para comprender su fracaso antes de que todo se apagara.



En el camino a Feralas, la flota había encontrado clima adverso. Las tormentas habían desviado a varias naves, que en consecuencia se habían atrasado. A pesar de que había presionado a la tripulación para ir a toda velocidad, Cordressa no tenía ninguna prisa en sentir el sol riguroso y la arena ardiente de Silithus.

Desde luego, Cordressa y Shandris Plumaluna ya se conocían como devotas fieles de Lady Tyrande. Pero Cordressa nunca había servido directamente a la general de las centinelas. Se había mostrado serena y tranquila cuando habló sobre su asignación con Delaryn, estaba contenta de que su joven amiga tuviera la oportunidad de servir bajo las órdenes de la comandante Vientosauco. Pero Anaris Vientosauco no tenía demasiada fama. Shandris Plumaluna era una leyenda, y secretamente Cordressa moría de miedo ante la idea de conocerla.

No tenía nada que temer. La profunda amistad de Shandris con Tyrande se basaba en sus similitudes. La general y arquera casi mítica resultó ser cálida y accesible. Shandris dirigía casi sin esfuerzo, reconocía con elogios la eficiencia y la dedicación de sus soldados y los motivaba a mejorar. Había reglas, pero eran coherentes. Había disciplina, pero sin castigos, y hasta las amonestaciones eran poco más que una palabra justa.

Con mucha frecuencia, invitaban a Cordressa a compartir la mesa de la general en su camarote mientras las tormentas arreciaban afuera. Se descorchaban vinos, se contaban historias y así el día se fundía con el siguiente.

Discutían sobre el mejor método para fabricar flechas cuando Shandris vio una forma contra el cielo nocturno. Cordressa siguió la mirada de la general y se quedó helada.

Era un ave más grande que una gaviota, y volaba de noche.

Un cuervo de tormenta.

Eso significaba una sola cosa. Cordressa y Shandris saltaron del asiento mientras el cuervo de tormenta que no era un cuervo de tormenta aterrizó en la cubierta y se transformó a su forma élfica. La druida temblaba de cansancio. Parecía muy joven. *¿Dónde están los demás druidas que Malfurion tiene que recurrir a los que recién comienzan su entrenamiento?*

—No, hermanita —dijo Shandris cuando la druida intentó levantarse—, no sigas exigiéndote. Habla. ¿Qué ha pasado?

Cordressa le sirvió un poco de agua a la muchacha y Shandris se agachó para dársela.

—Horda —dijo la druida después de beberse toda el agua—. El ejército... se desvió. Se dirige a Darnassus, no a Silithus. Malfurion me envió. Todos ustedes deben regresar.

El terror golpeó a Cordressa como si la hubieran empapado con agua helada.

—No —respiró. Darnassus no. No con la ciudad brillante por la que sacrificaron tantas cosas para construir. Y Del...

Ella estaba justo en medio del camino de la avanzada del ejército.

Shandris, la de las mil batallas, se recuperó más rápido que Cordressa.

—Era un plan brillante —murmuró—. Cada paso. —Tenía la mirada perdida, pensativa—. Pero no contaban con que viajaríamos tan lentamente. *¿Me hallaste primero a mí?*

—Sí, general —respondió la druida—. Tenía que decirle a usted antes que a los demás.

—Lamento pedirte esto, pero... *¿tienes fuerza suficiente para enviar este mensaje al resto de las naves? ¿A las que están detrás de nosotros?* —Tyrande los había enviado espaciadamente para engañar a la Horda... en vano, al parecer.

—Desde luego —respondió la joven druida.

Cordressa no estaba convencida, pero no había opción.

—Hazlo —ordenó Shandris—. Diles que pidan a sus druidas que le pidan a la naturaleza que nos envíe viento. Tenemos que volver a Costa Oscura de inmediato. *¿Comprendes?*

La druida, demacrada y pálida, asintió servilmente.

Shandris sonrió y le dio un apretón en el hombro.

—Solo un poco más. Luego podrás descansar. ¿Cómo te llamas?

—Teshara.

—Teshara —repitió Shandris solemnemente—, es posible que hayas salvado a tu pueblo.

Pese a su agotamiento y su temor, la joven druida resplandeció.

* * *

Delaryn no reconoció el extraño crujido que emitió el río cuando comenzó a congelarse, sino cuando ya era demasiado tarde. En efecto, poco tiempo después hubo otro sonido: el clamor victorioso, sediento de sangre, de los soldados de la Horda que ahora podían cruzar el río.

Ella nunca creyó que detendrían a la Horda en el Falfarren, solo demorarla para que pudieran escapar cuantos inocentes pudieran y ganar tiempo para que los kaldorei se unieran a la pelea. No obstante, aquello era un golpe. La Horda estaba cada vez más cerca de su objetivo, a pesar de que tantos habían muerto para detenerlos.

Entonces, un mensajero trajo las dulces palabras que había querido oír todo el día:

—Malfurion está en camino. —Los druidas le habían dicho al joven mensajero que habían visto al venado blanco brillando como Malorne, besado por las lunas—. Ordenó que algunos nos quedáramos para ayudarlo, pero nos dijo que la mayoría debía replegarse para encontrarla a usted.

Gracias, Elune.

—Sylvanas está con el ejército —le dijo Delaryn al mensajero.

Se le agrandaron los ojos y guardó silencio.

No debería haberle dicho nada. ¿Qué podría hacer él si viera a la Dama Oscura? Solo morir.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Tavar.

—¿Qué habilidades tienes, Tavar?

La inseguridad se desvaneció. Él sonrió velozmente mientras daba un paso hacia las sombras y... desapareció.

Aunque no tenía tiempo de asombrarse, se asombró. Era muy bueno para ser tan joven. Pensó en el renegado que había asesinado a Anaris, en su rostro torvo... en todos los que habían muerto por esas hojas envenenadas en el ataque que nadie había previsto.

La furia le dio un nuevo impulso. La alimentó con una idea nueva que comenzó a formarse en los márgenes de su mente.

—Necesito tus habilidades. Halla a los druidas con los que hablaste. Reúne un equipo. Luego vuelve a mí, Tavar. Si Malfurion desea que ganemos tiempo, no podemos desobedecer.

Los sonidos del combate siguieron a la compañía de Delaryn en su escape a través de los bosques con pasos firmes mientras dejaban la derrota en el Falfarren y se apresuraban hacia un objetivo nuevo... y hacia la posibilidad de la victoria.

* * *

Anduin no podía dormir. Desde el comienzo de la batalla en Vallefresno, solo había podido descansar en intervalos breves e intermitentes.

Se vistió, encendió una vela y caminó sin hacer ruido a la sala de los mapas. Una vez dentro, encendió algunos candelabros, ubicó con cuidado su vela sobre la mesa y observó el mapa que se desplegaba ante él.

Vallefresno.

Recordó las misivas con noticias cada vez más nefastas que lograron llegar a él y a Tyrande.

Hemos perdido el Falfarren.

Sylvanas está aquí.

Pánico en Darnassus.

—Veo que tú tampoco puedes dormir.

El rostro naturalmente recio de Genn estaba suavizado por el brillo de la única vela que llevaba.

El joven rey retiró la mirada del mapa.

—¿Alguna novedad de la reina? —Los gilneanos del campamento Roble Quejumbroso habían regresado poco después de que se marchara Mía. La reina se había quedado un tiempo más para coordinar esfuerzos en Darnassus, y a Anduin lo inquietaba esa decisión.

—Sí, envía cartas —dijo Genn—. Qué testaruda es esa mujer. Se asegurará de enviar hasta el último conejo antes de pasar ella.

—Alguno de los dos le habrá contagiado la testarudez al otro —dijo Anduin, tratando de sonreír.

Genn gruñó.

—Hemos estado juntos durante tanto tiempo que ni siquiera recuerdo quién se la pasó a quién.

—Simuló no estar preocupado, pero cuando se trataba de su familia, Genn Cringris era más transparente de lo que quería creer—. ¿Y cómo estás tú, muchacho?

Anduin se quedó en silencio por un momento. Señaló el mapa.

—Ni siquiera nos alcanzan las figuras para representar un ejército de semejante tamaño —dijo, y se le quebró la voz—. Genn... perderán Darnassus.

—Lo sé. —La voz del hombre sonaba amable mientras se acercaba a Anduin—. Es una estrategia brillante, le reconozco eso a la Horda.

Anduin se mostró apenado.

—Primero Theramore, ahora Darnassus. Tendrán todo Kalimdor, excepto Bruma Azur. Y recuerda esto, pronto tendremos que evacuar a los draenei. —Los draenei no estaban en posición de ayudar en el asedio de los elfos de la noche, aunque algunas almas valientes habían viajado con ese fin. Cuando Darnassus cayera, la hambrienta Horda sin duda pondría su atención sobre Bruma Azur.

—Probablemente.

El joven rey se refregó los ojos cansados.

—La estrategia es todavía más brillante de lo que crees.

—¿Eh? —Genn frunció el entrecejo—. ¿Cómo es eso?

—La Horda nunca conquistará a una Alianza que esté verdaderamente unida. Si nos unificamos, somos imparables, incluso *sin* flota —dijo, refiriéndose a la paliza tremenda que las naves de ambas facciones habían recibido en la Costa Quebrada en la primera etapa de la guerra contra la Legión Ardiente—. Pero si nos dividen, pueden eliminarnos uno por uno.

—Nunca llegará ese día.

Anduin enfrentó al guerrero hurano que se había convertido en su mentor y amigo.

—¿Estás seguro? —preguntó en voz baja—. ¿Qué ocurrirá cuando los kaldorei pierdan el Árbol del Mundo?

—Contraatacaremos. Marcharemos sobre Entrañas.

—Tendrán a Darnassus de rehén para impedirnos eso. Por más que lo intentemos, es imposible que pasemos a todos por un portal antes de que caiga la ciudad. Simplemente no es posible. Si atacamos Entrañas o Lunargent, la Horda destruirá el Árbol del Mundo y a todos los prisioneros que se lleven de esta batalla. ¿Crees que los elfos de la noche tolerarán eso?

Genn frunció más el ceño. No contestó.

Anduin prosiguió con una voz muy suave, apenas más alta que un susurro.

—¿Y Gilneas? ¿Qué me dirías si decidiera ayudar primero a los kaldorei?

Algo que haría, sobre todo si la Horda amenazaba a miles de prisioneros. Y Genn lo sabía.

—No puedo actuar si la Alianza está dividida —dijo Anduin—. Ese es el objetivo de esta acción, Genn. No solo tomar Darnassus, sino usarlo en nuestra contra, golpear en el mismísimo corazón de lo que hace de nuestros reinos la Alianza. Sylvanas hará que nos enfrentemos entre nosotros. *Ese* es el verdadero plan. —Sacudió la cabeza, con la mirada sobre las pequeñas figuras de la mesa—. Fui un idiota por no haberlo visto antes.

Genn permaneció en silencio por un largo rato.

—¿Cuándo aprendiste tanto sobre estrategia?

Anduin rio sin ganas.

—Leía cuando debía estar entrenando.

—Bueno, la verdad es que eres *un idiota*. —Anduin se volvió para mirarlo, sorprendido ante el tenor de las palabras—. Eres un idiota por pensar siquiera que retiraría mi apoyo si ayudaras a los kaldorei. ¿Deseo recuperar mi reino? ¿Que mi pueblo regrese a su hogar? ¡*Desde luego!* ¿Tanto como para permitir que unos elfos de la noche inocentes sufran, cuando han ayudado tan generosamente a los gilneanos en estos últimos años? ¿Cuando mitigaron la maldición huargen para que pudiéramos estar enteros y no perdernos en la locura? ¿Cuando nos alimentaron, nos dieron refugio y nos ofrecieron su hogar cuando nosotros no teníamos *nada*?

Genn emitió un sonido de desdén, algo entre un resoplido y un gruñido.

—No. Jamás traicionaría esa bondad dándoles la espalda ahora. Eso es algo que Sylvanas no comprende. Y sin duda no comprende a la Alianza. Se llevará una sorpresa muy desagradable, recuerda *muy bien* mis palabras.

Por un momento, Anduin se limitó a mirarlo con sorpresa. Después, por primera vez en lo que parecían siglos, sonrió con verdadero regocijo. En medio de tanta oscuridad, de todo el miedo y la aprensión y el horror, aquí había algo bueno y fuerte y verdadero a lo que aferrarse. Y Genn Cringris, el del mal humor y la testarudez taciturna que una vez se había alejado de la Alianza y vivido detrás de un muro para satisfacer su interés personal, le había regalado eso a Anduin.

—Recordaré tus palabras, Genn Cringris, y mi corazón se alegra de escucharlas. Son el faro que ilumina estos terribles tiempos de oscuridad.

Los dos se dieron vuelta al mismo tiempo y vieron a Tyrande de pie en el umbral, todavía con la toga de sacerdotisa. A pesar de que su rostro estaba arrasado por el dolor, conservaba una suavidad, una luz que Anduin no había visto en días. Se acercó a ellos con un pergamo enrollado en una mano.

—Vengo con malas noticias. No pensé que al comunicarlas escucharía algo que repondría mi alma. Gracias.

Levantó una mano y murmuró algo. Aunque a Anduin le parecía imposible, sintió que una brisa forestal le revolvía el cabello, sintió el aroma del verano y de criaturas vivientes, y su cansancio echó a volar como las semillas flotantes de una flor del viento.

—*No* nos dividirán. Aunque mi ciudad caiga. —Tyrande cerró los ojos con dolor—. Están tomando posición en Astranaar.

CUARTA PARTE:
LA ÚLTIMA RESISTENCIA

*La joya de nuestra ciudad
a manos de cobardes caerá
si no peleamos una vez más.*

*Será la última lucha,
con las armas prestas,
con la luz de las lunas,
y el canto de nuestras flechas
la victoria obtendremos
o la muerte encontraremos.*



Vuelve ahora mismo. La Horda está avanzando sobre Vallefresno y se dirige al Árbol del Mundo.

Vuelve antes de que sea imposible.

Mía agradeció al mensajero, que tenía tareas mucho más importantes que llevar y traer cartas de Genn Cringris a su esposa. Dobló la misiva y la guardó cerca de su corazón. Las palabras eran contundentes. Podrían parecer desapasionadas e incluso violentas, pero después de décadas de matrimonio, Mía sabía exactamente lo que significaba esa carta seca. Su marido estaba terriblemente preocupado por ella.

Y tenía motivos para estarlo.

Pero ella también tenía motivos para quedarse todo el tiempo que pudiera.

No había llevado más de una hora o dos enviar a todos los gilneanos a Ventormenta, pero Mía amaba al pueblo de Darnassus y se quedaría hasta el último minuto. Se había convertido en la embajadora de Ventormenta por defecto. Se apoyó en el borde de la poza del Templo de la Luna para que la vieran. Dirigía el aluvión de elfos de la noche, que estaban cada vez más angustiados, y les aseguraba que encontrarían apoyo y seguridad en el reino humano.

Astarii se acercó a ella en un infrecuente momento de calma.

—Tengo el corazón destrozado —dijo la sacerdotisa—. Querría que estuvieras lejos, en Ventormenta, pero también me alegra que estés aquí. Ellos confían en tus palabras, y tú y tu pueblo se

han ganado esa confianza. Si tú dices que estaremos a salvo en Ventormenta, nosotros sabemos que es cierto.

Las dulces palabras llenaron de lágrimas inesperadas los ojos de Mía.

—Mi marido está listo para recibirlos del otro lado. Todos serán evacuados. —*De un modo u otro*, se dijo para sus adentros.

—No digas eso —dijo Astarii en voz baja, para que solo la oyera Mía—. Porque eso sí que no es cierto.

El corazón de Mía se encogió al escuchar esas palabras, pues sabía que eran verdaderas.

—Me haces sentir vergüenza, amiga mía.

—No era mi intención.

—Lo sé. Tienes razón. —Se volvió para mirar una vez más a la multitud—. Hallaremos refugio para todos los que lleguen a Ventormenta. Enviaremos soldados para liberar a los que no lleguen.

—Elevó el mentón en un gesto desafiante—. Y mi marido estará al mando.

Entonces Astarii sonrió cálidamente.

—Eso —replicó— *sí lo creo*.



Ferryn no estaba entre los druidas que había reunido Tavar.

La mano helada del miedo se cerró sobre su corazón, pero Delaryn lo ahuyentó. Si estaba vivo, estaría peleando por su pueblo en algún lugar. Si lo habían asesinado, ella no podía hacer nada. Había tantos muertos... Pronto habría más, incluso Delaryn podría sumarse a ellos. Había aceptado esa posibilidad mucho tiempo atrás, cuando se convirtió en centinela. La misión de su vida era defender a los kaldorei, y en ese momento estaba haciendo todo lo posible para ganar tiempo.

En cuanto a los muertos... ellos estaban en la gracia de Elune. Sus cuerpos regresarían a la tierra. Seguirían existiendo, pero en otra forma.

Su propuesta fue recibida con horror, tal como había esperado.

—¡Pero son nuestros amigos! ¡Nuestra familia! —dijo Mareela, una de las cazadoras de Astranaar, arrebatada por la ira—. ¡Ya dieron todo!

—Sus espíritus se han marchado —respondió Delaryn—. Y sí. Desde luego que sus cuerpos deberían volver devotamente a la tierra. Pero no tenemos tiempo. No si deseamos salvar a los miles que

están intentando un escape desesperado. Los que murieron *ya no están*, Mareela. Se sacrificaron para salvar vidas inocentes. Y volverán a hacerlo... una vez más.

Delaryn no deseaba dar una orden explícita. Le espantaba la idea tanto como a sus subordinados. ¿Podría hacerlo si Cordressa estuviera entre los muertos?

¿Si Ferryn fuera uno de ellos?

Y la respuesta llegó, contundente como si los cadáveres estuvieran frente a ella: Sí. Podría hacerlo... porque un elfo de la noche haría todo lo posible para evitar que la Horda mancillara su resplandeciente ciudad.

—Los recordaremos —dijo Delaryn mientras los otros, pese a las muecas de desagrado, partían en silencio para obedecerla.

Delaryn había encontrado una musa oscura en las historias sobre la ocupación de la Horda del Refugio Brisa de Plata muchos años atrás. Habían perseguido a todos los que huían y dejaban sus cadáveres pudriéndose como advertencia.

Los elfos de la noche seleccionaron los cuerpos con cuidado, buscaban cerca de Astranaar a los caídos en batalla. Los cadáveres, que a menudo exhibían rostros amigos, se examinaban para verificar que las heridas pudieran ocultarse con espadas, capas u otras prendas de vestir.

Delaryn también ordenó que además rastillaran las zonas más profundas del bosque en busca de los que habían sido asesinados por los pícaros que aparecieron de la nada... ¿Cuántos días habían pasado? Delaryn había perdido la cuenta. Demasiados días luchando, robando breves momentos para dormir y comer, tratando de ir un paso adelante de las dos mentes más brillantes de la Horda y de un ejército que superaba en ocho a uno a los elfos de la noche. Y tal vez fueran más.

Retomó la devastadora tarea. Por algún motivo, había conservado la hoja del renegado que había matado a Anaris. La sacó de su cinturón y la examinó para asegurarse de que todavía llevaba la toxina fatal. Seguía allí, aunque se había oscurecido con la sangre seca de la excomandante de Vallefresno. Después de caminar hacia una centinela que había muerto por la flecha de un forestal, Delaryn se arrodilló junto a la elfa caída, arrancó la flecha... y clavó la hoja envenenada en la herida.

Detrás de ella, se oían algunos gritos ahogados. Le pesaba el corazón. *Perdóname. Hoy, espero, salvarás más vidas.*

Cuando retiró la hoja, la colocó de modo que el veneno, negro como la brea, fuese visible en la superficie de la herida. Luego se acercó al siguiente cadáver. Pronto el resto de las centinelas la imitaron. En ese momento sintió un amor sin límites por ellas, pues comprendía exactamente cuánto les costaba... y qué tan significativo era el gesto de confianza hacia su liderazgo.

Tavar había ofrecido varios viales de veneno para la amarga tarea. Delaryn le agradeció al joven pícaro, odiándose a sí misma por lo que estaba a punto de pedirle.

—Eres muy habilidoso, muy talentoso —dijo.

Él se sonrojó y luego se inclinó.

—Me honra que piense eso.

—No te sientas honrado. Preocúpate —contestó Delaryn—. Estoy a punto de pedirte algo que probablemente te mate.

Se puso serio y señaló los cadáveres que lo rodeaban.

—En ese caso, me uniré a ellos con orgullo.

Su valor le dio ganas de llorar. Pero no podía. Elune sabía que ya habría tiempo para las lágrimas, para cantar elegías en honor a los caídos, si es que alguno de ellos sobrevivía para cantar o llorar.

—Trabajas bien con las sombras. ¿Qué tal eres como asesino?

Sonrió de manera casi cruel y, por un momento, su juventud se desvaneció.

—Muy bueno.

—¿Y con los disfraces?

—Excelente.

Ella casi se echó a reír.

—Parece que no hay nada que no puedas hacer, Tavar. —Y con más seriedad dijo—: No respondas para impresionarme. Respóndeme con la verdad. No podemos darnos el lujo de fracasar.

—Puedo quitar vidas y lo he hecho —dijo con el mismo tono que ella—. Y es cierto que me destaco en disfraces.

—Muéstrame.

—¿Ahora? —vaciló Tavar.

—Ya tendremos tiempo para prepararte con la ropa adecuada más tarde. Ahora... muéstrame el retrato que puedes pintar contigo mismo como paleta.

Él volvió a dudar. Irritada, se alejó... y volvió a detenerse cuando una mano la tomó del brazo. A diferencia de la mano de un elfo, era una mano rechoncha: dedos más cortos, palmas más anchas. Delaryn se dio vuelta y vio el rostro de un humano de rasgos finos.

—Es lo mejor que tengo por ahora —dijo él, con el pesado acento de un habitante de Ventormenta. Y recién entonces, con un sobresalto, reconoció las orejas kaldorei. Parecía imposible, pero no las había advertido antes. Sacudió la cabeza y dijo:

—Vuelve a cambiar.

Él se enderezó, y la sombra falsa que lo había rodeado se desvaneció.

Ella se detuvo a pensar un momento.

—¿Cómo te ves en la piel de un renegado?

Tavar sonrió.



Todo dependía de un acto de ilusionismo, y ese no era el fuerte de Delaryn. Pero era la única posibilidad que quedaba que no fuese pelear y morir bajo el peso de una máquina de asedio en la marcha implacable de la Horda hacia Teldrassil.

Cuando los exploradores regresaron con noticias de que los exploradores de la Horda estaban a unas pocas horas de distancia, la compañía de Delaryn se esfumó en las sombras del bosque que rodeaba Astranaar. Delaryn estaba trepada a un árbol, pensando cuán sencillo le habría resultado a Ferryn treparlo. Casi podía verlo en la rama más alta, moviendo la cola juguetonamente mientras esperaba que ella llegara.

Tenía que aceptar que estaba muerto. Pero si lo hacía, tendría que llorarlo, y no podía. No todavía. Así que se dijo que él estaba peleando en otro lugar. Elune sabía que había muchas oportunidades para matar soldados de la Horda. *Y cómo le gustaban las peleas.*

Le gustaban *las peleas...*

La primera prueba eran los exploradores de la Horda. ¿Advertirían que algo estaba mal? *Parecen cansados*, pensó Delaryn. Finalmente, después de una ronda rápida alrededor del perímetro del lago de Astranaar (desde luego, no encontraron rastros de los elfos escondidos a escasos metros de ellos), a uno de ellos —un elfo de sangre— se le atascó la punta de la bota debajo de un cadáver y lo levantó para examinarlo.

—Hoja de pícaro —dijo.

—Aquí también —informó un trol, oliendo a otro cadáver—. Mucha sangre.

Los nervios la asaltaron. ¿El trol seguiría investigando? ¿Levantaría la capa y descubriría la enorme herida de espada que ocultaba? No les quedaría más opción que asesinar a los exploradores y dejar la zona a la Horda.

—Pero siento el hedor de un veneno —prosiguió el trol.

—Los que no murieron, escaparon, imagino —dijo el elfo de sangre—. Cobardes.

—A muchos de los nuestros los asesinaron esos “cobardes” —respondió el trol.

El otro explorador se encogió de hombros.

Pese al enorme cansancio, Delaryn casi gritó de alegría.

Pasaron las horas. La infantería de la Horda llegó y estableció un campamento base en la isla de fácil defensa... tal como quería Delaryn.

Empezaron a llegar carros y caravanas. A Delaryn le dolían los músculos de estar tanto tiempo inmóvil, pero se tensaron cuando el alto señor supremo Colmillosauro se desmontó de uno de los carros. Él era más inteligente y más cuidadoso que todos los que había visto en aquel ejército.
¿Advertiría lo que los otros no habían advertido?

No. Se limitó a hacer preguntas acerca de una batalla que no existió y gruñó para mostrar su aprobación cuando una orco señaló que los elfos de la noche habían sido asesinados por pícaros.

Colmillosauro estaba al alcance de la flecha de Delaryn, pero ni ella ni nadie dispararon. En silencio, agradeció a Elune por la templanza y la disciplina de ella y de todos. Una hora después, llegaron las odiadas máquinas de asedio. Se detuvieron rechinando sobre el camino principal a Astranaar.

Delaryn se deslizó por el árbol para bajar y retomó la guardia en una rama más baja. La rama se extendía de modo tal que tenía una excelente vista del interior de la posada y de una de las entradas. Hizo contacto visual con Tavar, que estaba en otro árbol, y asintió.

Él respondió con el mismo gesto... y desapareció. Media hora después, un renegado más alto que la mayoría y con una armadura y la insignia de la guardia personal de Sylvanas Brisaveloz se acercó a la posada. Tardó en reparar en que era el joven Tavar. *Elune te ha bendecido con un don, por más oscuro que sea*, pensó. *Que su bendición te acompañe*.

Tavar caminó con confianza hacia la posada. Esta era la prueba final, la única de la que dependía todo. Si Tavar salía airoso...

Se detuvo en la entrada. Delaryn se inclinó hacia adelante para oír mejor, y se maravilló ante el extraño tono sepulcral de la voz del renegado. Era *muy* bueno.

—¿Alto señor supremo Colmillosauro? Afuera, ahora.

El alto señor supremo Colmillosauro, no obstante, no tenía ganas de cooperar. Clavó los ojos en Tavar y luego volvió su atención a los mapas. Dijo algo que Delaryn no llegó a oír. Se esforzó por escuchar.

Tavar volvió a intentarlo.

—La jefa de guerra lo espera. ¿Acaso no sigue sus órdenes, alto señor supremo?

Delaryn frunció el ceño. *Ten cuidado, Tavar.*

Afortunadamente, Colmillosauro pareció no advertir la sobrereactuación, pues se dirigió a la puerta. Pero se detuvo.

Acaso...

No. Colmillosauro había dejado el hacha en la mesa y volvió a buscarla.

Pero otro orco había observado lo que su comandante no vio. El corazón de Delaryn se aceleró cuando el orco se interpuso entre Colmillosauro y Tavar para decir algo que Delaryn no llegó a oír.

—Soy el emisario de mi reina —dijo Tavar—. Eso tendría que bastar para los de tu *calaña*.

—Delaryn sintió el leve pánico que había en su voz y elevó una plegaria a Elune pidiéndole que el enemigo no se percatara.

Colmillosauro tomó su hacha y dijo más cosas inaudibles para Delaryn.

—Ya conoces las órdenes. Afuera, alto señor supremo. ¿Cuánto tiempo más desobedecerás a tu jefa de guerra? —Tavar se había recomuesto un poco, su voz sonaba casi aburrida.

Pero era demasiado tarde. Delaryn lo sabía y Tavar, sospechó tras una punzada de dolor y angustia, también sabía.

Colmillosauro avanzó con paso firme. Delaryn oía bien al viejo orco.

—Creo que mi jefa de guerra te importa un comino. Dime, elfo de la noche, ¿con qué nombre te llama Malfurion?

Elune... por favor, no...

—Saca tu espada, asesino, ¡o muere en la fuga!

Delaryn ya no podía hacer nada. Observó, con impotencia, angustia y furia, cuando Colmillosauro arremetió contra Tavar —tan joven, tan talentoso y prometedor—, que desenvainó sus dagas y asestó un golpe contra el alto señor supremo de la Horda. No acertó.

Colmillosauro sí. Abrió cruelmente un tajo en la garganta del joven.

El disfraz desapareció cuando Tavar cayó contra las baldosas, y a través del resplandor de sus inútiles lágrimas Delaryn vio los verdaderos rasgos de aquel rostro en la hora final. El orco también los vio, y al advertir lo joven que era su oponente, su curtido rostro verde se llenó de sorpresa.

Colmillosauro dijo algo. Su voz era casi amable. Tavar escupió en las botas del alto señor supremo antes de morir.

Colmillosauro salió de la posada, pero ya era demasiado tarde para Tavar. Delaryn pensó que ya nada podía lastimarla, pero se había equivocado. Se aferraba con fuerza a las ramas. *Has triunfado, Tavar. Descansa en paz.*

—Oigan bien. ¿Hace falta recordarle a la Horda que *estamos en guerra*? —aulló Colmillosauro, lleno de furia—. ¿Hace falta que la Horda...?

Se interrumpió.

No, gritó silenciosamente Delaryn.

Agotado por la pelea y la falta de sueño, el viejo guerrero había bajado la guardia, y la emboscada casi —casi— había triunfado.

Y triunfará, se dijo.

El alto señor supremo de la Horda se apresuró a regresar a la supuesta seguridad de la posada de Astranaar, pero el suelo empezó a temblar bajo sus pies como un animal salvaje preparándose para atacar. El aire se sentía pesado y espeso, y Delaryn se permitió una sonrisa feroz, casi cruel, aunque tenía los pelos de punta. Se tapó los oídos, pero el gran estruendo del temblor de la tierra tras el impacto, como una piedra que cayera de un acantilado, la dejó casi sorda.

Malfurion Ventormenta, pura furia, gracia y poder, aterrizó donde hacía apenas un momento estaba Colmillosauro.

—*;Lok-Narash!* —gritó Colmillosauro.

A *las armas, ciertamente*, pensó Delaryn.

Abora. Por Tavar y Vannara y Marua, e incluso por Anaris. Por Ferryn. Por todos los que habían muerto. Delaryn no creía en la venganza. Pero creía en la justicia. Y esto... esto era justicia.

Con gritos de batalla rasgándoles la garganta, la compañía de elfos salió de su escondite entre los árboles para unirse a su querido shan'do en la batalla.

El dulce y protector shan'do, con su voz suave y sus movimientos tan ligeros que ni siquiera lastimaban la hierba donde apoyaba las patas felinas, había desaparecido. En su lugar se encontraba la encarnación misma de la ira de la naturaleza. ¿Acaso era más grande Malfurion? Parecía cernirse sobre

la Horda, que ahora huía, y hasta los tauren parecían débiles y frágiles a su lado. Delaryn se agitó con una alegría salvaje, ya saboreaba la victoria... y la muerte de Colmillosauro.

La emboscada había tomado a la Horda casi por sorpresa, de modo que, mientras se recuperaban, eran blancos fáciles. Los atribulados kaldorei, superados ampliamente en número por los enemigos, pudieron compensar la desventaja en esos primeros momentos.

Delaryn preparaba flechas y las lanzaba al aire, una tras otra. Siete soldados de la Horda cayeron con flechas clavadas en los ojos y la garganta antes de que pudieran determinar de dónde venía la amenaza. Los druidas que estaban entre ellos eran depredadores en busca de su presa, y los guerreros... Sus armas partían enemigos en dos, les cortaban la cabeza, atravesaban las armaduras. Los soldados de la Horda caían como moscas.

Malfurion había perseguido a Colmillosauro hasta la posada. Del interior salían gritos de agonía, y un aullido desafiante de Colmillosauro. Delaryn no podía prestar mucha atención, pero capturó una palabra entre el estrépito: *mak'gora*. El viejo orco estaba desafiando a Malfurion Tempestira a un duelo de honor.

Era casi —*casi*— gracioso. Más tarde podría reírse con una copa de vino en la mano y Ferryn a su lado, en la Darnassus que habían salvado.

Ahora tenía que seguir matando.

No oyó la respuesta de Malfurion al desafío. Pero escuchó los gruñidos y los crujidos, vio las raíces saliendo de la tierra y enredándose alrededor de las paredes de la posada, se aferraban como tentáculos a la piedra sólida y la destrozaban. El ruido era ensordecedor, y los bravos guerreros de la Horda empezaron a vacilar.

Les costaba. Más y más enemigos caían a manos de los kaldorei.

Entonces el techo empezó a derrumbarse; Colmillosauro todavía estaba adentro.

Elune era buena.

Pero entonces... Delaryn tembló violentamente. Algún instinto más antiguo que el tiempo la hizo retroceder. El vello de sus brazos volvió a erizarse, no por la presencia de Malfurion ni por su poder casi divino sobre la naturaleza, sino por otra cosa... algo retorcido, algo malvado que *no pertenecía* a la naturaleza.

La flecha, que dejaba fantasmales trazos oscuros de humo violeta, cuya asta se retorcía como una serpiente... no se dirigía a ella, sino que pasó a un milímetro de su mejilla. Unos pocos metros adelante, Malfurion cruzó los brazos ante su rostro y las plumas que los adornaban se agitaron. La flecha

explotó delante de él, que quedó bañado en una luz verde esmeralda. El color de la naturaleza. El color del desafío kaldorei.

—¡No! —Un angustiado y furioso grito de protesta desgarró la garganta de Delaryn. *Los teníamos... ¡Tenía que terminar aquí!*

Su grito captó la atención de la Reina alma en pena. Ya había preparado y lanzado una segunda flecha, pero entonces se detuvo y se dio vuelta. En ese instante, otro sacudón hizo temblar la tierra, y lo que quedaba de la posada se derrumbó.

Un par de brillantes ojos rojos se cruzaron con los de Delaryn, y una sonrisa sádica curvó los labios oscuros. Esa mirada atravesó a Delaryn como una flecha. Luego, Sylvanas Brisaveloz dirigió toda su atención a un adversario más digno.

Delaryn tendría que haberse sentido afortunada. Pocos habían recibido esa mirada y sobrevivido. Pero lo único que sintió —cuando Malfurion lanzó el desafío y la energía verde de la vida chocó con el miasma de la muerte infértil de Sylvanas— fue amargura. Amargura y frialdad.

Vítores salvajes estallaron entre la Horda. La aparición de Malfurion los había sorprendido, y el derrumbe de la posada con el alto señor supremo adentro los había dejado boquiabiertos. Pero el temor fue reemplazado por la furia renovada que encendió la presencia de la jefa de guerra.

Malfurion había previsto la llegada de Sylvanas y le había dado instrucciones a Delaryn sobre lo que había que hacer cuando eso ocurriera. *Si Elune quiere, Colmillosauro estará muerto, y el resto de las fuerzas estarán desmoralizadas antes de que ella llegue. Y aunque esto no fuera así, tú debes retirarte hacia el norte*, le había escrito. *Me uniré a ustedes en la frontera entre Vallefresco y Costa Oscura, si puedo.*

El plan era retirarse al norte para averiguar si por algún milagro la flota que se dirigía a Feralas había recibido el mensaje de Malfurion y había llegado a tiempo.

Estábamos tan cerca.

Delaryn se llevó el cuerno a los labios e hizo sonar las notas de la retirada.

Astranaar había sido una opción sólida para una apuesta peligrosa, pero sus frutos fueron parciales. El norte de Vallefresco era un terreno más amigable aún para los elfos de la noche, con el océano de un lado y una imponente cadena montañosa del otro. Si la Horda quería perseguir a su presa, tendría que atravesar un camino muy estrecho por el bosque.

Y había algo más que ayudaría a los elfos de la noche... algo que, tal vez, el enemigo no había previsto.



Ahora que los kaldorei habían dejado de hostigarlos, la Horda avanzó a una velocidad fabulosa hacia la parte noroeste de Vallefresno. Habían saboreado la victoria, y eso los había acelerado.

Todavía no beban de esa copa, pensó Delaryn. Resistiremos mientras haya uno de nosotros con vida... y después también.

Como había prometido, Malfurion se encontró con las fuerzas de Delaryn en la frontera. Con él había alguien que la comandante temió no volver a ver jamás: Eriadnar. Se abrazaron con fuerza, y Delaryn le agradeció a Elune que Eriadnar hubiese sobrevivido. Eriadnar, el archidruida, Delaryn y el resto de la compañía esperaban. Sus números se habían reducido horriblemente desde aquel primer momento nefasto en que Ferryn mató al asesino en el árbol. Los elfos de la noche equilibraban el odio y el deseo de actuar con la paciencia de los que habían vivido largas vidas.

Delaryn fue enviada al sur a vigilar y seguir los movimientos del enemigo. La Horda había establecido un campamento esquelético en las orillas cerca de las ruinas de la Avanzada de Zoram'gar, a campo abierto, donde sabían que los elfos no se atreverían a entrar. La jefa de guerra estaba presente: era una figura esbelta y ligera en medio de los corpulentos trols, tauren y orcos, y Delaryn sintió una punzada de desencanto al ver que Colmillosauro había sobrevivido a su encuentro con Malfurion.

Como el orco estaba muy lejos, ella no entendía lo que decía, pero estaba gritando, y luego aclamaron a varios soldados que pasaron al frente. Estaba convocando voluntarios. Más de una de centena de tropas con armas y armaduras dejaron la playa y se internaron en las sombras del bosque.

Vengan, Colmillosauro. Estamos preparados para recibirlos. Estamos muy preparados para ustedes.

El entrenamiento de Delaryn le había enseñado a tratar con respeto a los enemigos dignos. No obstante, mientras seguía a la Horda sigilosamente en las horas que siguieron, la invadió una alegría rabiosa al comprobar que el nerviosismo de los enemigos aumentaba paso a paso al ver que no los atacaban. A veces, los frutos de la paciencia eran dulces.

Ostentación, había dicho Malfurion en sus instrucciones. Delaryn no había entendido lo que quería decir. Pero ahora entendía. Representarían una obra de teatro letal que se basaba en el engaño, la verdad a medias y el misterio.

Así que esperó. El bosque estaba iluminado: orbes brillantes e intangibles se movían flotando. Los que no sabían qué eran, encontraban las luces bonitas y ligeramente cautivantes. Los que sí sabían miraban las luces con respeto, reverencia y gratitud... o temor. Eran fuegos fatuos, espíritus de los queridos kaldorei que habían muerto. Por un momento, Delaryn se preguntó si alguno de los que habían caído ese día estaría entre ellos... si Ferryn estaría entre ellos... pero alejó ese pensamiento. En ese momento más que nunca, no había lugar para distracciones.

Un trol agitó con fastidio su mano gorda de tres dedos para espantar a unos fuegos fatuos que se le acercaban. Un tauren agitó la cola y sacudió las orejas como si aquellas luces, que apenas tenían el tamaño de la cabeza de un kaldorei, no fueran más que insectos zumbando.

Necios, pensó Delaryn. *Sigan avanzando*.

Pasaron varios minutos más hasta que Colmillosauro advirtió el peligro. En el idioma feo y gutural de los orcos, gritó una orden para que se retiraran. El temor resonaba en su voz.

Y con razón. En grupos pequeños, los espíritus de los muertos eran inofensivos. Pero en grupos grandes, podían derribar a un señor demoníaco... y ya lo habían hecho.

Y ahora... Malfurion Tempestira convocaba al escenario a los actores principales de aquel drama. Su voz retumbó como un trueno.

—*Ash karath* —exclamó—. *;Adelante!*

Sus palabras eran una orden a los espíritus y un amenazante desafío para la Horda, que se retiró tan rápido como pudo... aunque sea los más sensatos habían escuchado a Colmillosauro.

La oscuridad del bosque se iluminó cuando los fuegos fatuos obedecieron al shan'do. Demasiado tarde, todos los soldados de la Horda que se habían internado en las sombras comprendieron lo que estaba pasando. Los fuegos fatuos descendieron como una sólida hoja de luz sobre los que fueron demasiado necios o estaban demasiado confundidos para huir con su comandante, y los tapó por completo pero no los silenció: el bosque se estremeció con gritos de tormento. Y Delaryn se deleitó al oír esa canción.

Los soldados de la Horda que quedaron corrían desesperados, pero en vano. Un orco, enorme y cargado de armas, tropezó con una de las decenas de raíces que empezaron a serpentear hacia afuera y cayó con fuerza en la tierra. Una nube blanca descendió zumbando sobre él. Un momento después, la nube se elevó para volar hacia la siguiente víctima de la ira de los fuegos, que no dejaban nada más que esqueletos carbonizados cuando volvían a ascender, y a veces, solo un puñado de cenizas.

—*;A mí!* —exclamó el shan'do.

Era el turno de los elfos de participar en esta obra de vida y muerte. Se elevaron de la tierra y se lanzaron desde las ramas donde habían estado escondidos, para unirse a su líder y avanzar con prisa tras el enemigo. Los fuegos fatuos zumbaban llenos de furia, hostigando a la Horda, que huía en la dirección en la que había llegado.

Delaryn había calculado que más de cien habían acompañado al alto señor supremo. Solo un puñado —no más de una decena— volvieron a la orilla cerca de la Avanzada de Zoram'gar. El resto había sido derribado por los fuegos fatuos.

Cuando los soldados llegaron a los límites del bosque, Malfurion ordenó que se detuvieran. Levantó sus brazos poderosamente musculosos y, en un enjambre de luz, los fuegos fatuos se dirigieron a él formando un muro que ocultaba a sus hermanos vivientes.

Poco tiempo después, nuevamente bajo sus silenciosas órdenes, el muro de fuegos fatuos se levantó como un telón que descubrió a Malfurion Tempestira sobre un pequeño cúmulo, con todos los soldados bajo su mando formando fila ante él de modo que parecieran más. Alrededor de ellos se movían las ramas de los árboles, aferrando solo el aire... por el momento.

—Esto se termina ahora. —La voz de Malfurion, rica y resonante, llegó a través del aire inmóvil a la Horda que se amontonaba en la orilla—. La Horda no dará un paso más en nuestra tierra, a menos que deje su vida aquí. Lo prometo.

El telón de luz viviente volvió a bajar.

Ostentación.

El siguiente paso dependía de la Horda.

Delaryn se desanimó un poco, pero sonreía.

—Shan'do —dijo—, ¿cómo sabías que esto funcionaría?

Malfurion sonrió. Normalmente, la expresión le amansaba el rostro, pero ahora solo destacaba su ferocidad. Hizo una profunda reverencia a las luces que habían respondido a su llamado.

—El miedo es una herramienta útil cuando se utiliza con astucia. La Horda es poderosa —dijo, su voz profunda resonaba con decisión—, y sus integrantes son inteligentes. Pero muchos son profundamente supersticiosos. Imaginé que estos espíritus protectores no solo destruirían a quienes atacaran, sino que además aterrorizarían a los que lograran escapar. Este miedo se propagará al resto del ejército de la Horda. No pueden avanzar sin enfrentar a los fuegos fatuos, nuestras flechas y la ira del bosque.

Su mirada recorrió los rostros que lo observaban con la frente en alto.

—Esta es nuestra tierra. Nuestro hogar. No ganarán. Lucharemos hasta nuestro último aliento si hace falta. Resistiremos aquí hasta que...

El gran druida dejó de hablar; había sentido algo. Levantó la mirada hacia el cielo. Delaryn miró hacia arriba. Al principio no vio nada, luego vio un cuervo de tormenta. Voló hacia el shan'do y cambió su forma para revelar a una muchacha kaldorei que se arrodilló ante él. Estaba tan nerviosa que no podía mirarlo a los ojos.

—Gran shan'do —dijo la muchacha—. Vengo de ver a la general Shandris Plumaluna.

¡La flota está aquí!

—¡Elune ha atendido nuestras plegarias! —exclamó Malfurion, y todos festejaron. El sonido del disparo de un cañón confirmó las palabras de la joven druida. Delaryn no pudo ver más allá de la barrera radiante de fuegos fatuos, pero el corazón no le cabía en el pecho.

En medio del estallido de las armas de la flota kaldorei, Delaryn y los demás oyeron a lo lejos a Colmillosauro ladrando órdenes de retirada. Ahora era imposible que llevaran las máquinas de asedio a la orilla. Si lo hacían, las enormes máquinas terminarían reducidas a montones de leña.

El ejército de la Horda estaba entre la espada y la pared: entre la furia de los fantasmas y el poder de las naves de los elfos. Aún podían triunfar. Contaban con un enorme ejército. Pero tendrían que obligar a los fuegos fatuos a retroceder paso a paso, y por cada uno habría víctimas. Sería un avance lento, desde luego, un avance al ritmo de las lluvias de fuego que caerían sobre ellos. Les tomaría semanas... y los refuerzos de la Alianza habían zarpado días atrás.

Podríamos ganar, pensó Delaryn, que se tambaleó ante la fuerza de la revelación.



Teshara había regresado con una gran sonrisa para contarle a Shandris las buenas nuevas, aunque ella y la tripulación de la flota ya habían visto la recibida resplandeciente de los fuegos fatuos. Habían sacado a la Horda de su cómoda posición junto al mar y la habían llevado a los límites del bosque, donde Malfurion Tempestira aguardaba.

—El shan'do ha convocado a los fuegos fatuos para que defiendan nuestra patria —dijo—. Nuestros números se han reducido, pero todos los que han sobrevivido a la lucha están bloqueando el camino de la Horda hacia Teldrassil. El enemigo no tiene a dónde escapar.

Lo dijo con la convicción que solo poseen los jóvenes, pero Cordressa sabía muy bien que aquello era absolutamente cierto. Con esta renovada esperanza, no pudo resistirse a bromear con la joven elfa:

—Te equivocas —dijo—, ¡pueden volver a casa con el rabo entre las patas!

La muerte rodeaba a la Horda en todos los frentes, excepto en la retirada. La flota los bombardeaba desde el oeste. Malfurion y los soldados kaldorei, vivos y muertos, les impedían avanzar hacia el norte, y al este los esperaba Frondavil y sus montañas infranqueables.

—No hay que celebrar aún —les advirtió Shandris, bajando el catalejo—. Han dejado la orilla, pero si ampliamos nuestro alcance, nos arriesgamos a destruir a los fuegos fatuos.

Teshara se desplomó, y el entusiasmo de Cordressa se evaporó.

—De todos modos, los tenemos atrapados. A menos que se retiren.

—Sí. Y podemos retenerlos allí hasta que lleguen las naves de Ventormenta.

—¿No podemos atacar ahora? —preguntó Teshara—. ¿En la playa?

—No llegaron todas nuestras naves, pequeña, y no tenemos la cantidad de soldados que nos daría una victoria decisiva en un combate cuerpo a cuerpo. No. El tiempo es nuestro aliado. Por ahora tenemos la ventaja. Si intentan bombardearnos, tendremos una posibilidad de destruir sus armas de asedio. Esperaremos.

Sonrió.

—Y dispararemos, de cuando en cuando, solo para recordarles que estamos aquí.



Las horas pasaban lentamente e iban llegando más naves de la flota. A bordo, algunos dormían. Otros jugaban juegos para pasar el tiempo. El atardecer coloreaba el cielo, hasta que cayó la noche. Teshara volvió de un vuelo de exploración para informar que una gran cantidad de soldados de la Horda —cientos— habían sido enviados para buscar un camino hacia Costa Oscura a través de las montañas Frondavil. Shandris soltó una carcajada al oír la noticia.

—Deben saber que es una acción desesperada —dijo.

Cordressa estuvo de acuerdo.

—Menos soldados de la Horda de que ocuparse.

Más tarde, la joven druida se quejó de que estaba aburrida, y Cordressa se echó a reír, le revolvió la corta cabellera verde y le dijo que tenía que agradecer que así fuera.

Pero todos estaban listos para la acción. Habían llegado desde tan lejos con tanta presteza que se sentían frustrados por no poder pelear.

En poco tiempo se cumplirían sus deseos.

La Horda empezó a empujar las máquinas de asedio. Enseguida, la tripulación de las naves saltó a la acción y comenzó a bombardear las enormes armas. Las primeras salvas destruyeron varias máquinas, pero el resto...

No estaban lanzando piedras contra las naves. Estaban lanzando *fuego*: cargas inestables, arcanas, que incendiaban sus objetivos de manera casi instantánea. Las naves que se encontraban más cerca de la orilla cayeron primero, y Cordressa observó con impotente terror una nave que ardía como hierba seca.

—¡Sigan disparando contra las máquinas de asedio! —ordenó Shandris, con el rostro sombrío, arrebatado de furia y dolor. Las naves kaldorei lanzaban balas de cañón y gujas para destruir los sistemas de distribución de las cargas antinaturalmente letales.

Charcos flameantes se extendían por toda la superficie del agua y avanzaban hacia otros objetivos. Tres... cuatro naves se quemaron irreversiblemente. Los que estaban a bordo saltaban al agua y nadaban con desesperación a las naves que quedaban.

Algo capturó la vista de Cordressa. Una forma se movía en el agua, pero no era la figura conocida de un elfo de la noche. Vio a un orco. Qué locura era esa...

Y entonces comprendió.

—¡Quieren subir a bordo! —gritó.

—¡Sigan bombardeando! —exclamó Shandris. Las dos prepararon las flechas y empezaron a disparar contra las cabezas de la Horda que salían del agua.

En el transcurso de unos pocos minutos, la flota había pasado del aburrimiento al caos... de la seguridad absoluta al borde de la destrucción.

Otra nave estalló en llamas. Cordressa siguió disparando.

Era lo único que podía hacer.



Los dioses, loa o ancestros a quienes la Horda había rezado, sin duda había respondido las plegarias.

El plan de Malfurion tendría que haber triunfado. Pero los fuegos fatuos no podían apiñarse más, ya no eran más peligrosos que unas gotas de lluvia. Las montañas infranqueables... no resultaron tan infranqueables. ¿Qué clase de pasadizo oscuro había encontrado la Horda que los elfos de la noche, que habían vivido allí durante tanto tiempo, no conocían?

Ahora, la batalla ocurría en dos frentes: delante y detrás de ellos. Los fuegos fatuos se dispersaban... y los estaban asesinando.

Él la sintió. Estaba cerca ahora. Había atraído a la Reina alma en pena hasta allí, pero el momento del engaño se había terminado.

Entonces todo terminaba así: no con la ayuda de la flota de Ventormenta ni la destrucción del enemigo por los fuegos fatuos, sino en caos. La trampa, que según la lógica y la razón debía funcionar, se había vuelto en su contra.

Mi pueblo ha caído ahora, pensó Malfurion. No puedo salvarlos. Solo puedo mitigar el desastre.

No había tiempo para escribir una carta, pero tampoco había tiempo para no escribirla. La joven druida, Teshara, tomó la misiva doblada con una mano temblorosa. Sus enormes ojos se inundaron de lágrimas.

—Ve a Darnassus —le dijo Malfurion—. Que te envíen a través de un portal a Ventormenta. Entrégale esto a mi señora.

—¡Quiero pelear! ¡Oigo el clamor de la batalla!

—Servirás mejor a tu pueblo y a mí si obedeces estas órdenes. —Esta niña ya tendría mucho tiempo para pelear. La batalla para recuperar el Árbol del Mundo sería ardua, y podía que la niña se arrepintiera de sus palabras.

Teshara tragó saliva y luego apoyó una rodilla en la tierra, atolondrada.

—Fue un honor servirlo, shan'do —dijo con voz grave. Luego se incorporó inestablemente, dio un salto y se transformó en cuervo de tormenta.

Delaryn corrió hacia él, un poco agitada. Tenía salpicaduras de sangre en la armadura, pero no parecía suya.

—No podemos resistir más —dijo.

El archidruida elevó su rostro al cielo y vio al cuervo de tormenta desaparecer.

—Sylvanas me busca una vez más —le dijo con calma—. Esta vez, acudiré a ella y la retrasaré el tiempo que disponga Elune.

Delaryn había sido valiente y firme, y había obedecido sus órdenes sin dejar de pensar por sí misma cuando hizo falta. Había sido fuerte, había mantenido la fe. Ella y sus subordinados pelearon sin tregua y sacrificaron mucho. Pero la Horda era demasiado grande. Habían superado todos los obstáculos que los kaldorei habían podido oponer para detenerlos simplemente porque eran más.

La superioridad numérica, las tácticas de Colmillosauro... y la malvada fuerza de voluntad de la Dama Oscura.

Las lágrimas rodaban por el rostro de Delaryn. Malfurion las secó con dulzura. Por un momento, apoyó la mejilla en aquella mano enorme que le ofrecía consuelo y suspiró profundamente. Sabía lo que pasaría. La Horda tomaría Darnassus. La lucha de allí en más sería para salvar todas las vidas que fuera posible.

—¿Qué debo hacer, shan'do? —preguntó con calma.

Qué valiente. Todos han sido tan valientes, pensó Malfurion. Se merecen más que esto. Ojalá pudiera dárselos. Pero lo único que tengo para dar es mi vida.

—Lleva tus tropas a Cabo de la Niebla —respondió—. Una vez allí... haz todo lo que puedas.
—Malfurion hizo una pausa—. Comandante Luna de Verano... has hecho un gran trabajo. Que Elune te acompañe.

Ella se incorporó, se despidió con prisa y se alejó corriendo.

Malfurion Tempestira cambió de forma y sacudió la cabeza con astas mientras sus pezuñas avanzaban a gran velocidad sobre las piedras y la hierba. Siguió la huella del poder oscuro que flotaba en el aire. Si la vencía, la ciudad caería de todos modos, pero con la Horda desorganizada sería más fácil recuperarla.

Y parte de él quería que ella pagara por lo que había hecho.

Volvió a transformarse de venado en elfo y dio órdenes a las piedras, a las raíces, a la tierra y a las hojas, y esperó. Cuando ella apareció, sintiéndolo como él la sentía ella, elegante incluso en su no-muerte, advirtió que su unión con las cosas era mucho más grande que él mismo, y entonces su furia desapareció y dejó solo la angustia por su pueblo, por su amada e incluso por Sylvanas Brisaveloz.

—No habrá perdón por esto, Sylvanas.

—Lo sé.



Anduin había creído que estaba preparado para esto. Pero a medida que pasaban los días, cada uno con horrores nuevos, supo que nadie nunca podría estar preparado para algo tan devastador para el alma.

Los refugiados no dejaban de llegar. Anduin había ordenado que los portales se mantuvieran constantemente abiertos en toda la ciudad, pero los magos tenían que comer y dormir, como todos los refugiados, llenos de estoicismo, pero desgarrados emocionalmente. La catedral estaba repleta y sobrepasada, y los sacerdotes deambulaban por Ventormenta haciendo todo lo posible para atender a los hambrientos, los desahuciados y los temerosos. Anduin abrió las arcas reales para comprar mantas, ropa de cama y comida para las posadas e incluso las casas de los ciudadanos, que habían abierto sus puertas generosamente.

El joven rey sabía que no le había tocado lo peor de la crisis. Velen estaba listo para regresar a la Isla Bruma Azur si hiciera falta, pero hasta entonces, la Horda parecía empeñada en marchar a Darnassus, y los draenei no estaban bajo amenaza.

Cuando una druida kaldorei joven y esbelta, con una corta cabellera de color verde, pasó a través del portal aferrando dos cartas e insistiendo en que debía entregarlas a Genn y a Tyrande de inmediato, la escoltaron sin demora dos altas sacerdotisas que, junto a Anduin, Genn y Velen, estaban ayudando a los heridos. La mensajera entregó una carta a Genn, que le echó una mirada a su rostro y leyó la nota enseguida. Suspiró con alivió.

Después de que Tyrande se incorporara y se diera vuelta, la druida estalló abruptamente en lágrimas. Le dio la carta a su señora y comenzó a hablar con voz entrecortada en darnassiano. La suma sacerdotisa se iba poniendo terriblemente pálida a medida que leía.

No, pensó Anduin. Por favor, Luz...

Tyrande tomó a la muchacha devastada entre sus brazos y trató de consolarla, aunque era evidente que ella también acababa de recibir un golpe devastador.

—Lady Tyrande —dijo Anduin—. ¿Qué ha ocurrido?

La suma sacerdotisa levantó la cabeza lentamente.

—Malfurion Tempestira se ha despedido.

Los refugiados que la oyeron ahogaron un grito. Unos pocos comenzaron a llorar. Velen y Genn parecían estupefactos, y Anduin no podía respirar.

Tyrande prosiguió, seguía hablando con una compostura aterradora mientras la muchacha seguía aferrada a ella.

—La Horda lo ha atacado a él y a sus soldados desde atrás, y los fuegos fatuos se han dispersado. Ahora, mi amado se dirige a enfrentar a Sylvanas Brisaveloz para ganar tiempo mientras más kaldorei escapan de la ciudad, que pronto será su prisión. —Se levantó, rígida—. Iré con él.

—Tyrande, no puedes ir... —dijo Anduin.

Tyrande pareció revivir de golpe, lo buscó con la mirada. La muchacha, sorprendida, se apartó y dio un paso atrás.

—¿Estás *seguro* de que deseas decirme eso? —preguntó Tyrande, con voz temblorosa.

Con calma, contestó:

—Dejarás a tu pueblo acéfalo en un momento en el que necesitan un líder más que nunca.

—Señaló a los cientos de elfos de la noche acurrucados en la catedral—. Genn, Velen y yo ya hemos jurado ayudar a los kaldorei a recuperar el Árbol del Mundo. Si mueres ahora, solo ganarás unas horas. Si vives, ganarás el futuro.

En respuesta, Tyrande solo se enderezó aún más y guardó silencio.

—Ve, pues —dijo Genn. Tyrande asintió. Genn también—. Dile a mi querida Mía que regrese a casa. Ahora.

Las comisuras de los labios de Tyrande se elevaron ante la brutal franqueza de Genn, pero su sonrisa se desvaneció enseguida.

Anduin aceptó que no podría hacerla cambiar de opinión, pero tal vez podría ayudarla de otro modo.

—Cuando era niño —dijo— mi padre y yo casi siempre teníamos desacuerdos. Jaina me dio esto... para que pudiera escapar del castillo de vez en cuando.

Llevó una mano al interior de su abrigo y sacó una piedra pequeña. Era chata y de color gris, y en el centro tenía un remolino azul brillante.

—Es una piedra de hogar. Solía transportarme a Theramore para visitarla. —Sonrió con tristeza. Los recuerdos de aquellas visitas eran dulces y amargos—. Desde entonces, está ajustada para ir a Ventormenta.

Le dio la piedra a Tyrande.

—Llévatela. Conserva la vida. Halla a Malfurion y tráelo de vuelta. Luego, juntos liderarán a su pueblo y recuperarán el árbol. Y Ventormenta los acompañará.

Ella se detuvo a mirar la piedra un momento y luego, lentamente, estiró el brazo para aceptar la ofrenda. Entonces Tyrande le regaló una sonrisa suave y luminosa.

—Lo haré, rey Anduin Wrynn. Y recordaremos este momento como el inicio de esa batalla.

Se acercó para besarlo en la mejilla y luego atravesó el portal hacia Darnassus.



Tyrande apareció en medio del caos.

Los elfos de la noche se apretaban en filas, esperando escapar de la ciudad a través de los portales, que eran el único medio disponible. Los magos que los dirigían parecían exhaustos, les temblaban los brazos que mantenían los portales abiertos. Las sacerdotisas, agotadas también, intentaban ordenar a la muchedumbre. Muchos kaldorei se amontonaban en la poza de la luna, rezaban a Elune pidiéndole la salvación. Los niños, sensibles a la ansiedad de los mayores, lloraban, y sus padres los abrazaban.

Festejaron cuando vieron llegar a la suma sacerdotisa.

—¡Lady Tyrande! —exclamó una elfa de la noche, tratando de avanzar a través de la multitud.

—¡Suma sacerdotisa! —gritó alguien más.

—¿Qué ocurre?

La voz era humana, y quien hablaba se puso a su lado después de escoltarla a través de la multitud. Tyrande miró hacia abajo y vio a Mía Cringris. La reina ostentaba una expresión estoica, pero tenía los ojos desorbitados y temblaba un poco. La suma sacerdotisa se inclinó para oír lo que decía.

—Hemos oído que la Horda destruyó a los fuegos fatuos, que las centinelas están muertas y que la Horda se acerca con fuego arcano a quemar el Árbol del Mundo.

—Nada de eso es cierto —dijo Tyrande—. Pero... la Horda se acerca. —Hizo una pausa. No quería pronunciar las temibles palabras—. Y tomarán Darnassus.

Mía suspiró profundamente, se enderezó y asintió.

—¿Viene a ayudar con la evacuación?

—No puedo —y la voz de Tyrande se quebró cuando recorrió la escena con los ojos—. Malfurion se dirige a ver a Sylvanas. Tengo que ayudarlo. Si gana esa batalla, la Horda sufrirá un duro golpe a la moral. Podrían estar desorganizados durante un tiempo, y eso nos permitiría que más ciudadanos escapen. —Hizo una pausa—. Debería regresar con su marido, reina Mía. Está muy preocupado.

Mía sacudió la cabeza.

—Todavía no. Estoy a pocos pasos del portal —dijo—. Le hará bien a Genn ejercitarse la paciencia un tiempo más. Vaya. Yo seguiré trabajando con las sacerdotisas para que las filas sigan avanzando y todos mantengan la calma.

La reina Mía dio un salto hacia el muro de la poza de la luna.

—¡Ciudadanos de Darnassus! ¡Ríndanle honor a su suma sacerdotisa! ¡Se unirá a Malfurion Tempestira en batalla!

La multitud quedó en silencio y se abrió un camino.

Conmovida, Tyrande alzó los brazos y le pidió a Elune que los bendijera a todos. Su pueblo necesitaba esperanza, valentía y fortaleza para soportar el peso que pronto cargarían sobre sus espaldas.

—Ay, pueblo mío... ¡no estamos solos! —exclamó—. Malfurion y yo haremos todo lo posible para que cuantos puedan estén a salvo. A quienes deban quedarse, ¡no teman! Si Teldrassil cae en las garras de la Horda, la Alianza no les perderá el rastro. Tenemos amigos. Y tenemos una gran fuerza de voluntad. ¡Somos *kaldorei*!

La vitorearon mientras atravesaba el camino. Ella sabía que sus palabras no eran suficientes. Pero no podía hacer más... por el momento.



Era de noche. Desde lo alto del hipogrifo, Tyrande contemplaba el semblante sombrío de cientos de elfos de la noche que huían a Darnassus desde otras partes del Árbol del Mundo, lanzándose en oleadas sobre la ciudad y cubriendo cada milímetro de las piedras blancas de las calles y el verde de la hierba. Y con cada batido de alas de la enorme criatura, el corazón de Tyrande se quebraba un poco más.

Deabajo de ella, varias naves incendiadas brillaban. Eran parte de la flota que había partido rumbo a Silithus para defender a los inocentes en un frente de batalla inexistente. Otras naves kaldorei se retiraban, aún intactas. Se libraban batallas en Cabo de la Niebla. La luz de la luna, habitualmente tan bella y bienvenida, brillaba cruel sobre los que estaban en combate, iluminaba la espeluznante cantidad de máquinas de asedio que apuntaban al árbol.

Y muchas de las figuras élficas de la orilla permanecían irremediablemente inmóviles.

Por un instante, sintió un deseo enorme de bajar con el hipogrifo y morir peleando junto a esos valientes kaldorei que sabían que lo mejor que podían hacer era hundirse con el enemigo cuando caían. Pero Anduin tenía razón, no podía dejar acéfalo a su pueblo. La necesitaban a ella y a Malfurion más que nunca.

—Les pido perdón —susurró a los soldados kaldorei; temblaba, y no era solo por el viento nocturno—. Pero sepan que serán recordados.

Escudriñó tierra adentro, preguntándose dónde se batirían a duelo Malfurion y la despreciable Dama Oscura. Debía encontrarlo rápido. Pero ¿dónde estaba? A pesar de todos los milenios de sabiduría acumulada, de todas las lecciones de paciencia que había tomado, no estaba preparada para ubicar a un solo ser en el vasto bosque que se desplegaba ante ella. ¿Les fallaría a todos?

Las lágrimas le nublaron la vista. Levantó el rostro para recibir los besos de las lunas. *Lady Elune*, rezó, con el corazón hinchido de emoción, *ilumina mi camino*.

“Que Elune ilumine tu camino” era una bendición común entre los suyos que se usaba como despedida amable o para desear buenaventura a amigos y desconocidos por igual. Pero ahora Tyrande lo pedía como nunca antes. Necesitaba un milagro, algo de esperanza para ofrecer a los elfos de la noche refugiados, algo para su pueblo desplazado, desanimado, aterrorizado, que sobrevivía por la amabilidad de sus aliados.

Tyrande ahogó un grito.

Su diosa la había escuchado.

Un rayo de luz de luna atravesó el cielo nocturno e iluminó de golpe una parte del bosque, colándose entre las copas de los árboles. Duró un instante breve y luego desapareció.

Allí. Su amado estaba allí. La última esperanza de los elfos de la noche estaba allí.

Y Elune le estaba mostrando el camino.

—Gracias —dijo entre el suspiro y el llanto cuando descendió con el hipogrifo, suplicando que no fuera demasiado tarde.

Sobre la hierba yacía su amado, agonizante. Su sangre brillaba negra bajo la luz de la luna. Y de pie ante él, blandiendo su hacha, se erguía el alto señor supremo Varok Colmillosauro.

Tyrande lanzó un grito y saltó del hipogrifo. La luz de Elune resplandecía, blanca y brillante, e inundaba el lugar. De espaldas a ella, Colmillosauro quedó congelado, paralizado como una piedra por el hechizo que le había lanzado. Cuando los pies de Tyrande tocaron el suelo, lanzó una mano hacia delante con fuerza. El orco se elevó y se lanzó hacia un lado. Golpeó con fuerza sobre la tierra, pero seguía vivo.

Tyrande se paró ante su amado mientras Colmillosauro la miraba desde abajo. La luz que ella había invocado se había convertido en radiantes picos luminosos y letales que pendían sobre la cabeza blanca del orco. Encandilado por la claridad, entrecerró los ojos, agitado, pero no hizo ningún movimiento para atacar.

Podría destruirlo con un solo pensamiento. Y aun así me mira a los ojos sin pedir piedad. El orco podría haber dado el golpe de gracia a Malfurion antes de que ella interviniere. ¿Por qué no lo había hecho?

Mantuvo la mirada fija sobre Colmillosauro mientras se arrodillaba y colocaba una mano sobre la figura de Malfurion, que aún respiraba. La oscuridad de Sylvanas había dejado feas marcas sobre el archidruida, pero fue la horrible herida abierta en la espalda lo que atravesó el corazón de Tyrande como una daga cuando hundió los dedos en el torrente de sangre.

Elune, permíteme curarlo. Permíteme sacarlo de aquí, y danos fuerza para lo que tendremos que afrontar.

Y nuevamente, la luz de la diosa acudió a su llamado. El mismo brillo que había formado la torre de luz comenzó a fundirse alrededor del cuerpo de Malfurion, cuyo cuerpo se envolvió de luminosidad hasta que absorbió la gloriosa energía sanadora. Bajo su mano, ensangrentada pero benevolente, Tyrande sintió que los huesos se unían, las heridas se cerraban, y aquel grandioso corazón volvía a latir con ritmo firme.

Dejó escapar un suspiro de alivio, luego se levantó para enfrentar al que debía ser el asesino de su esposo. Sensato, Colmillosauro no se había movido, las dagas de luz seguían flotando sobre su cabeza, aguardando las instrucciones de Tyrande.

—No lo mataste —reconoció—. ¿Por qué?

Sus ojos marrones la escrudiñaron por un momento, hasta que pareció llegar a una decisión.

—Lo ataqué deshonrosamente —contestó, con calma. Parecía que le costaba reconocerlo, como si se sintiera herido—. No merecía acabar con su vida.

La ira la recorrió entera y su voz se volvió dura como una piedra, filosa como una hoja.

—Toda esta *guerra* es deshonrosa. —Recordó a los refugiados temblando atemorizados, los cuerpos desparramados en la orilla, las máquinas de asedio preparándose para atacar la ciudad—. ¿Qué les pasa? ¡Cómo se atreven a derramar tanta sangre en vano!

—Nos atrevemos porque tenemos que hacerlo —dijo Colmillosauro. Todavía no se había movido ni había cortado el contacto visual—. Y tenemos que triunfar.

Los picos letales de la luz de Elune respondieron a su ira con una terrible y letal quietud. Las puntas filosas estaban sobre su garganta. Ella estaba deseosa de soltarlas.

Pero no lo hizo. Tyrande había visto poco honor entre la Horda y creía que Colmillosauro estaba avergonzado. ¿Cuánto tiempo había estado allí, sin dar el golpe de gracia… él, el alto señor supremo, un guerrero que había derramado sangre miles de veces?

La Horda tomaría Darnassus. Cuando llegara ese momento, un general que creyera en el honor y que hubiera recibido piedad podría a su vez mostrar piedad a los prisioneros kaldorei.

Y había habido tanta muerte. Su corazón estaba asqueado, y no quería agregar más solo por una venganza personal.

—Puede que la Horda gane esta batalla, Colmillosauro. Pero recuperaremos nuestro hogar.

—Tal vez.

¿Acaso la estaba provocando para que perdiera los estribos? No le daría esa satisfacción.

—Le has perdonado la vida a Malfurion, por eso te daré una oportunidad. Puedes impedir que me lo lleve y morir, o quedarte allí en el suelo y vivir.

Pero el orco no había terminado. Contestó:

—Tienes las mismas alternativas. Puedes llevarlo de vuelta a Darnassus, y los dos morirán cuando la conquistemos, o puedes llevártelo lejos, y los dos vivirán.

No había nada más que decir.

Se arrodilló junto a Malfurion, con una mano sobre su torso. Él respiraba con calma, acompañado. Lo había salvado.

Pero habían perdido su hogar. Tyrande lo sabía, y durante el resto de su vida se preguntaría si habría podido cambiar algo si hubiera estada junto a su amado luchando contra Sylvanas Brisaveloz y el alto señor supremo Colmillosauro. ¿Habrían ganado? ¿O solo habrían regado la tierra con su sangre, juntos en la muerte como en la vida?

Después de sus palabras de aliento a los que estaban en el templo... todos ellos serían prisioneros. Orcos y trols, renegados y tauren, goblins y elfos de sangre ocuparían el árbol.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no permitiría que el orco las viera. Se permitió una última mirada a los enormes árboles de Vallefresno. A su hogar.

Perdónenme, mis kaldorei. Pero regresaremos. Juro que regresaremos.

Tenía la otra mano dentro de una bolsa alrededor de su cintura, se aferraba a la pequeña piedra del hogar que se ceñía a la forma de su mano: el regalo de un espíritu joven, bueno y honesto que crecía para convertirse en un aliado fiel de la Luz. Sacó la piedra y la miró por un instante. Luego, con un solo pensamiento, regresó con su amado a Ventormenta.



Delaryn tenía la garganta y los ojos irritados por el humo. Los elfos de la noche que habían logrado escapar del Árbol del Mundo estaban apiñados en Costa Oscura. Finalmente habían acabado con su estoicismo con gritos de terror, pidiendo en vano el rescate de los barcos que aún podían navegar.

Delaryn comprendió por qué huían las naves, y rogó que Cordressa estuviera a salvo abordo de alguna de ellas. La Horda estaba llevando hacia la orilla sus letales máquinas de asedio que lanzaban fuego. Cualquier intento de alcanzar a los desesperados kaldorei en la orilla sería impedido con llamas antes de poder salvar a alguno. Shandris Plumaluna fue sensata al partir. Si conservaban la vida, podrían volver con refuerzos de la Alianza a luchar contra los despreciables ocupantes del árbol. Pero esa lógica no servía de consuelo a quienes pronto serían prisioneros.

Delaryn Luna de Verano no estaría entre ellos. Su tarea era pelear, seguir peleando hasta que no pudiera pelear más.

La adrenalina y la resolución le permitieron esquivar las primeras flechas. Pero el cuerpo la traicionaba un poco más con cada flecha que le perforaba la armadura y la carne. Cuando la última encontró su blanco, se balanceó hasta que sus rodillas se doblaron, y cayó al suelo.

Ya no podía postergar lo inevitable.

Se sintió fría, pero curiosamente el dolor disminuía.

—Pronto, ya no dolerá más. —Era una voz cálida, familiar. Una voz amada.

Ferryn estaba a su lado en su forma favorita: sable de la noche. Por un momento, Delaryn se regocijó de alegría. Pero entonces se dio cuenta de que él estaba hablando. Era imposible. Las bocas de los felinos no podían formar palabras.

—No eres... real —murmuró, decepcionada.

—Soy tan real como tú quieras.

Ella estaba muriendo, y su mente invocaba figuras consoladoras. Se sentía extrañamente en paz con ese pensamiento. Sabía una cosa, aunque no entendía cómo: Ferryn *estaba* muerto. Y ella también estaba en paz con eso, pues pronto se uniría a él.

—Descansa —dijo él.

Quería descansar. Pero había algo que no la dejaba entregarse a ese sueño final. Luchó, trató de mantener los ojos abiertos para ver cómo se acercaba la Horda.

—...no puedo —dijo, y advirtió que había hablado en voz alta. Un gemido difuso y áspero en lugar de una palabra.

—Ya no puedes hacer nada —dijo Ferryn con dulzura, tiernamente.

¿Tenía razón este fantasma, o este fruto de su imaginación?

Unas figuras se acercaron. Oyó los gritos aterrorizados de su pueblo, el crepitar de las naves que seguían ardiendo y el chirrido pesado de las máquinas de asedio. Y sobre todo ese barullo, con extraña claridad y sorprendentemente cerca, una voz fría y gutural lanzó una orden:

—Aseguren la playa. Prepárense para invadir el árbol.

Sylvanas.

Malfurion había fracasado.

He fracasado, pensó Delaryn con un escalofrío de desesperación. La ex elfa noble y general forestal estaba a punto de desatar lo peor de la Horda —el saqueo, las venganzas— sobre una población

que a aquella altura era solo de civiles. Su solo nombre, Sylvanas, revelaba amor por los bosques, por las verdes criaturas vivientes. ¿Quedaba algo de esa elfa en este monstruo que ahora se acercaba a ella?

Delaryn no moriría. No todavía. No sin intentar, con su último aliento, llegar a aquella mujer que se parecía tanto a ella y sin embargo era tan diferente.

No moriría sin entender.

Elune, guíame. Ayúdame a encontrar las palabras para llegar a su corazón.

Sylvanas no la vio. Pasó caminando junto a la centinela agonizante.

Delaryn tomó aliento para hablar:

—¿Por qué?

La jefa de guerra se detuvo.

QUINTA PARTE:
CONFLAGRACIÓN

*Las hojas del árbol son de fuego
sus ramas abora son esqueletos
y las cenizas de los muertos
de las raíces abora son alimento.*

Los vientos que entre ramas susurraban hoy son lamentos.

*Y esta canción
llora terrores
sin comparación,
crueldades sin nombre,
la vida y la gracia de bellezas olvidadas
que nunca más nuestras serán.*

La noche de Ventormenta estaba despierta en un caos controlado. En aquella evacuación, donde los elfos de la noche tendrían buenos motivos para estar aterrorizados y fuera de control, nadie gritaba, no había violencia ni cuerpos aplastados en estampidas desesperadas hacia la salvación.

La catedral no podía albergar más refugiados, ni siquiera en los rincones más oscuros de las catacumbas. Las posadas tenían entre diez y quince personas en cada habitación. Hasta ciertas zonas del castillo estaban colmadas de silenciosos y estoicos kaldorei. Aparentemente habían inundado cada centímetro de la ciudad, seguían hacia el Valle de los Héroes, y se esparcían por casi todo el camino hacia Villadorada.

Malfurion descansaba cómodamente. Tyrande había odiado tener que separarse de su lado, pero cuando vio que dormía un verdadero sueño reparador, se levantó para acompañar a Anduin en la vigilancia de los portales de los magos.

Hacía días que los magos no dormían para mantener abiertos los portales. Subsistían por la comida y bebida que conjuraban y por las continuas bendiciones de los sacerdotes.

Genn tampoco había dormido.

Anduin había observado con inquietud cómo la brusquedad habitual de Genn se había vuelto más áspera por la preocupación que lo acosaba. Sin duda Mía había previsto esto, pues mandaba cartas

junto a los refugiados, que las entregaban con demasiada alegría. Los kaldorei respetaban a Genn, pero adoraban a Míá. Con el incremento de las multitudes, la frecuencia de las cartas disminuyó. Y cuando Tyrande regresó con Malfurion gravemente herido y le resumió la situación a Anduin, Genn estaba tan desconsolado y furioso que perdió el control y empezó a cambiar a su forma huargen. Detuvo el cambio, pero el esfuerzo era evidente.

—Está cerca de un portal —había dicho Tyrande—. Lo atravesará cuando esté lista.

—Con ternura había posado una mano sobre el brazo de Genn—. Está haciendo mucho bien.

—Puede hacer el bien aquí —había espetado Genn—. Tendría que ir a buscarla yo mismo.

—Pero no lo hizo. No todavía. Si Míá no regresaba pronto, Genn cumpliría su palabra. Anduin no podía reprocharle nada.

Velen se había llevado a Genn del Sagrario del Mago con la excusa de que los magos necesitan espacio para los refugiados. Genn y Velen se encontraban ahora debajo de la salida de la torre, orientando al aluvión cada vez mayor de elfos de la noche confundidos y atemorizados. Anduin le había prometido a Genn que cuando llegara Míá, la enviaría donde su ansioso marido la esperara.

Deseaba que ese momento llegara pronto.



La primera salva de las máquinas de asedio dio en el blanco.

La Aldea Rut'heran, con los muelles colmados de elfos de la noche, fue la primera en consumirse. Quienes no habían muerto caían directamente al agua, gritando de agonía en las heladas aguas saladas que no traían alivio sino más pena... y luego llegaba la muerte.

Las cargas arcanas chocaron contra Teldrassil. Cada rama tenía el tamaño de un árbol común. El fuego prendió rápido. Chamanes en Costa Oscura invocaron vientos para acrecentar las llamas. Las chispas bailaban como diablillos perversos de rama en rama. A su paso dejaban huellas crujientes de colores escarlata y anaranjado.

El infierno trepó hambriento, las llamas se expandían. La superficie del Lago Al'Ameth brillaba con el reflejo de los matices de un cielo negro y escarlata. La conflagración se propagó hacia el norte a Dolanaar, hacia el este a Aldea Brisa Estelar y hacia el oeste a Tierras de los Tuercepinos.

Y desde allí, a Darnassus.

Los edificios de madera del Bancal de los Mercaderes se quemaron con rapidez, pero el fuego implacable se apagó, aunque brevemente, cuando llegó al corazón de piedra y agua de la gran ciudad: el Templo de la Luna.

Luego, las llamas treparon hacia los Jardines del Templo y las ramas que se doblaban sobre el templo también ardieron.



El hedor de la carne y la madera quemada hirió a Mía como si hubiera recibido un golpe en el cuerpo. Se dobló, tosiendo, con lágrimas en los ojos y los oídos zumbando con el barullo de los gritos que provenían de afuera —y de adentro— del templo. Detrás del ruido de terror, oyó el ruido débil de una explosión.

A su lado, Astarii, Lariia y las otras sacerdotisas estaban paralizadas por el terror. Sus sentidos eran mucho más sensibles que los de Mía. Una mano helada aferró su corazón y lo apretó. No quería conocer la información que habían vislumbrado.

El momento de ignorancia se desvaneció. Una voz en la entrada del templo exclamó:

—¡Nos atacan! ¡El árbol se incendia!



¿Qué he hecho?

Teldrassil.

La Corona de la Tierra.

El resplandor de las ramas enormes, que hasta entonces habían sido un santuario, bañaba el agua y las tierras con un brillo anaranjado y unas sombras grotescas.

—*Ahora comprendes* —le había susurrado al oído la Reina alma en pena a Delaryn antes de hacer algo inconcebible, antes de...

Pero la Dama Oscura estaba equivocada. *No comprendo nada*. La angustia y la culpa de Delaryn crecieron con tanta voracidad como el fuego. En un último gesto de malicia, tan insondable como sus motivos, Sylvanas Brisaveloz volvió la cabeza de Delaryn para que la kaldorei agonizante tuviera una vista perfecta de la incineración de todo lo que amaba: todo aquello por lo que había peleado, por lo que había sangrado, todo en lo que creía. Y todo por lo que había vivido... y por lo que estaba a punto de morir.

El árbol de la vida se había convertido en una trampa mortal, y pronto sería el sitio de la cremación en masa más grande que Azeroth hubiese visto.

—Cierra los ojos —dijo Ferryn, que se extendió delante de ella para ocultarle el brillo torturante de aquel infierno. Pero su forma fantasmal era translúcida. Borroneaba la escena, pero no lograba taparla.

No puedo cerrar los ojos. Pero no podía decirlo. Ya no podía hablar. Tenía las respiraciones contadas. *Debo ver esto.*

Si había piedad, la insopportable visión le quemaría los ojos hasta dejarla ciega, pero ese consuelo le fue cruelmente negado. Tenía los sentidos más afilados que nunca: chillaban. No tendría que haber podido oír los gruñidos crujientes de las ramas del Árbol del Mundo quemándose, y aun así los oía, junto con los alaridos de aquellos que quedaban en Costa Oscura.

Era perversamente extraño: de cara al calor abrasador, Delaryn solo sentía frío.

La muerte es fría, pensó. *Incluso para quienes arden.*

A quienes he fallado.

—Libera el odio y el miedo —dijo Ferryn, con extrema ternura, con extrema dulzura—. Todo eso ha quedado atrás. Sígueme.

No eres real, pensó Delaryn con rabia y angustia. *Eres un puñado de sombras que me promete la paz.*

No habrá paz. No para mí.

La forma fantasmal del elfo de la noche druida desapareció. Aunque, desde luego, nunca había estado allí.

Sobre las copas de los árboles, sobre el árbol en llamas, sobre todos los padecimientos y tormentos de aquel mundo, había dos lunas: la Dama Blanca y la Niña Azul. Madre e hija, Elune y su pueblo. Antes los cielos nocturnos eran un bálsamo y un consuelo. Ahora eran fríos, las estrellas duras como los diamantes a los que se asemejaban.

¿Dónde estás, Elune? ¿Cómo pudiste dejar a tus hijos en manos del fuego? Dimos todo lo que teníamos. ¿Para qué?

Era afortunada. Las flechas le quitarían la vida. Pero los niños que se habían acunado en las ramas del Árbol del Mundo morirían en la agonía y, peor, en completa inocencia.

Desvió la mirada de Azeroth con vergüenza, Elune. Sus pensamientos eran dagas. *Nos has abandonado. Nos esforzamos tanto... Creímos en tu amor, en tu protección...*

Tenía la boca demasiado seca, el cuerpo demasiado débil, ni siquiera podía descargar su desprecio.

El dolor aumentó cuando el frío se coló en su corazón.

Pronto, no dolerá más, le había asegurado la figura fantasmal de su amado.

¿Seguiría doliendo cuando pasara al olvido?

Ferryn no estaba allí para preguntarle.



Salía humo de los portales. Tyrande Susurravientos se desesperaba.

Al fin, la aparente calma había desaparecido. El pánico asolaba la cara de todos los elfos de la noche. Corrían a través de los portales hacia el Sagrario del Mago, tratando de escapar de aquel fuego que inexplicablemente había tomado Darnassus...

—¡Despejen la zona! ¡Tenemos que hacer espacio, *ahora!* —exclamó Anduin.

Los guardias de Ventormenta obedecieron enseguida. Tomaban niños elfos y se apresuraban junto con sus padres hacia la rampa y a campo abierto.

Pero, aunque hicieran espacio, las cosas no mejorarían. El fuego avanzaba a gran velocidad, demasiado rápido. No era fuego común. Apestaba a magia corrompida para un fin tan cruel, tan terriblemente vacío de una pizca de compasión siquiera, que Tyrande casi no podía comprenderlo.
¿Acaso he tentado al destino con mi arrogancia, Elune? ¿Sylvanas Brisaveloz está tan fuera del alcance de tu luz que es capaz de quemar Darnassus?

Los kaldorei intentaban pasar por los portales con uñas y dientes. Tyrande, Anduin, los guardias de Ventormenta y las centinelas sacaban a los refugiados del peligro, los empujaban hacia las rampas y luego volvían a los portales en busca de más. El humo se volvía más espeso, era negro y sofocante, y se hizo más difícil ver a los que estaban del otro lado.

El calor abofeteaba a Tyrande, evaporaba las lágrimas que derramaba sin darse cuenta. Contra todos sus instintos, se retiró, dejó que alguien la reemplazara y se obligó a recuperar la compostura. En aquel momento, cuando cada segundo era valioso, podía ayudar de otra manera.

Elune... por favor, déjame ayudarlos...

Y a su alrededor, todos respiraron un bienvenido aliento de aire con los dañados pulmones que al fin sanaban.



Un torrente de lágrimas por el humo y el dolor caían por el rostro de Astarii.

¿Cómo podía estar ocurriendo algo así? ¿Cómo era posible que la Horda hubiese llegado tan lejos? ¿Cómo, en el nombre de Elune, y *por qué*, la Horda había decidido quemar el Árbol del Mundo? Esto era más que una guerra. Más que crueldad. Era una locura, un genocidio, un odio tan extremo que Astarii no podía comprenderlo.

Anestesiada por el horror y la sorpresa, se obligó a concentrarse en el presente. Todavía quedaban portales abiertos. Todavía era posible salvar vidas... si lograba que la escucharan.

—¡Por favor! ¡Tranquilízense! —gritó Astarii— ¡No se amontonen en los portales o nadie más podrá pasar!

Unos pocos detuvieron su instintiva búsqueda de seguridad y se dieron vuelta para mirarla. Pero la mayoría siguió empujando hacia adelante, sin prestar atención al pedido de Astarii. Se oían gritos de auxilio y las familias se abrían paso al interior del templo. Algunos llevaban a seres queridos con horribles quemaduras y gritaban de agonía a cada momento; la piel, ennegrecida, supuraba y caía. Otros ya estaban más allá de la ayuda que pudieran brindarles las sacerdotisas.

El hedor del miedo se mezclaba con la hediondez del fuego y la carne quemada. Algunos que se habían abierto camino ni siquiera se dirigían a los portales, sino que saltaban en la poza de la luna, empapándose en las aguas sagradas y llorando mientras rezaban a su diosa.

—¡Escuchen a su sacerdotisa! —gritaba Mía, que seguía apostada en el borde de la poza de la luna, con las manos en cuenco alrededor de la boca.

La mirada de Astarii se cruzó con la de Lariia, y le señaló la puerta del templo. Lariia comprendió de inmediato y asintió. Se sumergió en la poza, rodeando a los desolados suplicantes acurrucados, y emergió, goteando, para avanzar entre la multitud y perderse de vista.

Volvió unos minutos más tarde, estupefacta.

—Todo está en llamas —le contó a Astarii—. Todos los árboles, la hierba... —Tosió—. El fuego bloquea los caminos a la ciudad.

—¡Mía! —llamó Astarii a los gritos para que la oyera sobre el barullo de los elfos aterrorizados—. Es hora de partir.

La humana apretó la mandíbula.

—¡Todavía no!

Astarii tragó saliva. La reina de Gilneas tenía marido y una hija. Y no eran kaldorei. La sacerdotisa no permitiría que el fuego separara a Mía de los suyos.

—Pronto será demasiado tarde —dijo—. Morir con nosotros no servirá de nada. ¡Nos serás más útil viva!

Abrió la boca para decir algo más cuando llegó un horrible rugido de arriba. Con la lentitud necesaria para que todos pudieran ver y comprender, pero demasiado rápido para que pudieran escapar, algo enorme de color rojo y anaranjado cayó sobre el domo de vidrio que coronaba el templo. Había caído una gigantesca rama envuelta en lenguas de fuego.

Los elfos en la poza de la luna gritaron.

Durante una brevíssima fracción de segundo, la gigantesca rama se detuvo ante el cuenco de agua sin fin de Haidene, y el corazón de Astarii se iluminó. *Elune ha salvado...*

El cuenco de piedra se rajó y la fuente se quebró en dos.

Las aguas sagradas se derramaron. El gran cuenco de piedra cayó y la estatua de Haidene perdió los dos brazos. Un trozo del cuenco cortó el cuello de la estatua, cuya cabeza salió volando sobre la turba de elfos de la noche que habían buscado refugio en la piscina. La poza de la luna se destruyó y las aguas sagradas corrieron hacia el césped, teñidas de rojo con la sangre de los inocentes.

Hubo más gritos. Los que pudieron, salieron corriendo en estampidas como animales enloquecidos, pero solo los esperaba el abrazo del fuego.



El aluvión de sobrevivientes avanzaba a los tumbos hacia los portales, bañados en el humo negro y acosados por el chisporroteo del fuego. Se detuvo poco a poco y luego... nada.

Anduin y Tyrande todavía estaban en el Sagrario del Mago. Esperaban. Rezaban. Tosían y entrecerraban los ojos ante el calor.

Una lengua de fuego lamió con voracidad uno de los portales, y Anduin comprendió que tenía que tomar la decisión más difícil de su vida.

Si quedaban sobrevivientes del otro lado de los portales, estaban demasiado débiles o heridos para pasar. Ni siquiera se oían los gritos, solo el implacable crujir de las llamas hambrientas. No más familias, no más niños para salvar. No más sacerdotisas.

Tampoco Mía Cringris.

Genn nunca perdonaría a Anduin por la orden que estaba a punto de dar. Anduin nunca se perdonaría. Pero el espeso humo negro a un mundo de distancia en Darnassus sofocaría a los que estaban en Ventormenta si no lanzaba la orden que tenía atragantada.

Devastado, dijo con la voz quebrada de dolor:

—Cierren los...

Un terrible aullido se abrió camino a través del disonante sonido de los elfos de la noche en pánico.

—¡*Fuera de mi camino!*!

Era una voz profunda, quebrada. El rey gilneano, en forma de huargen y corriendo sobre sus cuatro patas, atravesó la multitud del Sagrario del Mago a toda velocidad. El humo llenaba la recámara, y Genn Cringris arremetió hacia el portal principal.

Anduin se lanzó sin pensar. Chocó con Genn y lo hizo caer al suelo. Genn rodó, se deshizo de Anduin sin dificultad, gruñó y levantó una pata de pelaje blanco mostrando las garras. Casi sucumbió a la ira que lo habitaba en aquella forma bestial.

—¡Es demasiado peligroso! —dijo Anduin tosiendo.

El rostro feroz de Genn estaba a un milímetro o dos del de Anduin. Mostraba sus largos y afilados dientes mientras gruñía salvajemente.

—¡Genn, es demasiado tarde! —gritó Tyrande.

El huargen saltó contra la elfa de la noche.

—¡Ella me quitó el reino! —aulló Genn a Tyrande—. —¡Me quitó a mi hijo! ¡No me quitará a mi esposa!

Y antes de que Anduin pudiera siquiera pronunciar palabra, Genn saltó a través del portal humeante.



Genn conocía la guerra, la violencia, la crueldad y el dolor de un corazón roto. Pero nada de lo que había visto en su vida lo había preparado para el horror de lo que vio al otro lado del portal.

Donde alguna vez se había erigido una bella estatua ofreciendo aguas sanadoras solo había escombros, cuerpos destrozados, barro de sangre y una enorme rama en llamas. El aire era prácticamente irrespirable. El humo y el terrible hedor de la muerte asaltaron sus sentidos lupinos.

Genn se obligó a inhalar y gritó:

—¡Mía!

—¡Genn! ¡Por aquí!

A pesar de que estaba ronca, reconoció la voz. Era la sacerdotisa Astarii. Ella y un mago estaban intentando mover un pedazo de escombro que aplastaba la forma de un cuerpo.

Mía...

Genn saltó hacia ellos. La furia y el temor que sentía se arremolinaron en una espiral de vigor que nunca había sentido antes. Levantó el enorme pedazo de piedra como si fuera un mueble, no más pesado que una de esas horribles mesas que a Mía le gustaban tanto, esas que habían abandonado en Gilneas cuando huyeron...

—¡Mía!

Estaba hecha un ovillo, parecía estar protegiéndose de...

No. No se estaba protegiendo a sí misma. Los brazos de Mía, milagrosamente intactos, rodeaban a una pequeña elfa de la noche. La niña estaba ominosamente inmóvil. El olor metálico de tanta, tanta sangre que había derramado su espesa le henchía el olfato. Se le doblaron las piernas como a una muñeca que un niño irascible rompe sin razón. Los huesos le sobresalían de la piel, tenía quemaduras...

Con desesperación y agonía, se volteó hacia Astarii, pero la sacerdotisa ya estaba murmurando una plegaria con la voz ronca por el humo. Una luz apareció de la nada y llenó sus manos. Genn observó las piernas de su querida Mía enderezarse, vio cómo se unían los huesos y su piel lacerada...

Mía abrió los ojos y la niña que sostenía comenzó a retorcerse.

Lágrimas frescas, que no habían sido provocadas por el humo, llenaron los ojos de Genn.

—Elune todavía nos escucha —dijo Astarii. Su rostro, incluso allí, incluso en aquel momento, estaba suavizado por la alegría y el asombro.

Mía fue hacia su esposo.

—Genn... el árbol... están quemando el árbol... —Empezó a toser violentamente, los pulmones volvían a arder con el aire abrasador—. Llévate a esta niña... Déjame.

—Imposible —gruñó. Habían visto muchos horrores juntos. Habían enfrentado la muerte juntos. Ella viviría mientras él viviera—. ¡Las llevaré a los dos!

¿Qué más podía hacer? Eran sus amigos y estaban enfrentando la peor muerte que podía imaginar. El gran árbol, hogar de miles, estaba en llamas. Se quemarían vivos, con la certeza de que estaba todo perdido. Aún con Mía en brazos, Genn vaciló. Escapar nunca le había sentado bien.

—No los dejaremos —dijo Astarii, señalando a los otros elfos de la noche. Genn supo que ella entendía su conflicto. La hora del rescate, como en un reloj de arena, había terminado. Quería decir que alguien se quedaría junto a los moribundos para ayudarlos en sus últimos momentos.

—Que Elune te acompañe —dijo Genn bruscamente, sin saber qué otra cosa decir o hacer.

Acunando a su amada esposa junto a la última y diminuta refugiada de los elfos de la noche, Genn Cringris atravesó el último portal.



Las sacerdotisas sabían bien lo que tenían que hacer. Astarii extendió los brazos a una madre y su hijito, que estaban entre los últimos que entraron al templo.

—No temas —le dijo al niño, que estaba mudo y temblaba—. Vengan. —Con un brazo alrededor de la madre y el otro alrededor del niño, Astarii se hundió en la tierra empapada.

Las últimas tres sacerdotisas de Elune en Teldrassil rezaban. No pedían sanaciones ni auxilio.

Pedían piedad.

Y la diosa las escuchó cuando Astarii comenzó a cantar.

Bajo el brillo de las lunas, escuchen.

Junto al río, escuchen.

En los brazos de los seres queridos, escuchen:

los gemidos de los que agonizan,

el susurro del viento sobre el silencio sepulcral...

El sueño barrió la mente de Astarii, suave como una pluma, dulce como la miel. El dolor desapareció. Dejó escapar un suspiro. A su alrededor se oían sonidos similares.

El fuego no daba tregua. El humo los mataría y las llamas les devorarían la carne hasta los huesos. Solo quedarían cenizas. Pero no sentirían nada.

No había dolor bajo la luz de la Dama, en el amor de la Dama. Madre e hijo dormían, respiraban sin dificultad a pesar del humo. Con la tarea devotamente cumplida, Astarii se permitió cerrar los ojos.

Habrá justicia algún día. Pero serán otros ojos los que la contemplen.

Lo último que oyó mientras caía dormida fue un desmoronamiento.



—¡Ciérrenlo! —gritó Genn con la voz rasposa por el humo... por el humo, por el fuego, por los horrores que tuvo que contemplar.

El mago, con el rostro pálido y arrasado por la tristeza, bajó las manos.

El último portal desapareció.

Lo había logrado. Genn no solo sostenía a Míá, sino también a una elfa de la noche bebé. Anduin no podía ver si alguno de los tres estaba herido, e invocó a la Luz. Había pedido ayuda cientos de veces o más en los últimos días, y seguía llegando, como siempre, para curar las heridas.

No. Todas las heridas no. Genn se hundió en el suelo, sosteniendo a la exhausta Míá. Tyrande tomó a la criatura en sus brazos. Después de respirar profundamente y exhalar, Genn volvió a su forma humana. Miró a Tyrande y su rostro lúgubre expresó con más elocuencia que cualquier palabra la gravedad de lo que había ocurrido.

—El árbol está en llamas —dijo Genn. En su voz se mezclaba la dureza con el dolor.

—¿Te refieres a Darnassus? —preguntó Tyrande, las palabras se le atoraban en la garganta.

—El *árbol* —repitió Genn—. Lo siento, suma sacerdotisa. La Horda ha quemado el Árbol del Mundo. —Entrecerró los ojos, que estaban inyectados en sangre por el humo—. Pagarán por esto. Lo juro... ¡*pagarán!*

Anduin quedó paralizado por la sorpresa. El árbol ardía. Teldrassil, con todas sus aldeas, escondites y pueblos, sus valles y colinas, con todas sus criaturas. Todos y todo lo que habitaba en él ardería.

Tyrande cerró los ojos.

—Prometí que el árbol no sería... —Su voz se quebró. Abrió los ojos y miró a la niña que tenía en brazos, cubierta de hollín, pero entera. Sana. Viva. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¿Cómo se llama? —preguntó con suavidad.

—No lo sé —dijo Míá, sacudiendo la cabeza lentamente.

—Entonces, pequeña, te llamarás *Finel*. “La última”. Pues eres la última kaldorei que escapó con vida.

El Árbol del Mundo era más que una ciudad. Era una tierra entera, hogar de un sinnúmero de inocentes. ¿Cuántos elfos de la noche había en otros lugares de Azeroth? Muy pocos. Ahora los únicos que quedaban eran ellos.

Sylvanas Brisaveloz había cometido un genocidio.

Anduin había oído que ella era egoísta... arrogante, también. Astuta. Ambiciosa. Pero él nunca habría esperado esto. Con la vista nublada, vio el rostro de Genn Cringris cuando su esposa se aferró a él, y advirtió que ni siquiera Genn, que odiaba a Sylvanas con todo su corazón, podía creerlo. Nadie

había imaginado que antepondría tanta crueldad a su inteligencia. No había ninguna estrategia, ninguna razón que justificara quemar el árbol. Lejos de eso, con esta decisión cuyos motivos eran inescrutables, Sylvanas había unido a la Alianza como ninguna otra cosa podría haberlo hecho.

Ahora nada de eso importaba. Habían tenido oportunidades para detenerla. Para atacar antes que ella. Anduin había decidido no actuar. Ahora, un sinnúmero de voces lo perseguirían en sus sueños hasta que lograra una sola cosa: detener a Sylvanas. Para siempre.

Intercambió una mirada con Tyrande, que lo observaba por encima de la bebé. Finel lloraba y Tyrande la acunaba. Luego, con una voz tan suave que Anduin apenas la oyó, la suma sacerdotisa de los elfos de la noche comenzó a cantar.

*Oh, última niña, escucha el murmullo
y esta canción, la más triste que cantaré jamás.
Cuenta la historia del Árbol del Mundo
y la muerte de sueños y almas
que una vez albergaron sus ramas.*

Con una manga llena de hollín, Anduin se secó los ojos. Su corazón, triste y puro, se quebró ante la evidencia de lo que debía hacer. En silencio, con calma, se armó de valor. Después de esto, no había otra cosa que hacer.

No había alternativa.

Ni dudas.

Ni remordimientos.

Habría guerra.

CRÉDITOS

NOVELA CREADA POR:

Alex Afrasiabi, Hector Bolanos, Caroline Wu Bonti,
Michael Carrillo, Sean Copeland, Steve Danuser,
Keith Ewing, Laura Lucila García, Cate Gary,
Christie Golden, Adam Heine, Erik Jensen, Julie Kimura,
Christi Kugler, Brianne M Loftis, Allison Monahan,
Ken Murayama, Justin Parker, Glenn Rane,
Chris Robinson, Robert Simpson, Varnish Studio, Inc.,
Guido Zurzolo

AGRADECIMIENTO ESPECIAL:

World of Warcraft Team
Story and Franchise Development
Creative Services
Localization and Quality Assurance